

La Cova  
des Mussol,  
un lugar  
de culto en  
la Menorca  
prehistórica

Vicente Lull  
Rafael Micó  
Cristina Rihuete Herrada  
Roberto Risch





La Cova  
des Mussol,  
un lugar  
de culto en  
la Menorca  
prehistórica

Vicente Lull  
Rafael Micó  
Cristina Rihuete Herrada  
Roberto Risch

# ÍNDICE

## 5 INTRODUCCIÓN

## 9 SITUACIÓN, ESPACIOS ARQUEOLÓGICOS Y CRONOLOGÍA

### 19 MUSSOL I. LA PRIMERA OCUPACIÓN

- El contexto histórico (1600-1400 antes de nuestra era)
- Los materiales arqueológicos
- El uso social de Es Mussol en torno al 1550.

### 25 MUSSOL II. EL SANTUARIO

- El contexto histórico (1200-1000 antes de nuestra era)
- Los materiales arqueológicos
- El uso social de Es Mussol entre el 1200 y el 1000.

### 51 MUSSOL III. LA NECRÓPOLIS Y LOS DEPÓSITOS VOTIVOS

- El contexto histórico en torno al 1000 antes de nuestra era
- Los materiales arqueológicos
- El uso social de Es Mussol entre el 1000 y el 800 antes de nuestra era.

### 63 MUSSOL IV. LAS ÚLTIMAS VISITAS

- El contexto histórico (siglos III-II antes de nuestra era)
- Los materiales arqueológicos
- El uso social de la cueva entre los s. III-II antes de nuestra era.

## 65 CONCLUSIONES

## 67 BIBLIOGRAFÍA

## INTRODUCCIÓN

**NO HABÍAMOS** salido de una emoción cuando entramos de lleno en otra. Las excavaciones que realizamos en la Cova des Càrritx nos habían proporcionado vivencias que la arqueología difícilmente concreta, a pesar del halo misterioso que el público le concede a esta profesión.

Excavar aquella cueva resultó insólito para los miembros del equipo. La sensación de entrar en un lugar donde nadie había penetrado desde su ocultamiento accidental acontecido hacía varios miles de años, no fue nada comparado con la impresión de encontrarnos ante un yacimiento arqueológico que mostraba en superficie todos sus hallazgos amontonados y desarticulados en parte por la intrusión de herbívoros en el siglo VII de nuestra era. Cuando estos animales penetraron y dejaron constancia literal de sus necesidades, la oquedad estaba casi oculta a causa de un terrible colapso en la visera del abrigo que produjo en época prehistórica la caída de enormes piedras y tierra que empezaron a ocultar la entrada de la cueva. Después de la visita de aquellas cabras, nadie más entró y el acceso acabó de cerrarse. Aquella imagen de huesos humanos, cerámica y objetos de metal, ordenada y nítida, aunque maltrecha por diversos avatares, caló hasta tal punto en nuestro ánimo que el silencio y el asombro fueron las únicas manifestaciones que acompañaron al inmenso respeto por la vida que comunicaban aquellos restos. Es Càrritx desprendía ante todo solemnidad y la respuesta que tuvimos que elaborar para comenzar a dialogar con ella tuvo que partir de la serenidad.

Dos años habían pasado desde esa inolvidable experiencia. La clasificación, análisis e investigación de los restos arqueológicos recuperados habían ocupado casi todo nuestro tiempo. Cada uno de los resultados que íbamos obteniendo nos remitía a un mundo desconocido, pero que reconciliaba el pasado con nuestro presente, reclamaba de nosotros memoria social y nos transmitía la emoción de sentirse vivo al recuperarla. Nos situaba en la plena conciencia del ser social, donde nada humano resulta ajeno, tenga la apariencia que sea. En suma, muchas sensaciones nuevas e insólitos procesos de aprendizaje para ser digeridos en tan poco tiempo. Y en eso, nos llamaron por teléfono. Al otro lado de la línea, Simó Gornés nos comunicó la nueva.

Pedro Arnau, quien ya había descubierto Es Càrritx junto a Josep Már-

quez, se había deslizado treinta metros por un acantilado marino de las inmediaciones de Ciutadella, en una expedición espeleológica realizada el día 26 de junio de 1997. Había entrado en una amplia cueva y detectado en superficie restos arqueológicos de singular importancia. Habiéndose puesto en contacto con la Conselleria de Cultura, Educació i Esports, Simó Gornés fue a visitarla el día 29 del mismo mes. Le acompañaron su descubridor y Josep Riera de la Unió Excursionista Menorquina, Joana M<sup>a</sup> Gual de la Conselleria, Antoni López Pons del Institut Menorquí d'Estudis, Antoni Camps del Museu Municipal de Ciutadella, Gonzalo Moll Coll y Ester Mascaró i Puntí. En esta visita se evaluó la importancia arqueológica del yacimiento, en el que destacaba la presencia de objetos de madera, bronce y cerámica pre y protohistórica.

Esa era la información, pero la emoción tenía otra intensidad. Entre los hallazgos destacaba uno de especial importancia; decían haber visto una talla de madera que representaba una cabeza humana que descansaba de perfil sobre el suelo rocoso de una cámara de penoso acceso ubicada en el interior de la cueva. Los materiales, como era preceptivo, no se tocaron y, dado el peligro que corrían pues bien sabido es el ánimo coleccionista de los expoliadores del patrimonio menorquín, decidimos solicitar con trámite de urgencia el levantamiento de los mismos y la excavación arqueológica en los lugares que la cueva permitiera.

Todo se detuvo en la investigación de Es Càrritx, los análisis, las tipologías, la informatización, la redacción de informes y memorias. Había que trasladarse con urgencia a Menorca con plenas garantías para realizar una excavación y muestreo sistemático y contar además con especialistas en restauración de materiales perecederos. La madera podía haber sufrido alteraciones a causa de las dos visitas al yacimiento y su fragilidad exigía un tratamiento especializado que permitiera su levantamiento y traslado.

La intervención arqueológica se inició poco tiempo después, el 25 de agosto de 1997, y se prolongó hasta el 5 de septiembre del mismo año. Con posterioridad a esta fecha se realizaron intervenciones puntuales en la cueva, destinadas a completar los trabajos de planimetría y diversas analíticas subsidiarias.

En primer lugar, fue necesario establecer una infraestructura fiable y segura que permitiese el traslado de personas y equipo entre la cima del acantilado y la cueva. Una vez conseguida, resultaba indispensable obtener un equipo de alumbrado autónomo, dado que la oscuridad era absoluta en casi toda la cueva. A tal fin, se instaló en el campamento base de la cima un grupo electrógeno que suministraba corriente a una serie de focos halógenos. Este equipo, complementado con el uso de linternas, permitió explorar en buenas condiciones todos los espacios accesibles de la cueva.

Los trabajos de campo llevados a cabo en Es Mussol resultaron extraordinarios por varios motivos. La metodología habitual de recogida de datos en una excavación arqueológica sólo fue empleada en un pequeño sector de la cueva. De hecho, la disposición de la mayoría de los objetos directamente sobre el piso rocoso de gran parte del yacimiento supuso más bien una recogida sistemática de los materiales arqueológicos. En los casos en que el estado de conservación era bueno, se procedía a numerar la pieza, establecer su situación y embolsarla en contenedores herméticos. En cambio, cuando los hallazgos eran más frágiles y existía riesgo de fractura, nuestra restauradora, Noël Siver, se encargaba de aplicarles unos “primeros auxilios”, que consistían en una consolidación *in situ* destinada a permitir su levantamiento y traslado hasta el laboratorio del Museu Municipal de Ciutadella, donde posteriormente recibirían el tratamiento de preservación oportuno.

La investigación en la Cova des Mussol ha sido especialmente estimulante como experiencia personal, pues no estábamos en absoluto acostumbrados a comenzar a trabajar tras descolgarnos por una pared de 40 m cortada a pico sobre el mar, y con la mente puesta en el inevitable ascenso al final del día. A esta sensación, hay que sumar la que suscita ser consciente de que te hallas en un lugar especial, tal vez escogido en el pasado por encontrarse en un límite casi inaccesible entre la tierra y el mar, entre la luz y la oscuridad. Por ello, es inevitable sentir también una mezcla de respeto y de responsabilidad; respeto hacia la decisión de quienes en tiempos remotos decidieron trasladar a este rincón de Menorca una parte de sus emociones; responsabilidad, porque acabas de asumir el cometido de retornar a la vida social una parte de la vida y las experiencias de quienes nos precedieron en el usufructo de estas tierras.

En el plano del conocimiento, los hallazgos efectuados en la Cova des Mussol nos han planteado de lleno el problema de la ideología y el ritual, es decir, de lo que se suele denominar “superestructura” social. Para un equipo comprometido en la construcción de una arqueología fundamentada en el materialismo histórico, era todo un desafío objetivar y explicar unas manifestaciones tan aparentemente vinculadas con lo “inmaterial”. La investigación abordada nos ha conducido a frecuentar campos del saber y de la experiencia humana hasta entonces poco habituales para

nosotros. Por tanto, podemos afirmar que también en el plano intelectual hemos gozado de la excitante sensación del descubrimiento.

## Agradecimientos

Muchas personas nos han ayudado a llevar a cabo nuestra labor, colegas, especialistas, amigas y amigos; sin su compañía, apoyo o trabajo no hubiéramos podido abordarla. La lista es larga, pero su contribución merece un explícito reconocimiento.

Como no podía ser de otra manera nuestros primeros reconocimientos van dirigidos a Pedro Arnau, por ser el protagonista del descubrimiento y por su estrecha colaboración en ciertas parcelas de la investigación; a Simó Gornés de la Conselleria d'Educació, Cultura i Esports del Consell Insular de Menorca y a Manolo Rojo del Ajuntament de Ciutadella, por el apoyo institucional y la confianza que nos brindaron en todo momento.

También deseamos expresar nuestra deuda para con Josep Lluís Florit y Joana Maria Gual de la Conselleria d'Educació, Cultura i Esports por su participación en los trabajos de excavación, y con Toni Camps y Joana Fernández del Museu Municipal Es Bastió de Sa Font de Ciutadella, quienes acogieron y facilitaron los trabajos de laboratorio que tuvieron como sede estas instalaciones.

Otras personas dedicaron largas horas de su tiempo a diferentes labores en dicho laboratorio o en la excavación: Josep Lluís Moles, Oteló Llorens, Toni Moll, Carles Oriols y José Luis Ruiz-Peinado, quien además se responsabilizó de la fotografía de campo. Para ellos nuestra más sincera gratitud.

Nuestro agradecimiento también a todos los especialistas que colaboraron en alguna de las ramas de la investigación:

- Geología y geomorfología: David Gómez-Gras (Universitat Autònoma de Barcelona).
- Micromorfología de suelos arqueológicos: Charles A. I. French (University of Cambridge).
- Dataciones radiocarbónicas: Murry A. Tamers y Darden G. Hood (Beta Analytic Inc., Miami)
- Antracología: Raquel Piqué i Huerta (Universitat Autònoma de Barcelona).
- Palinología: Anthony J. Stevenson (University of Newcastle).
- Análisis faunísticos: Mabel Montero (Universitat Autònoma de Barcelona) y la colaboración de Jordi Estévez y María Saña (Universitat Autònoma de Barcelona).
- Análisis microfaunísticos: Gabriel Alcalde i Gurt (Universitat de Girona).

- Análisis de composición de objetos metálicos: Sophie Stos-Gale (Oxford University).
- Análisis de composición de pastas cerámicas: David Gómez-Gras (Universitat Autònoma de Barcelona).
- Fotografía de campo: Pedro Arnau y José Luis Ruiz-Peinado.
- Fotografía de objetos en el laboratorio: Peter Witte y SONO.
- Filmación VCR: Gonzalo Moll.
- Planimetría de campo: Pedro Arnau y Josep Lluís Florit.
- Dibujo de materiales arqueológicos: Ramón Álvarez Arza (Universitat de Barcelona). Carmen Lara y Xavier Carlús (Universitat Autònoma de Barcelona) colaboraron en el dibujo de la industria ósea.
- Tratamiento informático de dibujos arqueológicos: Raquel Sánchez Espada (Universitat Autònoma de Barcelona).
- Restauración y conservación de materiales arqueológicos: Noël Siver. Gonzalo Moll ("Salo") y Ester Mascaró, del canal autonómico balear de TVE, siguieron puntual y fielmente junto con Laura Banyon el desarrollo de las investigaciones de Es Mussol desde las páginas de Sa Revista-Cap de Ponent. El televisivo "gracias por su atención" va esta vez por ellos.
- Salvador Moragues y Guillem Triay, del Cuerpo de Bomberos de Menorca destinados en Ciutadella, junto con Pedro Arnau, Josep Riera y José Luis Ruiz-Peinado se encargaron de velar por el traslado diario de perso-

nas, equipos y hallazgos durante la campaña de excavación. La seguridad que infundían era tal, que el temor por el descenso y la escalada diarios no se apoderó de los miembros del equipo de campo hasta días después de haber concluido el trabajo. Todos ellos contribuyeron de manera impagable a que la aventura de la Cova des Mussol pueda ser hoy tranquilamente contada.

Nuestro reconocimiento y gratitud se dirige ahora a las instituciones que han facilitado el apoyo financiero indispensable o los permisos para llevar a cabo nuestra investigación: Conselleria d'Educació, Cultura i Esports del Consell Insular de Menorca, Ajuntament de Ciutadella, Fundació Rubió-Tudurí Andrómaco, Comissió Interdepartamental per a la Recerca i la Investigació Tecnològica de la Generalitat de Catalunya (CIRIT, 1996SGR 00092 y 1998SGR 00068) y Dirección General de Investigación Científica y Tecnológica (DGICYT, PB95-0632). La propietaria del terreno, Mercedes Esquella Manso, también colaboró a que todo llegara a buen puerto, pues no puso trabas a que se realizara nuestro trabajo.

Hemos dejado para el final la manifestación de nuestra gratitud y deuda con el resto de miembros de nuestro equipo de investigación: Pedro Castro, Bob Chapman, Trinidad Escoriza, Sylvia Gili y M<sup>a</sup> Encarna Sanahuja Yll, quienes constituyen un punto de referencia básico e insustituible en lo científico, en lo afectivo y en lo social.

## SITUACIÓN, ESPACIOS ARQUEOLÓGICOS Y CRONOLOGÍA

**LA COVA DES MUSSOL** está situada en el tramo inferior de un acantilado que cae a pico unos 40 m sobre el mar, en el paraje de Cala Be a unos 4 km al noroeste de Ciutadella (láminas 1a y b). Tiene unos 200 m de recorrido (figura 1) y a ella se puede acceder mediante dos aberturas orientadas al sudoeste. La primera consiste en un orificio triangular, muy angosto, situado a unos 20 m sobre el nivel del mar. En este lugar habitaba el *mussol* (mochuelo) que saludó la llegada de Pedro Arnau y que dio nombre a la cueva.

La entrada principal se encuentra unos metros por debajo de la primera y es mucho más amplia. Llegar hasta ella desde el mar resulta dificultoso al principio, pero se suaviza más arriba gracias a un escalonamiento natural de la roca que conduce a un amplio rellano. En el fondo de esta plataforma se abre la puerta propiamente dicha, que está orientada al sudoeste y forma un hueco rectangular que se asemeja a una ventana que hay que atravesar para acceder al interior de la cueva (lámina 2).

La cueva está excavada en materiales calcáreos de la era Terciaria (Mioceno) que estaban dispuestos sobre otros anteriores de la era Secundaria (Jurásico) y que caracterizan el norte de Menorca (lámina 3). Su formación se debió a la acción de procesos de disolución (cársicos) que siguieron dos fracturas de la roca (diaclasas) dispuestas en diferentes direcciones.

Tras la formación de la cueva, la entrada principal fue tapada casi completamente por materiales más recientes (areniscas cuaternarias), procedentes de dunas que el viento adosaba al pie del acantilado en momentos de regresión del nivel del mar. La presencia de estas formaciones sugiere la posibilidad de que las gentes que frecuentaron la cavidad en tiempos prehistóricos se encontrasen con un acceso desde el mar menos dificultoso que el actual. En el interior de la cueva también se produjeron importantes alteraciones como la caída de grandes bloques procedentes del antiguo techo, responsables de la superficie irregular transitable en la actualidad, así como de algunas pequeñas oquedades situadas a un nivel inferior.

Por otro lado, la Cova des Mussol es especialmente rica en formaciones litogénicas (diferentes tipos de estalactitas y estalagmitas) que en la actualidad todavía se hallan activas. Los ejemplos más interesantes se localizan en las salas más recónditas.



**Lámina 1.** Cala Be desde la Cova des Mussol (a). Pared del acantilado donde se abre la cueva. La cavidad más amplia en el centro de la imagen corresponde al rellano de la entrada principal (b).



Figura 1. Planimetría de la Cova des Mussol, según Pedro Arnau y Josep Lluís Florit

## Nuestra primera visita

Cuando franqueamos la puerta principal accedimos a una estancia que denominamos Sala 1. A primera vista no se detectaban restos arqueológicos; sólo pequeños amontonamientos de huesos de ave y plumajes se dispersaban sobre la superficie. Esta era la única sala fácil de transitar, y su piso horizontal y la luz que penetraba desde el exterior le conferían unas

aceptables condiciones de habitabilidad. A medida que recorríamos la casi docena de metros de su longitud, la claridad iba atenuándose tan rápidamente como el rumor del mar. Después, un giro brusco hacia la derecha daba acceso a otra estancia dejándonos poco menos que a oscuras y en silencio. A partir de ese lugar, las luces y las sombras procederían de nuestro equipo de iluminación. La Sala 1 fue excavada y proporcionó el único depósito estratigráfico de la cueva.

*Descenso  
por el acantilado  
en el que se abre  
la Cova des Mussol*





*Vista de la entrada  
principal de la  
Cova des Mussol*

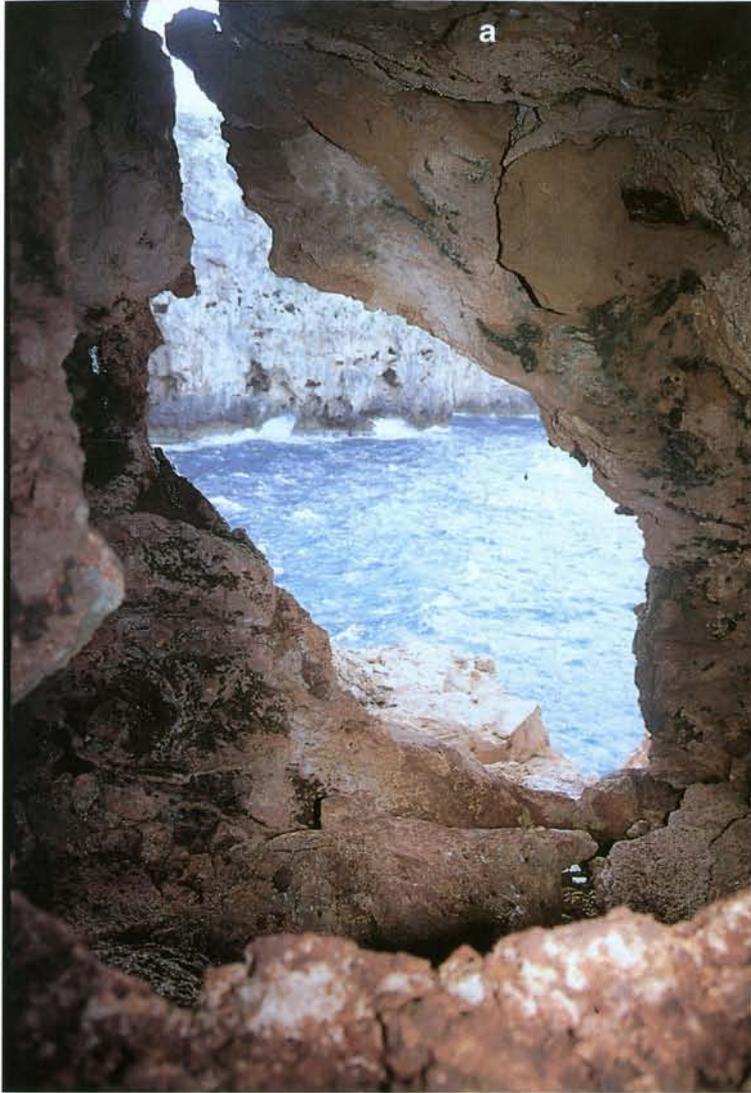


Lámina 2. Acceso principal a la Cova des Mussol visto desde el interior

La Sala 2 es la más amplia de la cueva y se comunica sin dificultad con la anterior. Está formada en toda su extensión por grandes bloques desprendidos del techo que al caer dejaron una superficie muy irregular y

resbaladiza a causa del proceso de formación de estalactitas y estalagmitas todavía activo (lámina 3). Los bloques caídos habían dejado entre ellos pequeñas oquedades que formaban estrechos y profundos pozos verticales y sinuosos. El techo se asemeja a una amplia bóveda. Sobre el piso irregular de bloques caídos vimos los primeros objetos arqueológicos. La tenue luz procedente de la entrada principal apenas constituía una suave referencia.

Esta sala nos proporcionó la primera sorpresa. Una considerable cantidad de restos arqueológicos, fragmentos cerámicos prehistóricos y algunos vasos completos yacían directamente sobre la superficie de los bloques. Algunos se habían roto al caer por la suave pendiente de las rocas y muchos de sus fragmentos habían ido a parar al fondo de la cueva a través de los angostos pozos, haciendo irre recuperable un porcentaje indeterminado de las piezas originalmente depositadas. En algunos casos, pudimos penetrar en los pozos más amplios y, tras atravesar estrechos pasillos a rastras, conseguimos salvar algunas piezas y fragmentos que habían ido a parar hasta allí.

La Sala 2 parecía por sus dimensiones y hallazgos la estancia principal de la cueva, pero inmediatamente debimos abandonar esta impresión. Un pequeño hueco situado al sudoeste daba acceso a una rampa muy angosta e inclinada. Reptando por este pasadizo se penetra en un complejo de tres cámaras muy pequeñas (Sala 3) que se comunican mediante agujeros tapados intencionalmente por piedras planas. En las dos primeras apenas se podía estar de pie.

Una vez desplazadas las losas que cubrían los pasos hacia la cámara más profunda, quedamos a merced del hallazgo más insospechado que podíamos imaginar. Era una pequeña estancia cuya altura apenas permitía la postura erguida en uno de sus extremos, mientras que en el resto teníamos que permanecer de rodillas o sentados.

La cámara presentaba unas condiciones de humedad y temperatura (98% y 20°C) que no variaron con el paso de los días. Allí, diseminados en las diversas grietas y recovecos, había materiales arqueológicos excepcionales por diversos motivos. La mayoría de los objetos eran de madera, una materia que difícilmente aguanta el paso del tiempo y, lo que era realmente sorprendente, estábamos ante las primeras tallas con rasgos humanos que la arqueología balear ha documentado.

La primera talla yacía sobre el suelo, caída de perfil (lámina 4) al pie de un resalte de la roca. Sobre éste y en un lugar preeminente que se asemeja a un altar, se encontraba otra talla, inclinada y mirando a la pared. Era una cabeza humana con atributos zoomorfos (lámina 5), pues tenía dos cuernos y un largo cuello. Delante de ella y a un nivel más bajo, estaban colocadas las vasijas que posiblemente proporcionarían los únicos puntos de luz que iluminaran la estancia. Una probable tercera talla, ésta muy

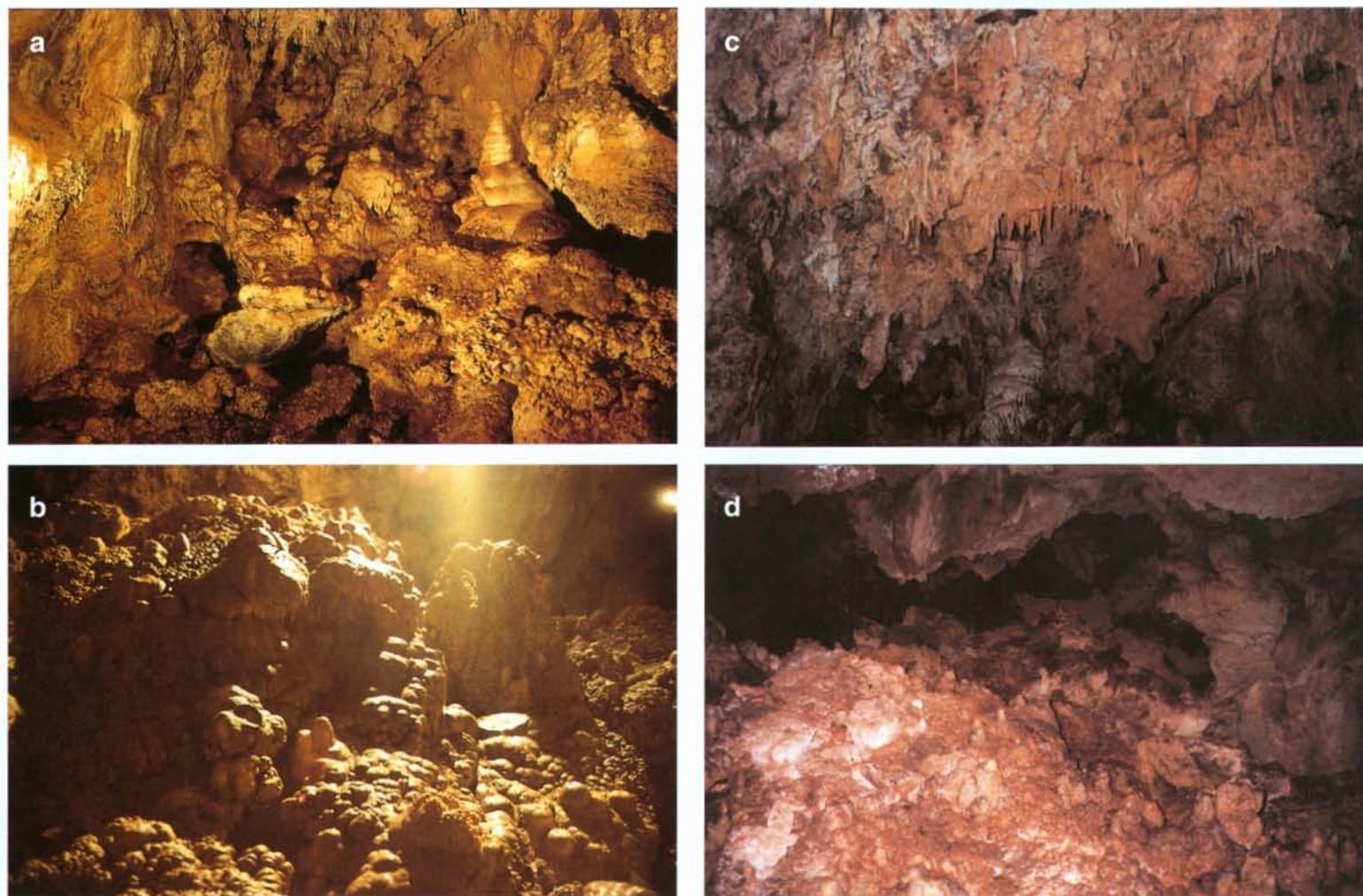


Lámina 3. Vistas de las paredes, techo y superficie del piso de la Sala 2 (a, b, c y d)

deteriorada, estaba muy cerca de la de rasgos zoomorfos. Todas las piezas de madera estaban empapadas de agua y muchas presentaban roturas o grietas. Las condiciones constantes de temperatura y humedad habían hecho posible que la materia orgánica no se pudriera.

Es Mussol tenía además otros alicientes. En el extremo opuesto de la Sala 3 se abría un área donde se podían contemplar estalagmitas en palme-

ra y un pequeño *gour* (lámina 6). La estancia tenía dos sectores. El primero (Sala 4a) era un espacio alargado y muy irregular debido a las rocas caídas del techo, al igual que ocurría en la Sala 2. En una repisa natural de la pared oriental, a más de dos metros de altura, se produjo el hallazgo de un importante lote de objetos de bronce y sobre el suelo también se documentaron otros ejemplares extraordinarios de bronce y marfil.



Lámina 4. Posición de la talla antropomorfa antes de su extracción (foto CIM)

El otro sector (4b) está a un nivel más bajo que el anterior y en su parte más profunda había una balsa natural de agua cristalina. Cerca de ella se encontraron otros materiales de bronce. Originalmente, una cortina estalactítica cerraba el acceso al pequeño depósito natural de agua, pero en el pasado esta cortina fue destruida intencionalmente.

Una última sorpresa fue la que nos deparó la Sala 5. Nadie podía imagi-

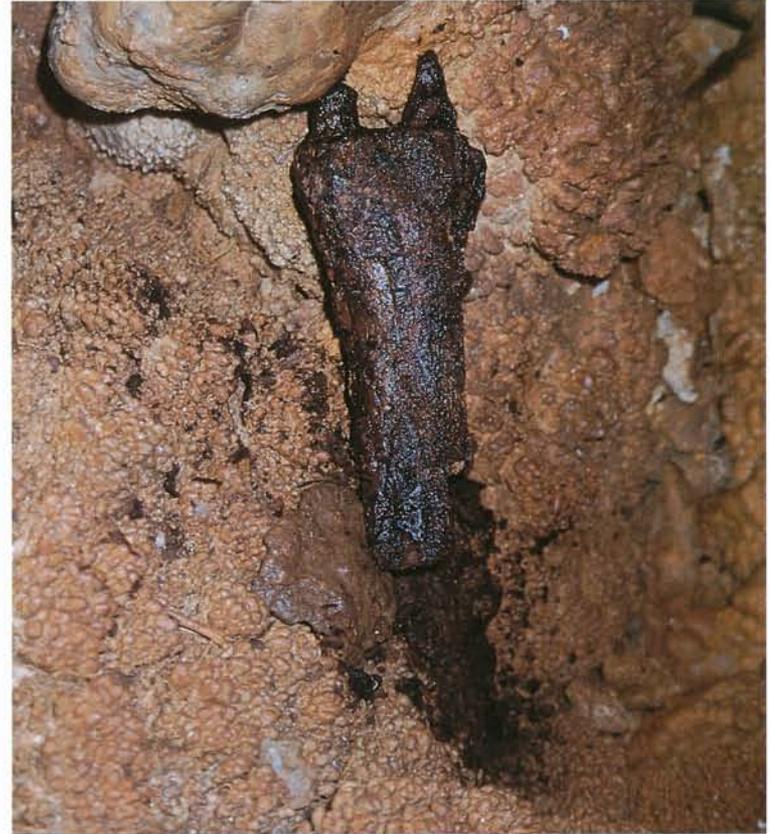


Lámina 5. Posición de la talla zooantropomorfa antes de su extracción (foto CIM)

nar que quienes frecuentaron la cueva hubieran aprovechado un lugar como éste para depositar sus objetos, ya que para acceder a esta sala hay que atravesar arriesgadamente una pequeña abertura (lámina 7a) y salvar un desnivel de varios metros antes de alcanzar el suelo. La Sala 5 (lámina 7b) es un amplio espacio alargado e irregular, donde los únicos restos arqueológicos recuperados, también de bronce, habían sido depositados cuidadosamente en lugares recónditos.

La Cova des Mussol posee otras salas más profundas, aunque no han deparado el hallazgo de restos arqueológicos. Se accede a ellas a través de una abertura en uno de los extremos de la Sala 4 y su interés atañe básicamente al campo de las ciencias de la tierra, dada la variedad y riqueza de las

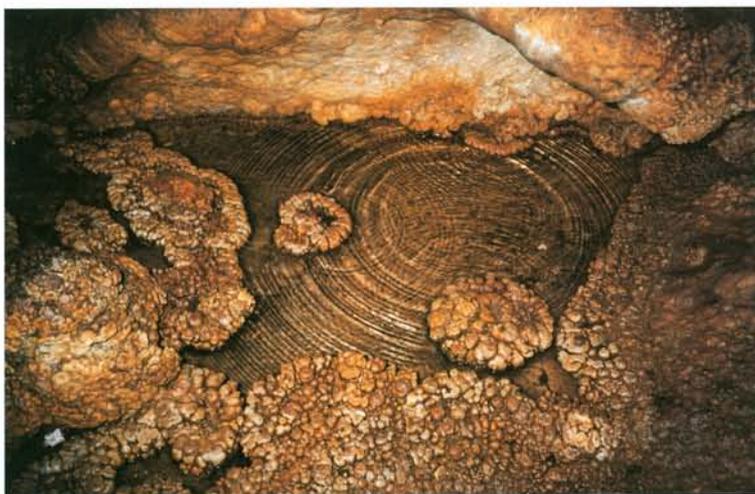


Lámina 6. Gour activo de la Sala 4.

formaciones geológicas allí originadas. Entre los elementos más notables destacan un pequeño lago en la Sala 6 (lámina 8) y complejas formaciones de estalactitas y estalagmitas (lámina 9) que incluyen ejemplares excéntricos en la Sala 7.

## La cronología de Es Mussol

Uno de los problemas principales que planteaba el estudio del yacimiento consistía en establecer los diferentes momentos en los que había sido ocupado. Para establecer el tiempo (la cronología) al que pertenecen los restos materiales, la arqueología se vale de dos tipos de métodos. Se dice que se obtiene una *cronología relativa* cuando los objetos recuperados se adscriben a una fase histórica según su tipología (tecnología y estilo) o según la posición estratigráfica que ocupan en los estratos del yacimiento en el que se hallan. Una *cronología absoluta*, en cambio, permite obtener fechas calendáricas absolutas, con escaso margen de error. Esta se puede conseguir por ejemplo, gracias al Carbono 14 (C14).

El C14 nos ofrece una datación aproximada del momento de la muerte de cualquier materia orgánica; cuando un árbol se tala, o cuando una persona muere, la proporción de C14 que había en su cuerpo disminuye en una proporción constante y determinada. Debido a que la cantidad de este isótopo radioactivo en la atmósfera ha variado en el transcurso de la

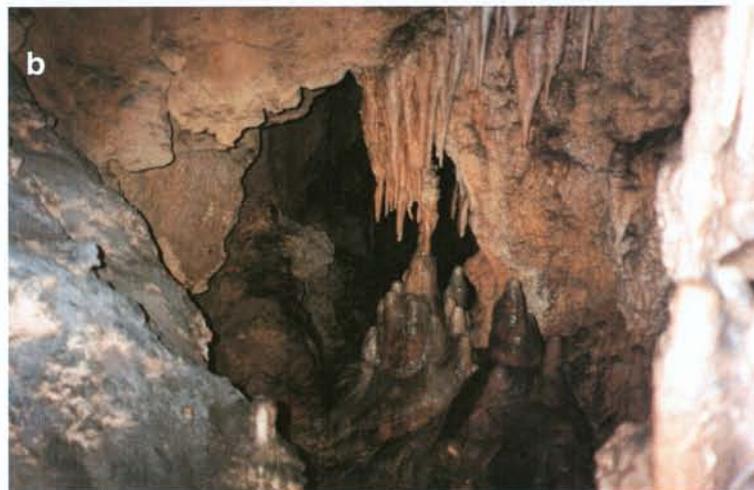
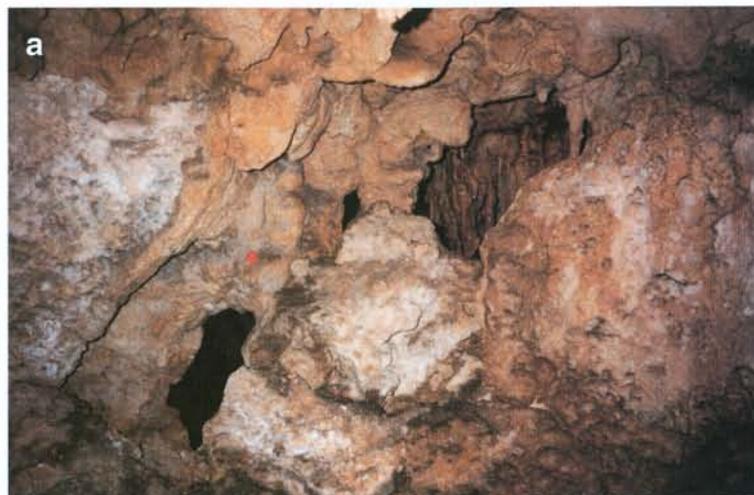


Lámina 7. Acceso (a) e interior (b) de la Sala 5.

historia, las fechas obtenidas deben *calibrarse* con otro sistema de datación que no presente esta dificultad. Si queremos conseguir fechas históricas, debemos ajustar los resultados del análisis del C14 con las curvas cronológicas aportadas por la dendrocronología, un método que mide el tiempo a partir del recuento de los anillos de crecimiento de los árboles. El ajuste entre ambos sistemas proporciona, por fin, fechas calendáricas en años reales.

La Sala 1, al conservar un depósito estratigráfico, tenía la ventaja de aportar datos cronológicos tanto absolutos como relativos para sus materiales arqueológicos. En cambio, la situación en las restantes salas ofrecía menos posibilidades debido a la falta de sedimentos. En ellas, la investigación cronológica debía ceñirse a las tipologías de los objetos o a la datación por C14 de algunos objetos de materia orgánica, como los fabricados en madera, y los huesos humanos y de animales.

Hemos seguido todas las vías mencionadas para definir las fases históricas de la Cova des Mussol. Como resultado, se distinguen cuatro fases de utilización de la cueva, todas ellas anteriores a nuestra era:

- Mussol I corresponde a la primera ocupación, acontecida en torno al 1550.
- Mussol II se desarrolló entre el 1200 y el 1000, época en que la cueva se convirtió en un centro de función mágico-religiosa.
- Mussol III tuvo lugar en torno al 1000 o poco tiempo después, cuando se realizaron enterramientos y ofrendas votivas.
- Mussol IV caracteriza las últimas visitas entre los siglos III y II.

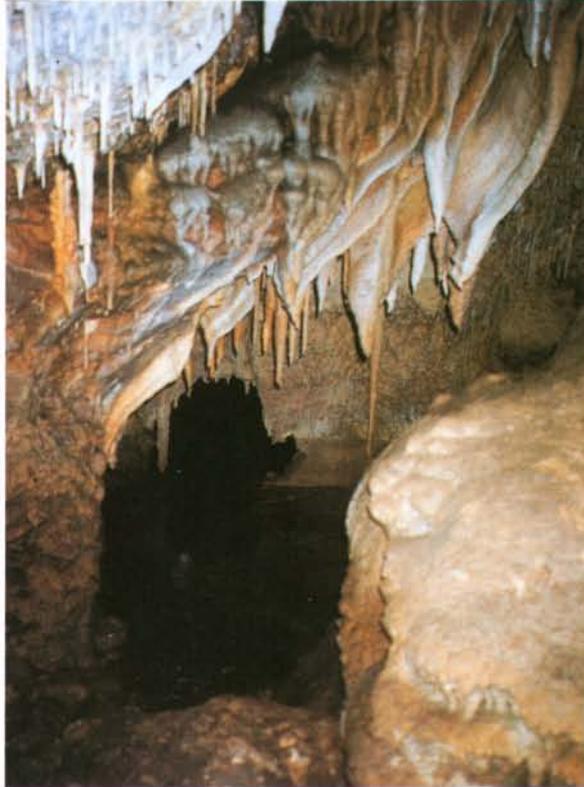


Lámina 8. Pequeño lago de la Sala 6.



Lámina 9. Vista de una de las salas más profundas que no fueron frecuentadas por las gentes prehistóricas.

## MUSSOL I. LA PRIMERA OCUPACIÓN

**GRACIAS** a una datación de C14 obtenida a partir de restos de carbón vegetal de un pequeño hogar del nivel más antiguo de la Sala 1, sabemos que en torno al 1550 un reducido grupo de individuos desarrolló allí diversas actividades. Ni el emplazamiento de la cueva ni, como veremos, la escasa entidad de los restos correspondientes a este momento, permiten pensar en una ocupación estable y prolongada.

### El contexto histórico (1600-1400 antes de nuestra era)

Durante la época en que tuvo lugar esta primera ocupación, las Islas Baleares estaban habitadas por varios grupos humanos. El primero ya vivía allí desde hacía un par de siglos aprovechando las cuevas y los abrigos naturales menorquines y construyendo sepulcros de piedra para enterrar a sus muertos (dólmenes). Otras gentes, que llegaron en torno al 1600, tenían un régimen de vida diferente. Se agruparon en poblados de casas de piedra alargadas de aspecto naviforme y practicaron sus enterramientos en el interior de cuevas naturales o en sepulcros colectivos excavados en el subsuelo, que se conocen con el término arqueológico de hipogeos de planta alargada. Los recién llegados protagonizaron una notable expansión del poblamiento sedentario y parece que no entraron en conflicto con las comunidades previamente asentadas.

Un grupo de individuos pertenecientes a una de estas poblaciones se aventuró en la Cova des Mussol. ¿Qué actividades realizaron en su interior? El estudio de los materiales arqueológicos proporcionará los argumentos para dar una respuesta.

### Los materiales arqueológicos

#### LA CERÁMICA

Al parecer, las primeras gentes que aprovecharon la cueva pudieron llegar por vía marítima, lo que exigiría fondear en la base del acantilado. Esta

tarea sólo debió ser relativamente segura en días con mar en calma, e inviable en condiciones de mínima marejada, ya que el oleaje habría estrellado la frágil embarcación contra el acantilado. Cala Be es un paraje especialmente peligroso para la navegación, ya que un rápido cambio de tiempo desfavorable puede implicar consecuencias fatales. Una vez salvada la dificultad de la llegada y el amarre, se alcanzaría la entrada principal tras un ascenso que podríamos calificar de dificultoso si la duna cuaternaria que estaba al pie de la cueva ya había dejado de existir en aquellos tiempos.

La superficie horizontal de la Sala 1 y la claridad que entraba desde el exterior ofrecía unas mínimas condiciones de habitabilidad. Según los análisis del sedimento (micromorfología) realizados por Ch. French de la Universidad de Cambridge, la sala fue frecuentada en esta fase en tres ocasiones diferentes. El tiempo transcurrido entre una y otra debió ser muy corto, dado el espesor microscópico de separación entre las superficies de ocupación y la homogeneidad de los materiales arqueológicos.

En la Sala 1 habilitaron un pequeño hogar (láminas 10 y 11), cuya

Lámina 10. Vista general de la Sala 1





Lámina 11. Hogar de la Sala 1

solera estaba formada por fragmentos cerámicos que, además de mantener eficientemente el calor, garantizaron una correcta combustión de la madera, al aislar el combustible del suelo húmedo y arenoso. Una vez asentados allí, llevaron a cabo una serie de actividades cuyo testimonio nos ha llegado en forma de recipientes de barro, herramientas de piedra y hueso y en los restos de animales domésticos que se han conservado.

El repertorio de los hallazgos es escaso, pero suficiente para ubicar esta presencia humana en el periodo que denominamos Naviforme Inicial (1600-1400). Los fragmentos cerámicos permiten reconocer un cuenco, una olla con cuello ligeramente indicado, tres vasijas globulares con borde saliente

y dos cazuelas carenadas, tipos frecuentes en las cabañas naviformes. Estas consideraciones tipológicas nos permitieron también asociar a esta fase algunos materiales hallados sobre la superficie de las otras salas. Así, en la Sala 2 encontramos fragmentos de otro cuenco y dos ollas de grandes dimensiones y, en la Sala 4a, otra olla globular (figura 2). Algunos de los fragmentos tenían su cara interna impregnada de restos de carbón del hogar, por lo que es probable que fueran utilizados para trasladar puntos de luz a estas zonas oscuras del interior.

La arcilla con la que se confeccionaron los vasos era de muy buena calidad y los defectos de su superficie se alisaban con una espátula o se bruñían con pieles o cuero. Tras la cocción, los vasos adquirían tonos oscuros y, en ocasiones, un característico sonido metálico al golpearlos.

El escaso número de fragmentos recuperados obliga a considerar que el registro cerámico está infrarrepresentado. A pesar de ello, resultó fácil constatar que la mayoría corresponden a grandes vasijas que pueden alcanzar los 45 cm de diámetro de boca. La ubicación de algunos de ellos en áreas de la Sala 2 sujetas todavía a procesos de formación estalagmítica, permiten sugerir que las vasijas a las que pertenecieron tenían la función de almacenar el agua que todavía se sigue filtrando en esas zonas. Otros recipientes de mediano tamaño, como cuencos y ollas, permiten entrever otras actividades relacionadas con el almacenamiento y/o manipulación de otro tipo de materiales. Sin embargo, en este repertorio cerámico llama poderosamente la atención la ausencia de pequeños vasos de consumo individual (cuencos, escudillas) que son comunes en las casas naviformes.

### LOS OBJETOS DE HUESO, PIEDRA Y MARFIL

Las únicas herramientas documentadas de esta fase fueron un punzón de hueso y un percutor de piedra (figura 3). El punzón, hallado en la Sala 1, se había confeccionado a partir de un hueso de bóvido joven y el útil de piedra, procedente de la Sala 2, era un primitivo percutor fabricado con un canto rodado. Este objeto fue empleado previamente para alisar materiales blandos y, una vez en la cueva, utilizado como percutor sobre materiales muy duros. Los percutores y alisadores de piedra y los punzones de hueso son muy comunes en las casas naviformes de Mallorca y Menorca.

La Sala 1 proporcionó también un botón prismático de marfil de elefante con los ángulos y aristas ligeramente redondeados (figura 3). La pieza fue recuperada en varios fragmentos, ya que se había exfoliado siguiendo la estructura típica en capas que tienen los colmillos. La pieza presentaba dos orificios que se unían interiormente para formar la clásica perforación en “v” por la que pasaría el hilo para su sujeción.

El marfil es un material que no aparece con frecuencia en el registro

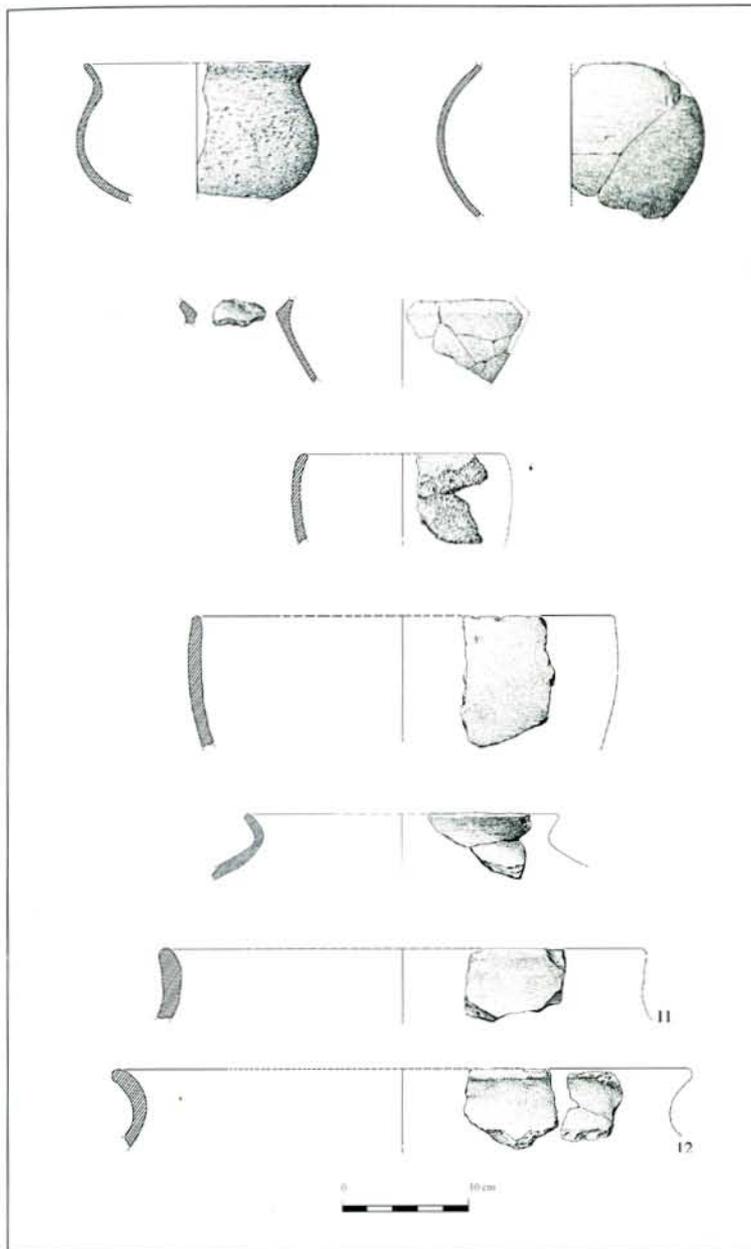


Figura 2. Mussol I. Cerámica

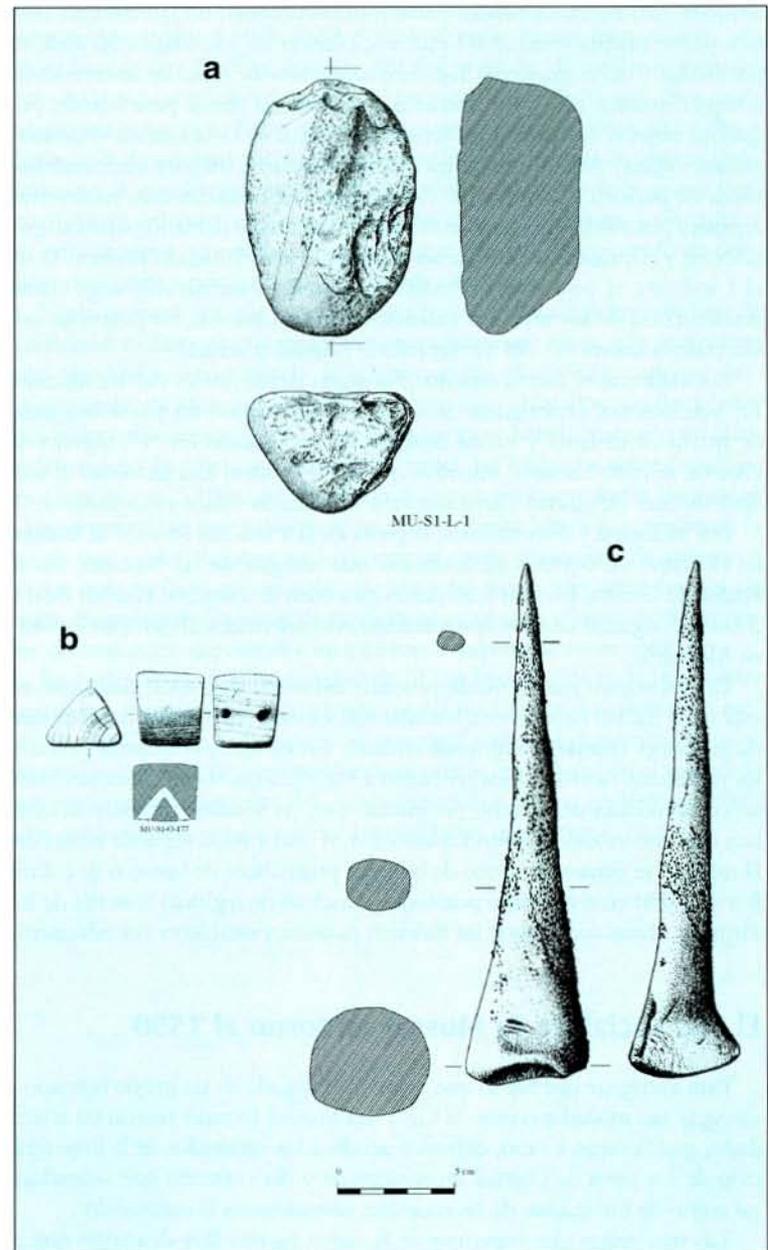


Figura 3. Utiles de piedra (a), marfil (b) y hueso (c) de la fase Mussol I

arqueológico de las sociedades prehistóricas europeas. En la Península Ibérica puede rastrearse en el III milenio, cuando las sociedades del sudeste peninsular y del estuario del Tajo formaron parte de redes de intercambios a larga distancia, que les proveían de esta materia prima para fabricar pequeños objetos ornamentales (colgantes, cuentas) o utilitarios (botones, peines, cajitas). Más adelante, los objetos de marfil, mayoritariamente botones de perforación en “v”, se documentan esporádicamente en diversas regiones peninsulares coincidiendo con la expansión del fenómeno campaniforme y el establecimiento de las sociedades de la Edad del Bronce. Ya en el I milenio, el comercio del marfil experimentó un notable auge como consecuencia de los intensos contactos mantenidos con las potencias comerciales y coloniales del Mediterráneo oriental y central.

En Mallorca, el marfil está documentado desde finales del III milenio. En Valldemossa, el abrigo de Son Matge proporcionó un peine decorado de marfil de elefante y varios botones de perforación en “v”, alguno de ellos de notable tamaño, mientras que en el cercano asentamiento al aire libre de Son Ferrandell-Oleza también se hallaron varios ejemplares.

Por su forma y dimensiones, la pieza de la Cova des Mussol se incluye en el grupo de botones de tradición más antigua de las Baleares. En la Península Ibérica, los más semejantes proceden de Almería, Ciudad Real y Albacete, algunos de ellos aproximadamente coetáneos al ejemplar hallado en Menorca.

Es casi seguro que el marfil procedía del norte de África, dado que en esta zona habitó hasta época romana una especie de elefante de pequeñas dimensiones (*Loxodonta africana cyclotis*). En tal caso, la materia prima o los productos ya elaborados arribaron a Menorca quizás por intermedio de las comunidades del sudeste peninsular que, en aquellos momentos, estaban experimentando profundos cambios. A partir de la segunda mitad del II milenio se generaliza el uso de botones prismáticos de hueso o de colmillos de cerdo en el nordeste peninsular e incluso en regiones más allá de los Pirineos, zonas con las que las Baleares pasaron a establecer sus relaciones.

## El uso social de Es Mussol en torno al 1550

Para averiguar qué fue lo que provocó la llegada de un grupo humano a un lugar tan recóndito como la Cova des Mussol y cuáles fueron las actividades que llevaron a cabo, debemos acudir a los resultados de la investigación de los tipos de objetos arqueológicos y del contexto que ocupaban, así como de los análisis de las muestras obtenidas en la excavación.

Las tres visitas que experimentó la cueva en esta fase descartan que la ocupación respondiera a un evento fortuito, lo que se ve confirmado por la presencia de los utensilios de hueso, piedra, cerámica y los restos de anima-

les. Tomando en conjunto todos estos materiales, a nadie se le escapa la dificultad que debió entrañar su transporte hasta la cueva, especialmente en el caso de las grandes vasijas y del combustible para el hogar. Ahora bien, ¿qué sentido tiene la reunión de este conjunto de materiales allí?

La presencia del hogar de la Sala 1 sugiere algún tipo de planificación de la estancia. Los carbones que se encontraron fueron analizados por Raquel Piqué (Universidad Autónoma de Barcelona). Su estudio determinó que se habían usado cinco especies diferentes como combustible para dar luz y calor: acebuche/olivo (*Olea europaea*), pino carrasco (*Pinus halepensis*), lentisco (*Pistacia lentiscus*), higuera (*Ficus carica*) y jaras (*Cistus* sp). Estas especies nos ofrecían un dato indirecto del estado del paisaje de aquella época.

La madera utilizada de forma mayoritaria fue la de *Olea*, pues a esta especie corresponde más del 90% de los fragmentos estudiados. Probablemente, este predominio se explica por la abundancia de acebuches en el paisaje de la Menorca del II milenio; además, la madera de *Olea* es un combustible de calidad y sus llamas proporcionan una buena luminosidad.

En contra de lo que parecía en un principio, el hogar y los restos de animales poco tenían que ver con el preparado de alimentos y el consumo. El estudio que de ellos realizó Mabel Montero (Universidad Autónoma de Barcelona), demostró que las porciones de carne no fueron cocinadas ni consumidas. Como tampoco hallamos otro tipo de alimentos, ni recipientes cerámicos de pequeñas dimensiones aptos para su distribución (pequeños cuencos, escudillas), resultaba evidente que debíamos descartar como función del hogar la de preparar comida y limitar su cometido a fuente de luz y calor. Sin embargo, aunque la madera de acebuche se presta muy bien a esta utilidad, no dejaba de sorprendernos que se usaran también otras especies vegetales menos apropiadas para tal fin, como las jaras y, sobre todo, la higuera, que quema mal y produce un humo nada saludable. No pensamos en que estas especies fueran arrojadas al fuego para otros fines hasta que T. Stevenson (Universidad de Newcastle) nos dió sus resultados del análisis del polen. En ellos destacaba la presencia de restos de gramíneas, crucíferas, quenodios y manzanillas en cantidades apreciables. Esto constató que se arrojaban al fuego otras plantas poco aptas para la combustión, pero que podían suministrar determinados aromas.

Otro tipo de análisis nos deparó más sorpresas. La presencia de una notable cantidad de estalactitas partidas, así como la del percutor utilizado para romperlas planteaba nuevos interrogantes. Sabíamos que las partículas procedentes del triturado de estalactitas podían ser utilizadas por las gentes de esta época para dar plasticidad (desgrasante) a las pastas con las que fabricaban sus vasijas. En un principio, pensamos que la presencia del percutor y la de fragmentos de estalactitas en el hogar y sus inmediaciones pudo haber sido uno de los objetivos de la presencia humana en Es Mus-

miento que se repeta sistemáticamente en cada especie. Dado que no eran consumidos, la única explicación posible era que fueron depositados durante el ciclo de la vida simbolizada mediante las especies animales que ellos utilizaban para sobrevivir. Estos restos podían ser ofrendas votivas dedicadas a algún tipo de entidad ideológica relacionada con el mundo subterráneo (tónico). A ese destino apuntaban también la ubicación de la propia cueva, el riesgo del viaje, el costo excesivo del traslado de bienes y ofrendas y los esfuerzos por acondicionar un lugar que solo iba a ser visitado en contadas ocasiones y por un corto espacio de tiempo.

Era la primera vez que la arqueología balcar proporcionaba este tipo de actividades rituales en una época tan temprana y, por tanto, hay que tomar estas conclusiones con cautela. Con anterioridad al 1550, las cuevas y abrigos naturales de Menorca y Mallorca habían sido utilizados con fines habitacionales o funerarios, pero nunca hasta ahora se había localizado un escenario estricto de prácticas rituales. Por tanto, los hallazgos correspondientes a esta fase de la Cova des Mussol constituyen una novedad si respondemos a la interpretación que proponemos. Posiblemente habrá que analizar a la luz de esta evidencia otros yacimientos en cueva, conocidos de antiguo y en los que también se constata una estrecha asociación entre huesos de fauna, fragmentos cerámicos de vasos de gran tamaño y los misteriosos trozos de estalactitas depositados en montones respectuosamente colocados. En cualquier caso, esta novedad ritual fue introducida en la isla por las gentes que protagonizaron la expansión del poblamiento sedentario a mediados del II milenio. La actividad que en Es Mussol desarrollaron unos cuantos individuos de estas poblaciones puede entenderse en el marco de una exploración exhaustiva del nuevo territorio y de una expresión ideológica que otorgaba significación a las cavidades subterráneas.

sol, pero se nos hacía difícil explicar que la frecuentación de este lugar gítrara en torno a un móvil exclusivamente económico, sobre todo si tenemos en cuenta que existen muchas otras cavidades y formaciones geológicas en la isla capaces de proporcionar este tipo de desgrasante y en condiciones más adecuadas; además, resultaba extraño que hubiesen dejado allí los productos de su trabajo.

Si a esta paradoja añadimos que los huesos de fauna del resto de las salas tampoco habían sido cocinados ni consumidos y que las vasijas de gran tamaño podían haber descompuesto la función de recoger y almacenar el agua necesaria para las visitas, sólo nos quedaba averiguar por qué se había invertido tanto trabajo para trasladar hasta allí materiales pesados (grandes vasijas, combustible vegetal) y acondicionar la estancia (construcción del hogar).

A pesar de todos los datos, la explicación se resista. Sabíamos que las porciones de animales transportadas hasta allí no respondían a fines alimenticios y que el hogar tampoco había sido construido ni utilizado para procesar la comida. Por otra parte, era poco verosímil atribuir una determinación básicamente económica a las actividades que se habían realizado, pues el costo y el riesgo que debió suponer trasladar vasijas de gran capacidad hasta el interior de la cueva no concordaba con la corta duración de las estancias, durante las cuales el consumo alimentario del grupo fue al parecer nulo. Tampoco parecía aconsejable relacionar estrictamente las visitas con la obtención de desgrasante para la cerámica, pues ello resultaba una tarea excesiva sobre todo si contáramos con que había otros lugares más propicios y cómodos que Es Mussol.

La interpretación más ajustada vino apoyada por los últimos resultados del análisis faunístico. Todas las especies representadas (ovejas, cabras, búes y cerdos) contaban con un individuo joven y otro adulto, empareja-

**TRAS LA OCUPACIÓN** de la Cova des Mussol a mediados del II milenio, se abrió un hiato de dos siglos hasta que la cueva fue ocupada de nuevo. Los hallazgos de esta fase proceden de las salas 2 y 3, e incluyen un asombroso conjunto de objetos de madera y de vasos cerámicos de pequeño tamaño completos o casi completos.

La cronología de este periodo viene dada por dos dataciones de C14 realizadas a partir de muestras tomadas de los dos objetos de madera más relevantes. La valoración de estas dos dataciones (1300 y 1100, aproximadamente) requiere comentario aparte, ya que, en principio, sorprende la distancia temporal de dos siglos entre objetos que responden a una función determinada dentro de un mismo espacio (Sala 3c). Ambas fechas fueron obtenidas a partir de muestras de acebuche, por lo que la fecha real de fabricación y uso debe ser posterior al valor de la datación. En arqueología, este tipo de muestras se consideran *de vida larga*, ya que la cronología que proporcionan no corresponde al momento de uso del objeto, sino a la edad del árbol que proporcionó la materia prima, y el acebuche puede sobrevivir sin dificultad más de un centenar de años.

Sin embargo, la presencia de estos y otros objetos en un mismo espacio funcional sugiere contemporaneidad. Así pues, respetando el necesario principio de incertidumbre que rodea las muestras de vida larga, y concediendo relevancia al contexto arqueológico en que aparecieron, creemos que las prácticas sociales en las que estaban implicados se desarrollaron entre el 1200 y el 1000.

### El contexto histórico (1200-1000 antes de nuestra era)

En esta época, los poblados con la característica arquitectura naviforme empiezan a cambiar, tras una etapa de consolidación y estabilidad entre el 1400 y el 1200. A partir del 1200 las casas comienzan a experimentar transformaciones que se alejan de los cánones naviformes. Ejemplos de ello pueden verse en algunos poblados mallorquines como S'Illot (Manacor) y Es Figueral de Son Real (Santa Margalida). Con ellos, se inicia una cierta concentración poblacional en unidades urbanísticas más densas.

En el ámbito funerario, los hipogeos de planta alargada dejaron de construirse hacia el 1400 y dieron paso al uso de cuevas naturales de inhumación cerradas por un muro ciclópeo. Esta nueva forma de sepultura fue la más común entre el 1200 y el 1000.

Así pues, la segunda ocupación de Es Mussol se encuadra, al igual que la primera, en un momento de cambio social, pero esta vez caracterizado por una transformación de las propias poblaciones autóctonas. La trascendencia de los cambios que comienzan a experimentarse será muy significativa, ya que constituyen la antesala de la sociedad talayótica.

### Los materiales arqueológicos

Las fechas obtenidas y los análisis tipológicos nos han permitido reconocer como pertenecientes a esta época una serie de vasijas halladas en varios puntos de la Sala 2. La distribución de estos materiales muestra que la actividad humana se concentró cerca de la entrada al angosto corredor en pendiente que conduce hasta las distintas cámaras de la Sala 3. Destaca una serie de recipientes cerámicos, todos ellos de pequeñas dimensiones y en un estado de conservación aceptable.

La mayor densidad de los materiales recuperados corresponde, sin embargo, a la cámara más profunda de la Sala 3 (Sala 3c), la más escondida y la de menor altura de la cueva, pues resulta imposible permanecer en ella de pie. La mayoría de los objetos aparecieron en el extremo oriental, encima de repisas y grietas naturales que proporcionaban al lugar la apariencia de un "altar". Presidía el conjunto la talla antropomorfa que mencionamos anteriormente. En sus inmediaciones había otros elementos de madera, como un posible soporte con cuatro perforaciones, una plaquita tallada y, algo más al sur, los restos de otra posible talla de rasgos humanos. Estas piezas debieron ser colocadas allí para ser contempladas desde el centro o el extremo occidental, áreas que proporcionaron pocos hallazgos y, a la vez, las que permiten una posición más cómoda. La colocación de dos puntos de luz cercanos a la cabecera oriental, en forma de vasos-candil, permitiría la visión de las figuras de madera que, además,

quedaría realizada por su emplazamiento elevado.

En el resto de la cámara los objetos de madera son escasos, pero alguno de ellos posee un notable interés. Encima de un saliente rocoso estaba el busto antropomorfo de madera. Frente a él, había otros fragmentos de madera y una pequeña vasija que, presumiblemente, iluminó este sector de la sala.

### LOS OBJETOS DE MADERA

El hallazgo más destacado de esta fase y, de hecho, de todo el yacimiento, fue el conjunto de piezas de madera sorprendentemente conservadas en el interior de la Sala 3c. En total, se identificaron 17 objetos, casi todos confeccionados a partir de madera de acebuche; sólo un ejemplar fue realizado en boj (*Buxus* cf. *balearica*).

La talla antropomorfa es de dimensiones reducidas, del tamaño de un puño humano (lámina 12). Representa el cráneo, el rostro y el cuello de un individuo, probablemente de sexo masculino si nos atenemos al aspecto general de robustez de los rasgos faciales y craneales. Tecnológicamente, la pieza muestra un buen acabado, pues la calidad del pulido final eliminó casi por completo las huellas de talla.

Lo primero que llama la atención es el realismo que expresa. En las vistas de perfil (láminas 13a y 13b) puede apreciarse la fidelidad del contorno de la cabeza, que incluye una cuidada inflexión para diferenciar la nuca. La obtención de este tipo de formas curvilíneas requeriría una combinación de trabajos de talla y pulido muy cuidadosos, habida cuenta de las reducidas dimensiones de este objeto (lámina 14a y 14b). Los rasgos faciales dan fe del realismo anatómico alcanzado, aunque el precario estado de conservación no permite apreciar las facciones con la claridad deseada. Bajo la frente se observa la línea de las cejas y los rebajes que indican los ojos. La nariz es el elemento más dañado, ya que presenta dos grietas que impiden asegurar su forma original. Sólo conserva la oreja izquierda, de forma redondeada y que sobresale ligeramente del contorno craneal. Por debajo de la nariz se abre



Lámina 12. Talla antropomorfa (foto P. Witte)

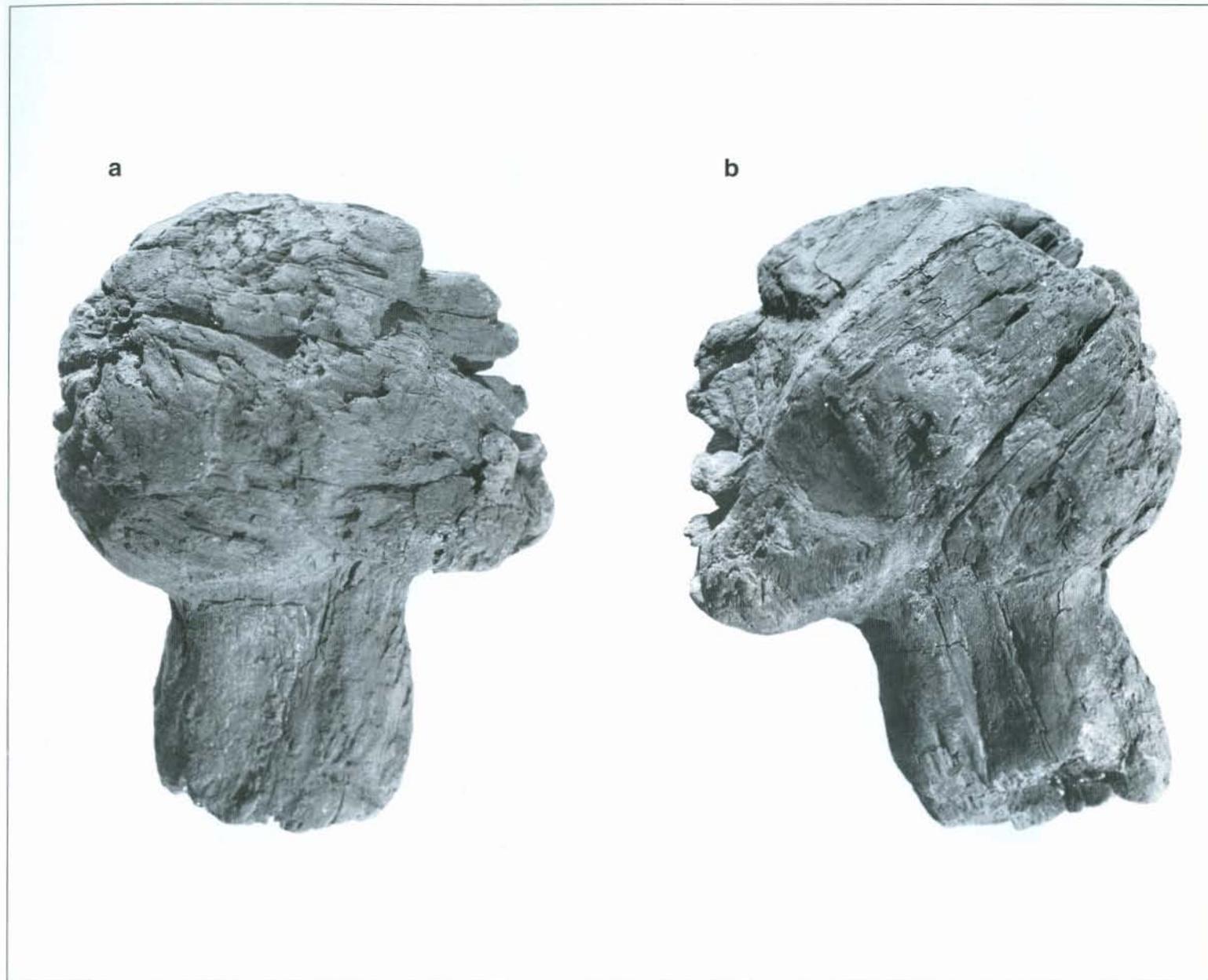


Lámina 13. Talla antropomorfa. Vistas de perfil (a y b) (fotos P. Witte)

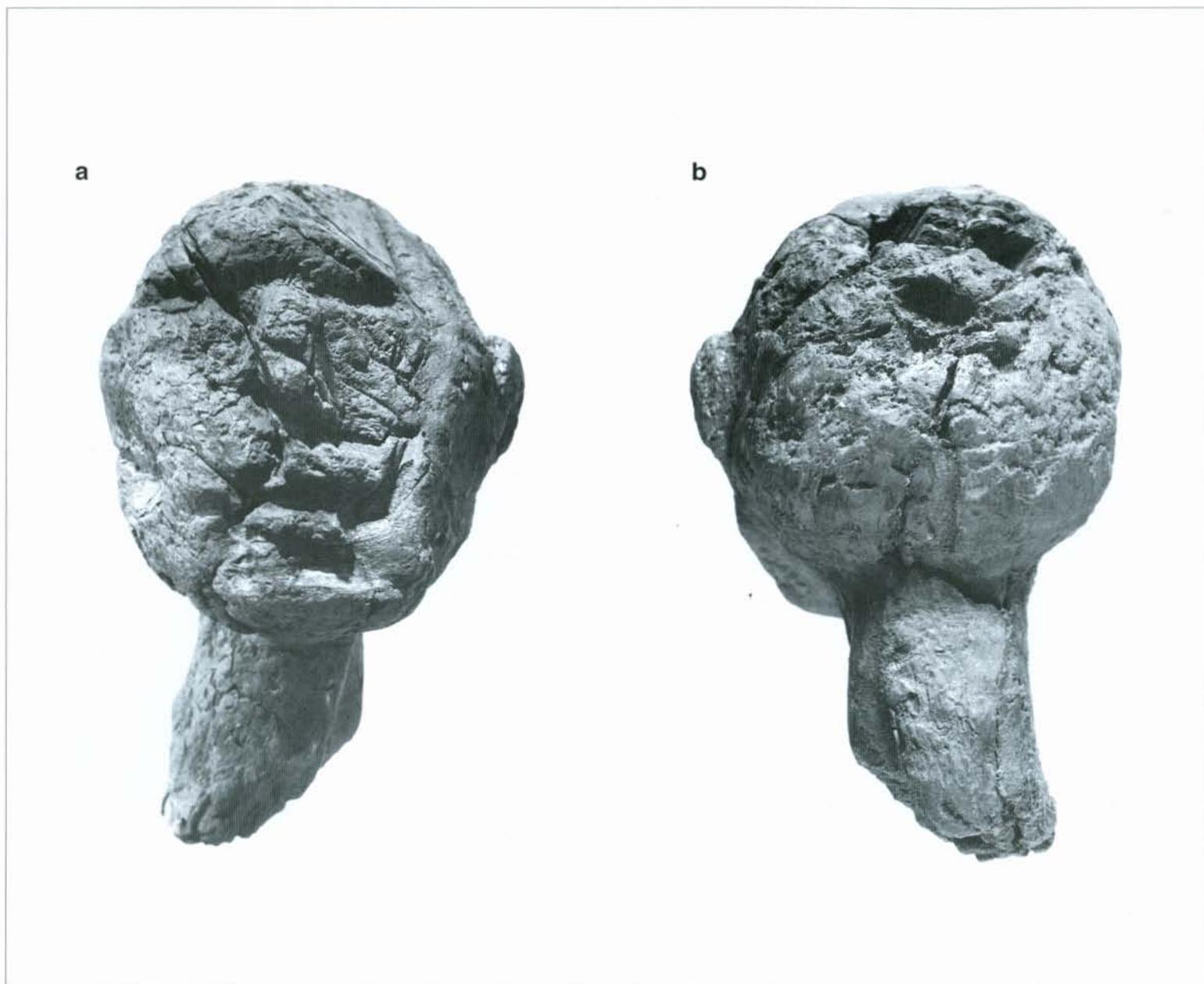


Lámina 14. Talla antropomorfa. Vistas frontal (a) y posterior (b) (fotos P. Witte)

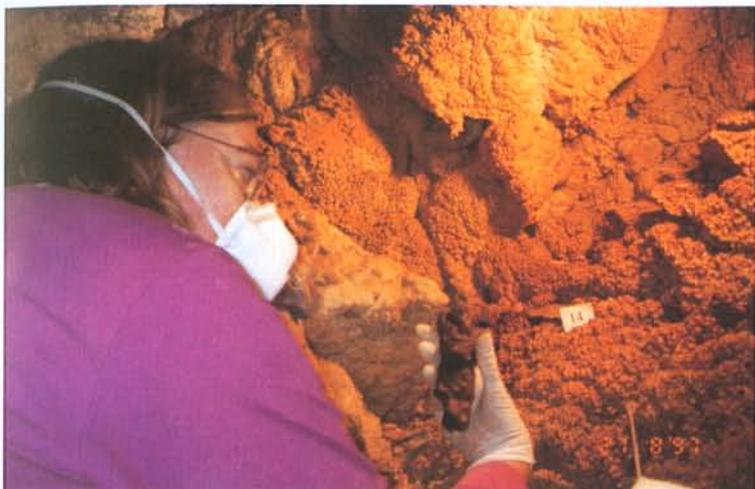


Lámina 15. Levantamiento de la talla zooantropomorfa

una boca bien indicada, dotada de labios gruesos y en posición abierta. La cara concluye con una mandíbula inferior bien diseñada que posee un mentón fuerte. En este punto, asombra la fidelidad con que se plasma la transición anatómica entre la mandíbula y la garganta. El cuello, algo más largo de lo normal, pudo ser la zona que facilitaba la prensión del objeto o su inserción en algún tipo de soporte.

La expresión facial parece indicar que la mirada se dirige a un punto situado en una posición elevada. En el mismo sentido apunta también la inclinación de la cara con respecto al eje vertical del cuello. La apertura de la boca proporciona la sensación de que el individuo esté representado en el acto de hablar o de expresar asombro.

La talla con rasgos zooantropomorfos estaba caída y mirando a la pared. Esta disposición sugiere que la pieza pudo haber sido colocada originariamente de frente y de pie, varios centímetros más arriba de donde fue hallada, es decir, en la parte más elevada del posible "altar". No supimos que tras ese trozo de madera se ocultaba la representación de un personaje misterioso con rasgos humanos hasta que la giramos y "nos miró" (lámina 15). Su cara tenía un contorno antropomorfo en el que se distinguían con claridad la frente, los ojos fuertemente rasgados y una nariz alargada y chata (lámina 16). La boca, marcada por una acanaladura horizontal relativamente amplia, da la sensación de estar entreabierta y un mentón fuerte de notables dimensiones tal vez insinúa una barba. No tenía orejas (láminas 17a y 17b). La cabeza estaba coronada por dos apéndices a modo de cuernos. El derecho estaba completo, mientras que al izquierdo le faltaba



Lámina 16. Talla zooantropomorfa (foto P. Witte)

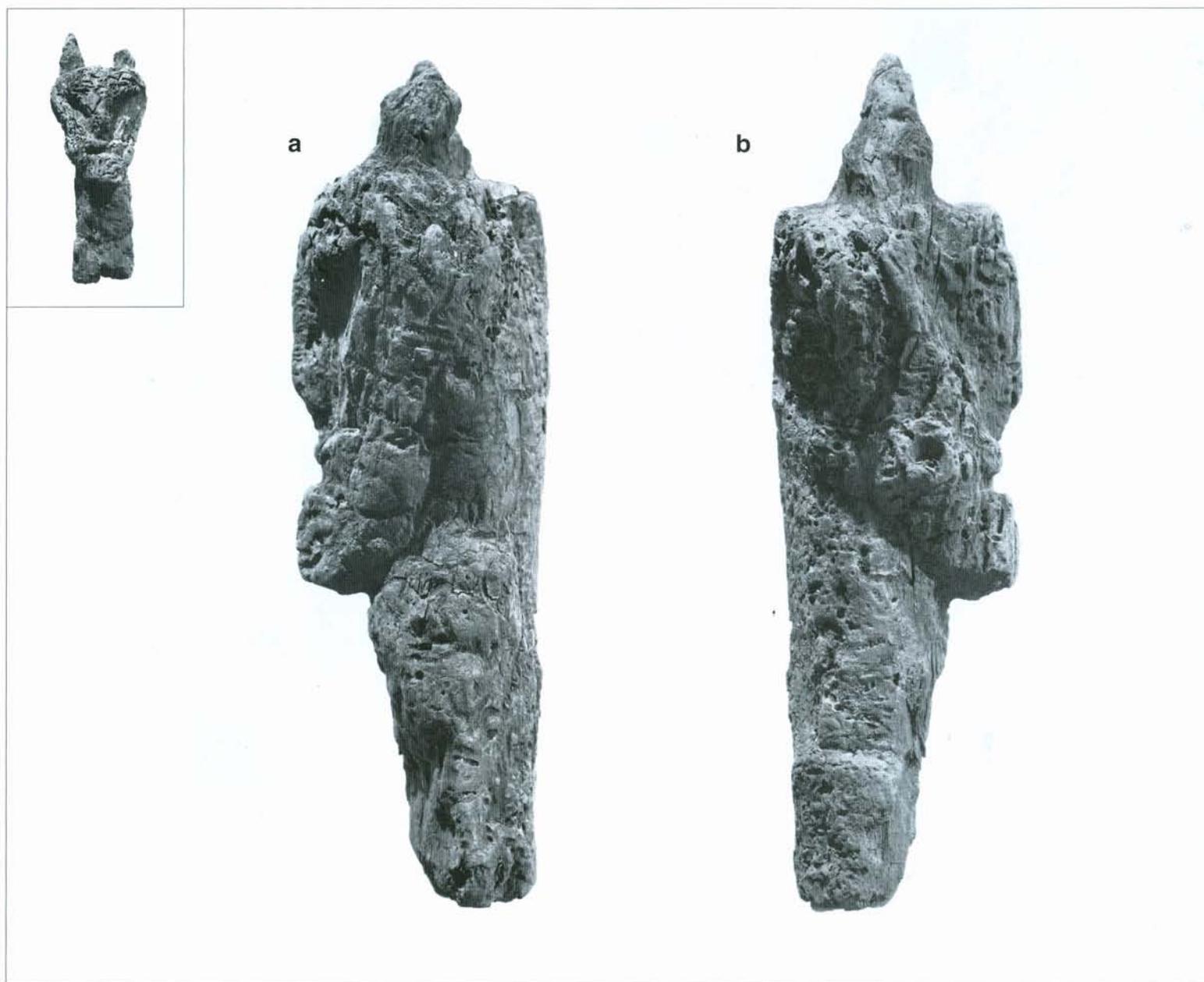


Lámina 17. Talla zooantropomorfa. Vistas de perfil (a y b) (fotos P. Witte)



Lámina 18. Talla zooantropomorfa. Vista posterior (a) y oblicua superior (b) (fotos P. Witte)

el extremo. Ambos partían de una superficie excesivamente plana como para corresponder a un cráneo humano (láminas 18a y 18b).

Los cuernos presentan una peculiar morfología, ya que en el ejemplar mejor conservado se observa una base ancha que se estrecha bruscamente hasta finalizar en un extremo puntiagudo. Si asumimos que la representación de estos cuernos no es esquemática, sino realista, la cornamenta representada podría corresponder a la de un cérvido joven.

La cabeza está unida a un cuello estilizado relativamente largo, que seguramente servía para coger el objeto o para ser encajado en algún tipo de soporte de material perecedero.

En conjunto, la figura ofrece una expresión solemne, en la que las agudas y oblicuas facciones oculares y la boca recta y horizontal configuran un semblante serio y, en cierto modo, amenazador. Por otro lado, los rasgos claramente humanos del rostro contrastan con la falta de realismo al elaborar la bóveda craneal, modelada a partir de planos excesivamente rectilíneos y, sobre todo, por la presencia de los dos cuernos. Es una representación compuesta, sincrética, que parece evocar diversos referentes en un solo símbolo.

Entre el resto de los objetos destaca otra posible cabeza tallada (lámina 19). Desgraciadamente, tenía un perfil irregular, los extremos rotos y no conservaba ningún rasgo facial; sólo había pervivido la zona del cuello y de la mandíbula.

El resto de los fragmentos de acebuche permiten intuir la presencia de un posible soporte con agujeros taladrados (lámina 20a), una pequeña placa ligeramente arqueada, decorada en su cara anversa con un motivo circular tallado semejante a un botón o figura ocular, y un fragmento que quizás corresponda a una espátula o a una cuchara.

El único objeto fabricado en madera de boj estaba roto (lámina 20b). A simple vista, parece un cuerno que, originalmente, podría haber formado parte de una talla de mayor tamaño.

## LA CERÁMICA

A diferencia de la ocupación de Mussol I, en la que llamaba la atención la frecuencia de grandes recipientes, la fase Mussol II está definida de forma casi absoluta por vasos de pequeñas dimensiones. Dos de ellos se hallaron en la cámara del altar y son muy parecidos a otros colocados en la Sala 2 (figura 4). Se trata de un tipo de piezas muy abundante en cuevas naturales de enterramiento de Mallorca y Menorca que tienen como cierre un muro ciclópeo. También se documentan con profusión en las navetas funerarias menorquinas. Su cronología puede situarse entre los siglos finales del II milenio y los inicios del I. Así mismo, han sido documentados, aunque en menor número, en casas naviformes menorquinas.

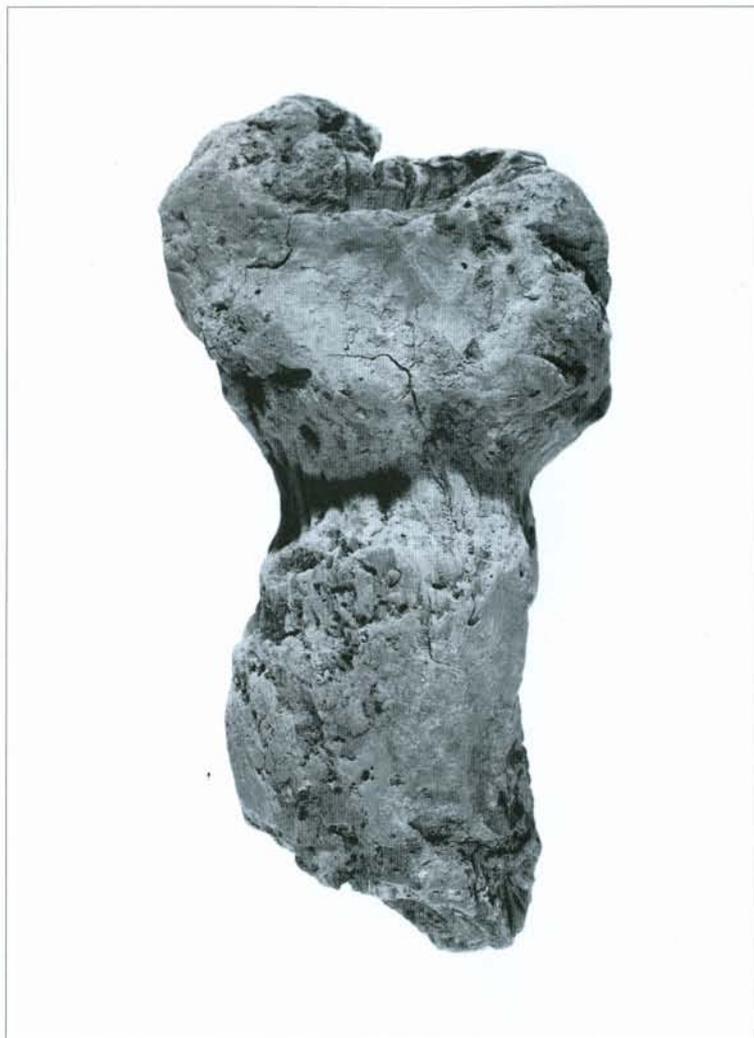


Lámina 19. Posible talla fragmentada (foto P. Witte)

Sólo uno de los vasos de Mussol presenta decoración, en concreto tres impresiones circulares dispuestas en forma de trébol a la altura del diámetro máximo del cuerpo.

La superficie interior de estos vasos presenta restos de tizne carbonoso que sugieren su utilización como candiles, pues llenos de grasa, cera o alguna sustancia oleosa y provistos de una mecha, habrían proporcionado

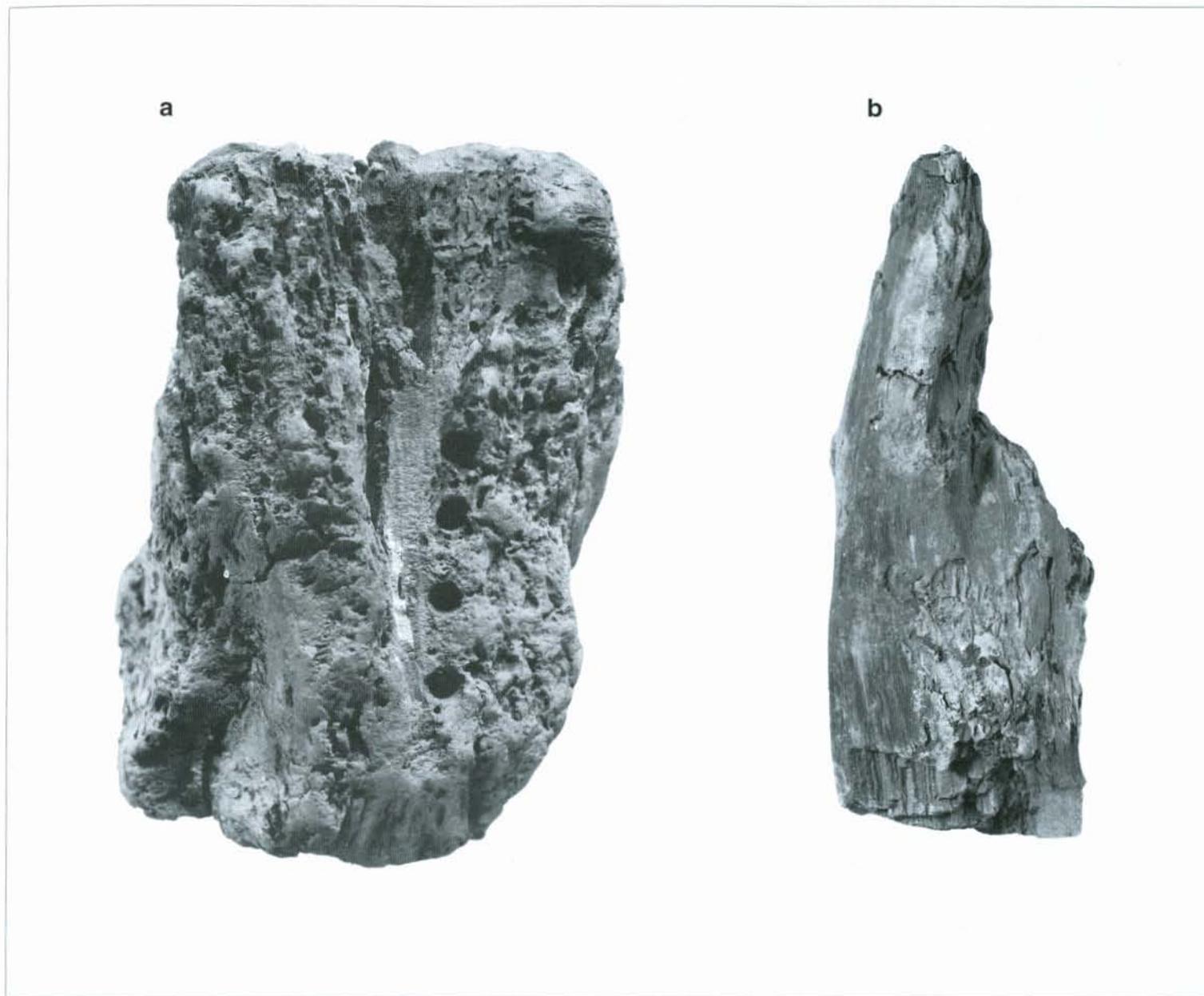


Lámina 20. Posible soporte de acebuche (a) y objeto corniforme de boj (b) (fotos P. Witte)

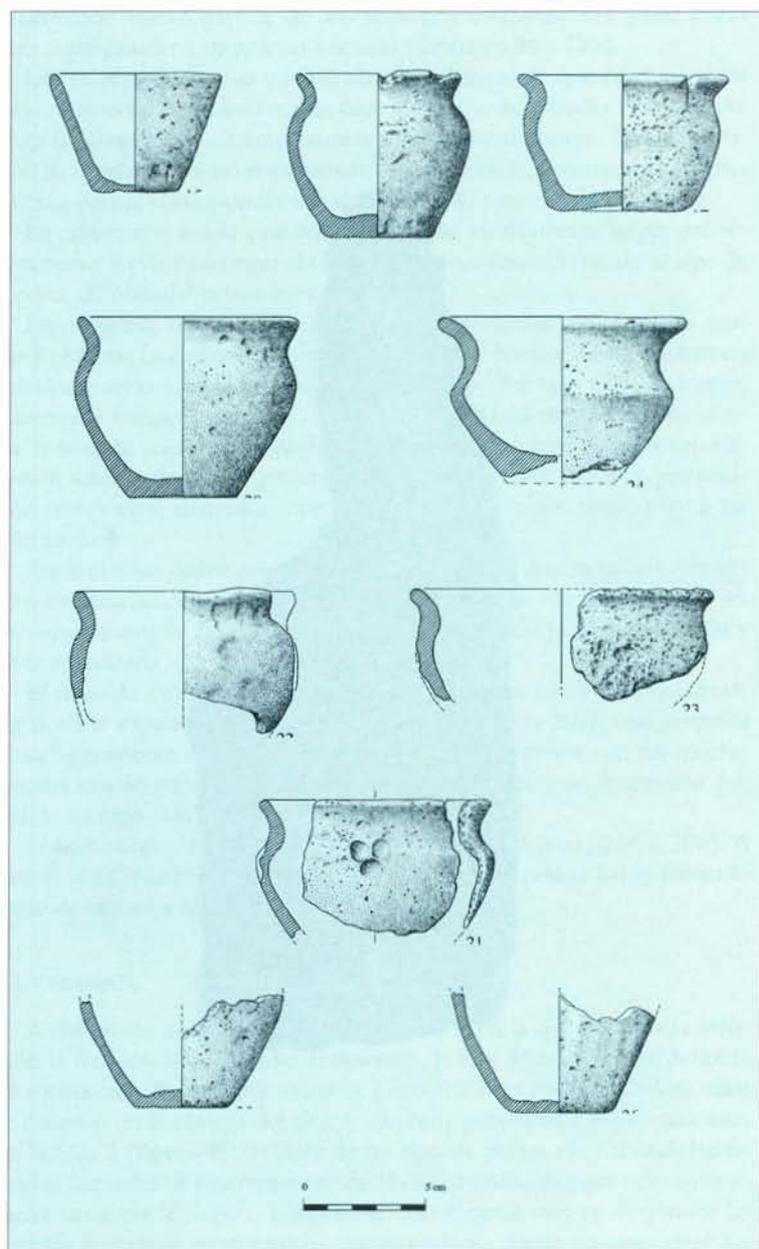


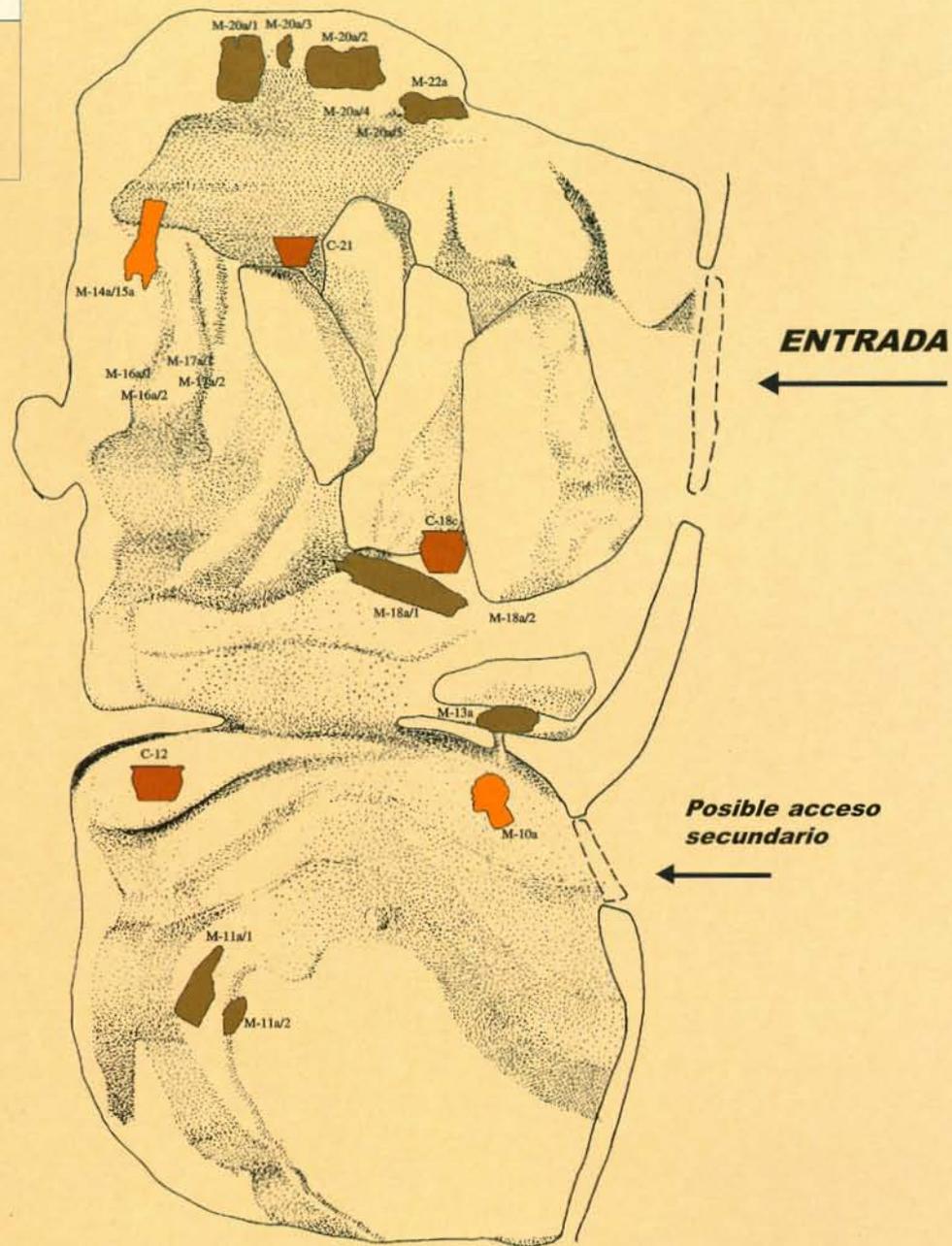
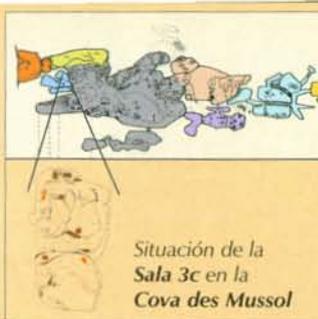
Figura 4. Vasos de la fase Mussol II

iluminación a los individuos que frecuentaron la Sala 2 y accedieron a la recóndita Sala 3c. Uno de estos vasitos fue transportado con seguridad hacia el interior de la Sala 3, ya que perdió una parte del borde en el primer tramo, seguramente debido a algún golpe producto de la dificultad de transitar por este espacio.

En suma, el conjunto cerámico de Mussol II aparece dominado por recipientes que, aunque morfológicamente diferentes, fueron destinados a la función de útiles de iluminación. Su pequeño tamaño, que les hace fáciles de sujetar con una mano, las deducciones realizadas a partir de la dispersión de los fragmentos de alguno de ellos y los indicios de combustión apreciables en sus paredes, constituyen razones en favor de esta interpretación. Además, puede citarse el argumento derivado del frecuente hallazgo de este tipo de vasos en contextos funerarios, como cuevas con entrada ciclópea y navetas, en los que las operaciones de acceso, deposición de cadáveres y ajueres, o reordenación de los restos esqueletonizados, requirieron unos mínimos dispositivos de iluminación.

Así pues, si durante Mussol I el problema de la iluminación quedaba solventado por medio del hogar en la Sala 1, en la ocupación de finales del II milenio la solución venía dada por medios de iluminación móviles de transporte individual. Este comportamiento diferencial halla una explicación plausible en función de las prácticas llevadas a cabo en uno y otro momento. En Mussol I, la actividad humana estaba centrada en la Sala 1; en cambio, en Mussol II las actividades humanas implicaban internarse hasta un lugar recóndito, cuya ruta de acceso, sobre todo en el recorrido de las cámaras de la Sala 3, no podía ser iluminada convenientemente desde un único foco fijo. Además, la superficie irregular y húmeda del suelo de la Sala 2, por donde discurría parte del itinerario, dificultaba la construcción de hogueras por el agua que rezuman las rocas; por su parte, el uso de antorchas entraña el riesgo de quemarse al atravesar con ellas los angostos pasillos. Tal vez por este motivo la iluminación de este sector fue conseguida mediante la colocación de varios candiles cerámicos, que alumbrarían el sector más próximo a la entrada del corredor en pendiente que conduce a la Sala 3. La distribución espacial de los hallazgos señala que las cerámicas de la Sala 2 están dispuestas siguiendo una orientación lineal paralela a la pared sudeste de la sala. En esta zona, el nivel del suelo se halla a una mayor altitud, con lo que el ámbito de visión proporcionado por los focos de luz sería también mayor.

Al estar restringido a funciones de iluminación y carecer de vasos destinados al almacenamiento o procesado de alimentos, el ajuar cerámico de esta segunda fase ofrece un argumento para pensar que la estancia o estancias en la cueva fueron muy breves.



Distribución de los hallazgos de cerámica y madera en la "sala del santuario" (Sala 3c)



*Madera de acebuche  
como la de las tallas  
encontradas en la  
Cova des Mussol,  
vista al microscopio  
electrónico*

### LOS OBJETOS DE MADERA EN EL CONTEXTO DE LA PREHISTORIA EUROPEA

Pocas veces se presenta a la arqueología la oportunidad de estudiar artefactos realizados en madera. Por desgracia, el carácter perecedero de este material contrasta con la intensidad que a buen seguro experimentó su utilización desde tiempos muy remotos. La madera es una materia prima abundante en la naturaleza, fácil de trabajar y apta para la fabricación de una amplia gama de objetos. Sin embargo, sólo circunstancias microambientales muy concretas favorecen su conservación a largo plazo. En el marco geográfico europeo, tales condiciones han sido efectivas en ambientes húmedos (turberas, pantanos, estuarios, ambientes lacustres) documentados preferentemente en zonas del centro y norte de este continente. Los hallazgos prehistóricos más espectaculares se localizan en asentamientos en las orillas de los lagos próximos a los Alpes, datados entre el Neolítico y la Edad del Bronce, en los que queda patente la enorme variedad de objetos elaborados con materias primas vegetales que habitualmente quedan fuera de la mirada arqueológica.

Entre los objetos de madera recuperados por la arqueología figura una serie de tallas antropomorfas, de variado tamaño y factura. La mayoría de ellas corresponden, desgraciadamente, a hallazgos fortuitos recuperados en obras de drenaje o de extracción de turba. Generalmente, estaban en uso en los siglos previos a la expansión romana e incluso fueron contemporáneos a ella. La función que se les otorga es mágica o religiosa y se les considera característicos de pueblos de filiación celta o germánica. Sin embargo, la frecuente falta de una contextualización arqueológica sigue planteando graves problemas para una precisa cronología. Afortunadamente, las modernas técnicas de datación por C14 han solventado en parte el problema y hoy en día contamos con dataciones de varias tallas depositadas en museos de Gran Bretaña (Dagenham, Roos Carr y Kingsteignton), Holanda (Volkerak), Irlanda (Lagore, Ralaghan), Escocia (Ballachulish), Noruega (Skjeberg), Dinamarca (Broddenbjerg) y Alemania (Alt Friesack) (lámina 21).

La cronología absoluta de las tallas atlánticas delimita un amplio intervalo de tiempo entre la más antigua (Volkerak, 5300 antes de nuestra era)

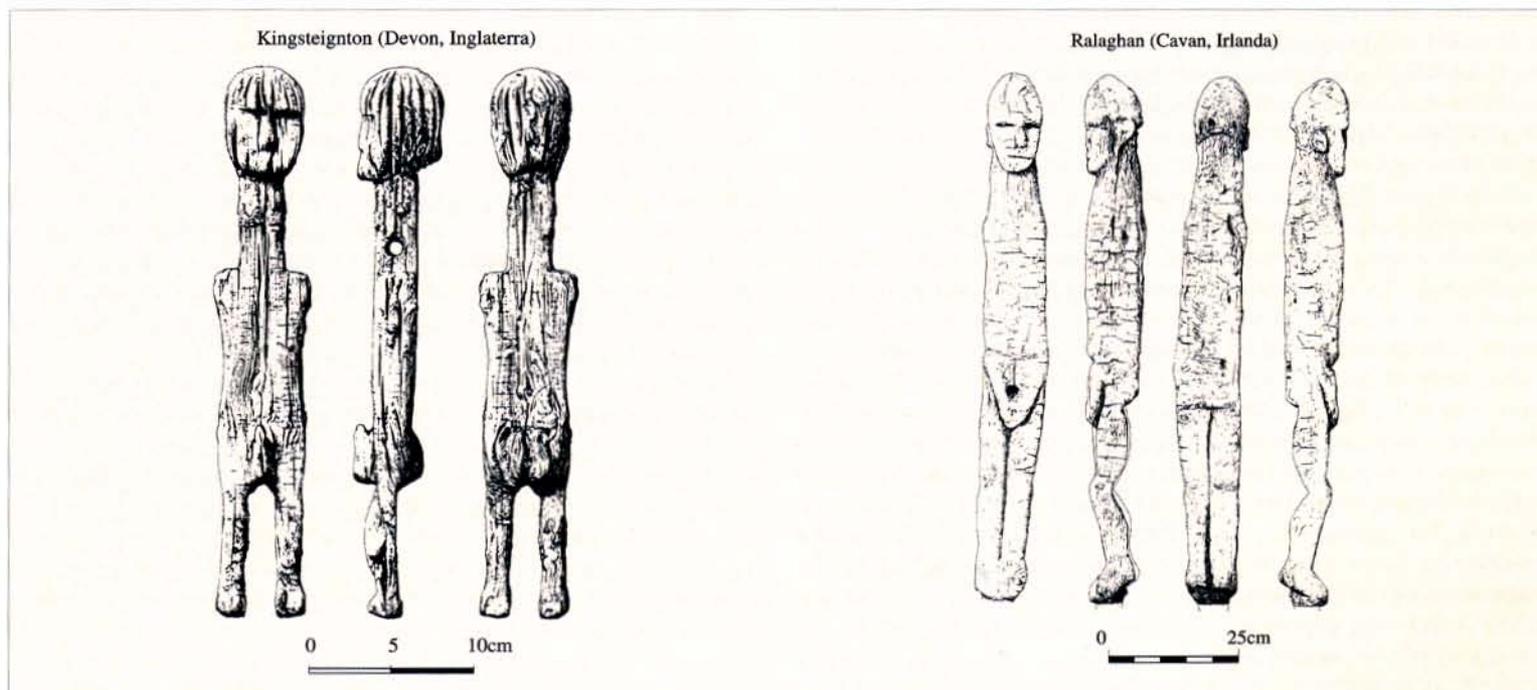


Lámina 21. Tallas de madera de la prehistoria europea (Kingsteignton y Ralaghan) (según B. Coles 1990)

y la más reciente (Alt Friesack, 600 de nuestra era). Ello demuestra la antigüedad y la continuidad en la fabricación de este tipo de objetos, al tiempo que coloca las piezas menorquinas entre los ejemplares más antiguos y relevantes. Son, además, junto con el de Lagore, los únicos que proceden de excavaciones sistemáticas.

Las principales diferencias entre las tallas del centro y norte de Europa y las menorquinas residen en su tamaño y en las partes del cuerpo representadas. Por lo general, las primeras son figuras de cuerpo entero que detallan cabeza, tronco, piernas y, en ocasiones, genitales, glúteos, brazos y tienen incluso objetos asociados, como escudos y un barco (Roos Carr). Además, se trata de figuras masculinas o de sexo indeterminado. Sin embargo, no conforman estilísticamente un grupo homogéneo, como es de esperar dada su diversidad temporal y geográfica. Por otro lado, suelen ser de notable tamaño, pues lo normal es que superen los 30 cm de altura y no son raros los ejemplares que rebasan con creces el metro de altura. La materia prima empleada suele ser roble, pino, tejo o fresno.

En contraste con estas figuras, las tallas de Mussol representan sólo la cabeza y el cuello, son de menor tamaño y están fabricadas con acebuche, una madera inexistente en la Europa central y nordatlántica. Sin embargo, la diferencia más excepcional consiste en el carácter zooantropomorfo de una de las tallas menorquinas, ya que no hay ninguna cabeza con cuernos en el resto de la colección examinada. Esta peculiaridad reviste una importancia simbólica decisiva, en cuya investigación deberemos tener en cuenta representaciones realizadas sobre otros materiales.

No todo son diferencias. Las semejanzas más notables se establecen en ciertos aspectos morfológicos asociados a la expresión facial. Así, la forma alargada de la cara y el trazado rectilíneo de los ojos y de la nariz en el busto zooantropomorfo de Mussol poseen un notable parecido con las figuras de Ralaghan (Irlanda), Kingsteignton (Inglaterra) y Broddenbjerg (Dinamarca), las cuales presentan también el mismo semblante serio y solemne.

En suma, las piezas de Mussol suponen una novedad dentro del repertorio de las figuras antropomorfas prehistóricas de madera. Además de su notable antigüedad, presentan elementos morfológicos poco frecuentes o inéditos en el conjunto restante, como son el marcado realismo de la talla antropomorfa y el sincretismo de la talla zooantropomorfa. Esta última figura es la primera de su género en Europa. La procedencia de un contexto estructurado en cueva también resulta original, ya que buena parte de los restantes ejemplares europeos pudieron haber sido depositados intencionalmente en los pantanos o zonas saturadas de agua que posibilitaron su conservación. Resta por profundizar en la dimensión social e ideológica que acompañó a estas piezas, pero este es un tema del que nos ocuparemos al final de la exposición de esta fase.

## El uso social de Es Mussol entre el 1200 y el 1000

Un vez expuesto el conjunto de objetos que definen la segunda fase de ocupación en la Cova des Mussol, es tiempo de adentrarnos en la dimensión social que expresaron en su momento de utilización. Para ello, debemos ir más allá de la descripción de los objetos para obtener las dimensiones sociales que rodearon su producción y uso. Iniciaremos esta labor con los hallazgos efectuados en la Sala 3c.

Una parte de las piezas de madera halladas en la Sala 3c corresponde con seguridad a objetos cuyo uso social interesa *exclusivamente* a su capacidad comunicativa. La función de estas imágenes especializadas consiste en sustituir a otros objetos ausentes; es decir, su presencia recuerda o reemplaza simbólicamente a otras realidades, por lo que constituyen elementos fundamentales en los procesos de comunicación.

Este tipo de objetos pueden tener la forma de la realidad referenciada, en cuyo caso hablaríamos de *signos icónicos* (por ejemplo, una figurilla de toro en relación a un toro real), mientras que otros pueden ser arbitrarios respecto a la realidad referenciada, con lo cual nos hallaríamos ante algo similar a los *signos simbólicos* como, por ejemplo, los lingüísticos (la palabra escrita “toro” en relación con el toro real). En cualquiera de estas dos posibilidades, estos objetos y las realidades a las que aluden pertenecen de manera directa al mismo orden material (figurilla=animal y papel escrito=animal). Entre ello media la comprensión del individuo receptor, aunque admitir esta mediación mental no nos aleja de una misma realidad material. Las percepciones y abstracciones no pertenecen al “espíritu”, entendido como dominio incorpóreo, sino que son producidas, expresadas y recibidas gracias a los órganos sensoriales y, antes que nada, gracias a experiencias compartidas y hábitos educativos previos que inculcan determinados significados. Podemos decir, por tanto, que ante todo son productos de un código social compartido.

En ocasiones, a lo que estos productos aluden no es a un objeto material, concretamente cuando el objeto hace referencia a una idea o abstracción como, por ejemplo, “eternidad”, “fecundidad”, “dios” o “ultratumba”. Sin embargo, tampoco ahora nos adentramos en ninguna dimensión inmaterial o trascendental, pues estas abstracciones desempeñan a su vez un papel mediador que posee, gracias a un aprendizaje previo potenciado socialmente, la capacidad de remitir a otras abstracciones (por ejemplo, un conjunto de teorías científicas o un credo religioso). Por muy misteriosas que parezcan, tales abstracciones siempre tienen un referente material en la vida social. Así, por ejemplo, la idea de fecundidad evocada por una figurilla femenina acaba siempre por remitirnos a la gestación y al parto, en el caso de relacionar la fertilidad con la producción de vida, o a una cosecha, si lo hacemos con la producción agrícola.

Las abstracciones provienen y remiten inmediatamente a otras realidades materiales, ya sea limitándose a considerarlas desde el plano contemplativo o, más frecuentemente, emplazándolas como medios para lograr objetivos y proyectos sociales coordinados individual o colectivamente. Pertenecen, en consecuencia, al ámbito de la comunicación. Las ideas son entidades elaboradas, transmitidas y utilizadas en función de las necesidades productivas y relacionales de la vida social. Los artefactos de este tipo, desde las imágenes simbólicas hasta los códigos lingüísticos, son precisamente los *productos materiales especializados* en satisfacer la comunicación imprescindible para la satisfacción de dichas necesidades.

La comunicación humana no siempre requiere de tales productos especializados. Un individuo, por ejemplo, puede aprender de otro ciertas actividades a través de la imitación de lo observado. Sin embargo, nuestra especie acabó por desarrollar productos especializados y complejos para la comunicación. El primero y más importante es el lenguaje oral. Su empleo por los seres humanos presupone determinadas condiciones fisiológicas (sistema nervioso, aparatos fonador y auditivo) y sociales, ya que la arbitrariedad con que se presenta el sistema de signos al hablante exige de éste un aprendizaje que, iniciado por la madre, involucra de hecho a toda la sociedad.

El papel desempeñado por el lenguaje en la evolución humana ha sido reiteradamente subrayado por las investigaciones sobre los orígenes de la Humanidad. La importancia del lenguaje reside en la capacidad que proporciona para aprovechar a escala social conocimientos obtenidos a partir de experiencias particulares. De esta forma, el lenguaje puede entenderse como un medio de producción y de relación, dotado de un elevado contenido de trabajo acumulado a cargo de las generaciones pasadas. El lenguaje permite transmitir conocimientos obtenidos por el uso de otros medios de producción, por la experiencia y por el saber derivados de habitar en un medio ambiente determinado y, además, por las políticas de convivencia o de conflicto que se desarrollan en el seno de un grupo humano.

Sin embargo, la comunicación humana no se limita al lenguaje oral, sino que los referentes pueden ser transmitidos también mediante otro tipo de imágenes sensoriales. Esta capacidad de crear y utilizar signos abre nuevas expectativas a la comunicación, al permitir que ésta se lleve a cabo satisfactoriamente sin que sea indispensable la presencia continuada del sujeto emisor. Basta con que el aprendizaje haya fijado la manera (sintaxis) y el sentido (los códigos de significado correspondientes). Esta capacidad de simbolizar puede involucrar objetos naturales (una montaña, un río, ciertas estrellas), elementos apropiados de la naturaleza (un trozo de meteorito, un cráneo de toro) o a cualquier artefacto con una utilidad práctica (un automóvil, un edificio, un arma). En estos casos, la capacidad de significación se *añade* como un suplemento a un material existente, formado o

utilizado con independencia de que sea puntualmente aprovechado para fines comunicativos. Sólo determinadas condiciones o necesidades sociales propician una rama de la producción material orientada a la obtención de objetos (imágenes) especializados en funciones comunicativas, un aspecto que nos interesa particularmente en estos momentos. Por supuesto, y al igual que en el lenguaje oral, en cualquiera de estos casos el medio de comunicación y el contenido de lo comunicado no son ajenos a la realidad social en la que se formaron emisores y receptores como personas sociales, ni tampoco a los propósitos u objetivos que perseguían.

Entendidos como objetos materiales, el estudio de los medios de comunicación es susceptible de proporcionar un conocimiento de las necesidades sociales que les confirieron utilidad. Sin embargo, el soporte material de tales medios influirá en la mayor o menor profundidad de la investigación. Aquellas ciencias que, como la antropología, la psicología o la medicina, trabajan directamente con el lenguaje oral, los órganos físicos implicados en la comunicación y todo tipo de imágenes sensoriales, se hallan en condiciones de acceder a la totalidad de los hechos comunicativos de una sociedad. En cambio, en el caso de la arqueología y una vez admitida su incapacidad para recuperar la expresión oral del pasado, sus posibilidades se restringirán a las situaciones en que la comunicación haya requerido de objetos específicos, ya que únicamente ellos nos pueden aproximar al desempeño de su función comunicativa.

La investigación arqueológica de este tipo de objetos puede informar sobre la organización de la transmisión del saber en una sociedad: el trabajo invertido en los medios de comunicación, la complejidad del aprendizaje de los códigos sintácticos y semánticos, la orientación técnica o política de los conocimientos transmitidos y la existencia o no de diferencias en el acceso y aplicación de tales conocimientos por parte de distintos grupos sociales.

Mucho más difícil será conseguir determinar el significado exclusivo atribuido a un objeto específico y de qué manera dicho significado se articula con otros formando credos, ideologías o filosofías. De hecho, nos enfrentamos a una problemática respecto a la cual gran parte de la profesión arqueológica admite la imposibilidad de ofrecer respuestas fiables. A la falta de métodos arqueológicos capaces de aproximarse al mundo de las ideas, hay que añadir las numerosas objeciones teóricas y metodológicas realizadas desde otras disciplinas, como la lingüística o la filosofía, que sustentan que los significados de las cosas nunca son estables y constituyen impresiones siempre cambiantes, cuyo contenido depende de la percepción y la comprensión subjetiva por parte de individuos y grupos diferentes.

En principio, estas consideraciones no auguran un porvenir demasiado esperanzador a los intentos por determinar al menos una parte de los

significados transmitidos por las sociedades del pasado. Sin embargo, tampoco creemos que admitir el carácter dinámico de los significados deba necesariamente derivar hacia posturas radicalmente escépticas o relativistas, porque las condiciones de producción e interpretación de los significados en un momento dado no son infinitas. Y aunque teóricamente pueda pensarse que sí lo son, lo cierto es que tamaño variabilidad tuvo que ser restringida en cada uno de los contextos históricos de comunicación social.

Con otras palabras, partimos de que cualquier producción humana guarda una correspondencia finita respecto a unas experiencias previas y a unos objetivos dados. Por tanto, nuestra tarea consistirá en proponer el abanico de los significados posibles en una situación histórica determinada, restringiendo al máximo esta elección. Para ello, utilizaremos tanto datos arqueológicos sobre las condiciones materiales y los agentes sociales que los utilizaron, como informaciones historiográficas o etnográficas que puedan vincularse a los objetos que estemos analizando.

Una vez fijada la definición de este tipo de artefactos de función comunicativa y simbólica, y explicitadas la problemática de su investigación, es preciso establecer qué criterios arqueológicos permitirán interpretar estos objetos. Tales criterios se derivan de las relaciones establecidas con otros elementos presentes en el contexto material donde fueron utilizados.

Cualquier objeto cobra sentido en su uso y función sociales. Un artefacto que, ubicado en un área de actividad determinada, no esté involucrado en una transformación intencional de tipo mecánico sobre otros materiales, tampoco lo estará en el proceso de trabajo que se realice allí, aunque algunas de sus características morfológicas o materiales indiquen *a priori* esta potencialidad. Pongamos un ejemplo para ilustrar esta cuestión. Una cruz de madera puede hacernos sospechar de que nos hallamos ante un artefacto productivo. El objeto puede presentar algunas huellas de fabricación (tallado y pulido) y ninguna de uso, pero, *a priori*, cabría pensar que se trata de un objeto recién acabado, tal vez destinado por su solidez y contundencia a una actividad mecánica (percusión) en el marco de algún proceso de trabajo. No obstante, si el objeto cruciforme aparece colgado de una pared junto a una pizarra y ante varias hileras de asientos, nos hallaremos en condiciones de descartar la hipótesis de una utilidad económica y avalar su papel dentro de un contexto de funcionalidad estrictamente comunicativa.

De esta forma, identificaremos como artefactos simbólicos comunicativos aquellos que son producidos específicamente para tal fin y cuya forma composición o situación contextual imposibilite sin duda cualquier imbricación en la transformación mecánica de otros materiales. En este caso, las huellas de desgaste eventualmente detectables serán debidas, a lo sumo, a la acción de otros materiales sobre ellos y no a la inversa (por ejemplo, la

pátina que se observa en los pies de una imagen de la Virgen continuamente besados, o una vieja Biblia manoseada en una biblioteca).

Entre los hallazgos efectuados en la Sala 3c figuran varios objetos de este tipo, así como posiblemente los restos de algún otro. Nos referimos concretamente a las dos cabezas antropomorfas, a la probable tercera, a la plaquita tallada y a la pieza con vástago corniforme. Todas ellas presentan algún rasgo técnico o morfológico que autoriza, con mayor o menor seguridad, a indicar que no fueron utilizadas como herramientas en ningún proceso productivo.

Los tres vasos cerámicos enteros distribuidos en la Sala 3c fueron utilizados a modo de candelabro, imprescindibles para acceder a este lugar recóndito y realizar en él alguna actividad consciente (colocación de los objetos de madera, contemplación de los mismos, etc.).

Por otro lado, el insignificante registro paleobiológico documentado en esta fase asegura la ausencia de consumo alimentario y los restos de polen documentados bajo una de las tallas antropomorfas, analizados por T. Stevenson, podrían indicar la introducción de flores de distintas especies de plantas en la cámara 3c, aunque su presencia podría ser debida también a factores aleatorios que no podemos precisar.

Las evidencias negativas, en especial la inexistencia de estructuras y herramientas, también hablan en favor de que la Sala 3c no fue un espacio destinado a la producción.

La interpretación de las actividades desarrolladas en la cámara 3c no puede dejar de lado los condicionantes derivados de la ubicación geográfica y topográfica del yacimiento y de la cámara en especial. Previamente, hay que asumir un itinerario arriesgado que probablemente combinó navegación y escalada. Una vez en la entrada de la cueva, había que introducirse en las tinieblas al amparo de un pequeño candelabro. Aquí nos encontramos con la segunda área de actividad de la fase II, concretamente en los sectores meridional y oriental de la Sala 2, coincidiendo con el área de dispersión de las vasijas utilizadas como iluminadores. Este espacio, de suelo irregular y muy resbaladizo sólo puede ser entendido como mero lugar de paso o, a lo sumo, de espera, antes de acceder al estrecho corredor que da acceso a la Sala 3. Imaginamos que introducirse a la cámara más profunda con una mano ocupada en sostener el candelabro no fue una empresa fácil. Tal vez, los puntos de luz de la Sala 2 se dejaron encendidos mientras duraba la estancia en la Sala 3, con objeto de facilitar la orientación y el tránsito hacia la salida.

Considerando todos estos argumentos, proponemos que esta cámara fue el escenario especializado de una actividad de índole comunicativa. En ella participó un pequeño número de individuos, tal vez uno o dos a lo sumo, dadas las reducidas dimensiones del lugar. La ausencia de restos alimentarios y de estructuras estables y herramientas sugieren que la estan-

cia en este espacio fue corta, probablemente de pocas horas y difícilmente superior a varios días de duración. Las actividades desarrolladas tuvieron como elementos significativos los objetos dispuestos mayoritariamente en las repisas escalonadas del “altar”. Los individuos participantes se situarían frente a él en una zona desde donde dispondrían de una buena visión de conjunto. No obstante, también aquí se depositó algún objeto relevante, como la talla antropomorfa.

Así pues, podemos sintetizar varios componentes asociados a las actividades que rodearon la frecuentación humana de la Cova des Mussol en esta fase:

- a) Dificultad y peligrosidad en cuanto al acceso a la cueva y, una vez en su interior, a la Sala 3c.
- b) Actividad de índole comunicativa-significativa, dada la presencia exclusiva de objetos distintivos.
- c) Secretismo o exclusividad, en virtud del reducido número de individuos participantes y del escenario recóndito seleccionado. Ello garantiza la privacidad de las actividades y experiencias acontecidas. No olvidemos que la población habitaba en asentamientos abiertos al aire libre y que el contraste con el interior de una cueva situada en un lugar poco frecuentado resultaría extremadamente acusado.

Tales condiciones, realmente excepcionales, permiten interpretar las actividades desarrolladas en función de una práctica socio-ideológica de corte mágico-religioso que identificamos con un ritual iniciático.

Los rituales iniciáticos constituyen una práctica social conocida gracias a informaciones históricas y etnográficas en un gran número de comunidades humanas, por lo que se ha llegado a plantear su universalidad. Los rituales iniciáticos suelen ser equiparados a los llamados “ritos de paso”, es decir, ceremonias en virtud de las cuales un individuo o grupo de individuos adquieren una condición diferente a la que poseían hasta ese momento. Los más extendidos y mejor conocidos están asociados a determinados hitos relevantes en el desarrollo vital de los hombres y las mujeres, en especial al llegar la época de la pubertad. La forma y contenido de estos rituales pueden variar enormemente en una misma sociedad en función del sexo y la posición económica de quienes participan y, por supuesto, también entre diferentes sociedades y épocas.

A nivel general, todos los individuos de una sociedad pasan por algún tipo de ritual iniciático vinculado a cambios en la edad a lo largo de sus vidas. La misión de estos ritos es establecer una ruptura, más o menos traumática, respecto a la condición previa, y manifestar el hecho de un “renacimiento” a una nueva condición, siempre asociada al desempeño de nuevas funciones en el plano de la producción y la reproducción sociales. La expresión de estos rituales muestra una serie de caracteres comunes que se reconocen fácilmente en todos los casos. En primer lugar, se produce

una exclusión o segregación social del individuo, que equivale a una “muerte” ritual. En segundo lugar, un periodo liminar, normalmente fuera de los espacios y prácticas cotidianas, durante el cual el sujeto se halla “fuera del mundo” y experimenta las transformaciones que supondrán su entrada en una nueva condición. Finalmente, un “renacimiento” en virtud del cual el individuo se reintegra a la vida social ocupando un papel inédito para él hasta entonces.

Ahora bien, dentro de la categoría general de los rituales iniciáticos se incluyen otras modalidades de ámbito mucho más restringido. Estas mantienen el sentido de proporcionar acceso a una nueva condición social, pero para ello han debido cumplirse una serie de requisitos que limitan el número de candidatos o candidatas. La graduación universitaria o la ordenación sacerdotal constituyen ejemplos relativamente comunes en la sociedad occidental. Por su parte, las investigaciones etnográficas han proporcionado abundantes ejemplos de este tipo de ceremonias a propósito de la introducción en sociedades secretas y de iniciaciones militares o chamánicas. En estos casos particulares, se relatan prácticas y experiencias que implican transformaciones profundas en las personas, a menudo metafóricas en términos de un viaje, y que en ocasiones comportan un serio peligro de muerte.

M. Eliade ha analizado el simbolismo del “retorno al útero” presente en diversos rituales iniciáticos secretos, un tema que puede ser de utilidad para nuestro estudio. Este rito significa la vuelta del individuo en proceso de iniciación a un estado embrionario, simbolizando con ello su gestación, es decir, su nueva constitución. Eliade distingue entre “regresos” fáciles, en los que la operación no es peligrosa, y dramáticos, en los que existe un riesgo considerable. Dentro de esta categoría, la variabilidad es muy grande, pero aquí nos interesa destacar que en bastantes ocasiones se hace referencia a una travesía hacia el interior de la Madre Tierra, a través de un descenso peligroso por una cueva o grieta. Con respecto a este tipo de arriesgadas aventuras, Eliade matiza que, en lugar de una vuelta a un estado embrionario, de lo que se trata más bien es de una empresa propia de adultos encaminada a alcanzar el estatuto de héroe inmortal. En este caso, la dificultad de la aventura y las experiencias adquiridas en un lugar extraordinario cualifican al individuo que las protagoniza para adquirir una consideración social fuera de lo común.

El hecho de que una sociedad otorgue estos atributos excepcionales a un individuo o a un grupo restringido conlleva también la asignación de funciones específicas. La naturaleza de los elementos de Mussol II permite suponer que quienes protagonizaron las actividades documentadas adquirieron experiencia y conocimientos que, cuando menos, les capacitaron para ejercer determinadas funciones ideológicas, rituales o de mediación socio-política en el seno de las comunidades de que formaban

parte. Una vez establecida esta posibilidad, puede resultar fructífero dirigir nuestra atención a algunos trabajos antropológicos que hayan tratado sintéticamente la cuestión de los tipos de culto practicados por las sociedades.

Siguiendo la clasificación formulada por A. Wallace, M. Harris expone cuatro tipos principales de culto. En primer lugar están los cultos individualistas, en los cuales cada persona se halla capacitada para realizar actividades que la conectan con fuerzas o seres imaginarios aunque, eso sí, ideados socialmente. En segundo lugar, se habla de cultos chamanistas, que se hallan presentes en todas las sociedades. El chamán es un especialista religioso a tiempo parcial a quien se consulta en momentos de tensión o ansiedad. De hecho, bajo este significado tan poco restrictivo se incluye una amplia gama de personajes que actúan como adivinos, curanderos, médiums, espiritistas o magos. El tercer nivel de organización ritual compete a los cultos comunitarios, orientados a realizar celebraciones o lograr objetivos de interés grupal, y cuya responsabilidad recae en individuos no especializados organizados según la base de la edad, el parentesco o alguna otra forma de asociacionismo. Finalmente, encontramos los cultos eclesiásticos, que suponen un cuerpo de profesionales especializados con dedicación plena que monopoliza la realización de ciertos ritos de profunda repercusión social; es decir, implican la existencia de un sacerdocio institucionalizado.

Si consideramos la evidencia proporcionada por la Cova des Mussol junto con datos procedentes del contexto arqueológico de finales del II milenio en las Baleares, sugerimos que los personajes iniciados en la cueva se hallarían en condiciones de ocupar un papel similar al definido para el nivel chamánico. A esta conclusión llegamos tras valorar dos factores. Por un lado, el carácter restrictivo de los rituales realizados en la Sala 3 permite descartar que aquí se realizasen iniciaciones destinadas a conculcar cultos individualistas, ya que éstos requieren una transmisión generalizada del saber como paso previo a la “experiencia religiosa privada”. Por otra parte, lo que conocemos del registro arqueológico de las Baleares a finales del II milenio no avala la presencia de lugares especializados para el desarrollo de cultos públicos y mucho menos la existencia de estructuras habitacionales ocupadas por un grupo sacerdotal especializado. Deberemos esperar varios siglos más, hasta bien entrado el I milenio, cuando la proliferación de recintos de taula en Menorca y de los denominados “santuarios” en Mallorca permita plantear la hipótesis de una centralización e institucionalización pública de las manifestaciones religiosas. En esta situación, sólo resulta verosímil la opción que propone una cierta especialización ritual a tiempo parcial, a cargo de un reducido número de individuos. Así pues, estas dos consideraciones nos colocan en el nivel chamánico de organización cultural antes referido.

## LA SIGNIFICACIÓN IDEOLÓGICA Y SOCIAL DEL CEREMONIAL INICIÁTICO

La primera parte de la investigación de esta fase se ha centrado en definir el tipo de prácticas sociales desarrolladas en la Cova des Mussol, a partir de un análisis cuidadoso de los restos arqueológicos y de la consideración de su contexto de uso. Posteriormente, hemos apoyado nuestra inferencia arqueológica profundizando en la caracterización de los rituales iniciáticos como modalidad específica de prácticas socio-políticas, y los hemos vinculado a la aparición de especialistas a tiempo parcial propios de un nivel chamánico. A continuación, abordaremos el tema más difícil: el conocimiento del significado ideológico de tales prácticas y, a través de éste, de algunas de las líneas básicas de la dinámica histórica y la organización social que promovió los rituales desarrollados en Es Mussol. Para ello, es preciso abordar un análisis iconográfico de los objetos simbólicos depositados en este lugar.

Las tallas de la Sala 3c constituyen los únicos objetos con los que resulta posible proponer la naturaleza de sus referentes. A este respecto, las diferencias morfológicas entre ambas sugieren significados muy distintos. La talla antropomorfa destaca por su realismo, de forma que bien podría calificarse como el retrato de un personaje, probablemente masculino. El semblante posee todos los rasgos humanos y la posición de la cabeza en relación al cuello y la abertura de la boca sugieren un cierto dinamismo expresivo ligado con el habla. Desde el punto de vista espacial, esta talla fue depositada en un lugar secundario. Diríase que se situaría en la posición de un personaje espectador que participa en la escena mediante una alocución.

La talla zooantropomorfa plantea una lectura distinta. En primer lugar, ocupa una posición prominente, elevada, en el sector con mayor densidad de objetos, pero de acceso más dificultoso. En lo que respecta a los rasgos faciales, boca, nariz y ojos presentan una clara analogía antropomorfa, pero llama la atención la ausencia de orejas. Diríase que se la dotó de la capacidad de la visión y del habla, pero no de la del oído; la imagen debe comunicar/ordenar, no escuchar. El diseño del cráneo no responde a una intención realista, como en el caso anterior, sino que está configurado por varios planos rectilíneos. Por si eso fuera poco, la presencia de dos cuernos similares a los de un cérvido joven deja bien clara la naturaleza compuesta, animal y humana, del referente expresado. En consecuencia, si la talla antropomorfa podía ser definida como un retrato realista, la que ahora nos ocupa debe ser considerada como referida a una entidad sobrenatural o sobrenatural.

La relación entre ambas figuras podría establecerse como la que mantuvo un ser sobrenatural colocado en una posición destacada y un ser humano situado en una posición inferior, obediente, contemplativa u orante.

Esta segunda talla podría ser el símbolo, la imagen icónica del individuo vivo que protagoniza la iniciación, mientras que la primera poseería un significado muy diferente. De forma general, cabe afirmar que formaba parte de una narración cuyos referentes se hallaban fuera del campo de la experiencia cotidiana. Tan extraños a ésta eran, *que se hizo necesario producir un objeto específico y duradero para hacerlos transmisibles*. Desde esta perspectiva, nos hallamos ante un testimonio inequívoco de una abstracción metafísica. Ya no estamos, como en la primera fase de Es Mussol, ante un naturalismo animista que se significa en el medio natural geográfico, sino en un personalismo con atribuciones fantásticas. ¿Podemos hablar ya de teísmo? La investigación arqueológica e iconológica realizada a partir de este tema ha abierto un amplio campo de sugerentes referencias que nos ocuparán hasta el final del apartado.

### ¿UNA DIVINIDAD “PRE-CELTA”?

La interpretación que desarrollaremos a continuación parte de la premisa que presupone una identidad entre la morfología de los cuernos de la talla zooantropomorfa y los de un cérvido joven. Dicha identidad es la que nos parece más ajustada, asumiendo que la cornamenta de madera insinúa una representación realista. Por tanto, nos apoyaremos en esta premisa para elaborar una serie de argumentos en torno al significado ritual e histórico de los hallazgos de Mussol II. Somos conscientes de que pueden ofrecerse otras interpretaciones alternativas, con tan sólo considerar que los cuernos no pertenecen necesariamente a un cérvido, sino que podrían corresponder a un caprino o, en términos globales, aludir a la idea de “cuerno” sin referirse a ninguna especie en concreto. Sea cual fuere la elección, ello no modificaría sustancialmente lo argumentado hasta ahora, ya que seguiría resultando indudable el sincretismo zooantropomorfo y la significación derivada del contexto de uso de la pieza analizada. No obstante, es cierto que partir de otras identidades faunísticas distintas a la de los cérvidos podría dar lugar a interpretaciones verosímiles, distintas de la que vamos a ofrecer en las páginas siguientes. Pese a ello, hemos optado por la ya mencionada premisa, pues así parecen autorizarlo mínimamente los criterios morfológicos. Con ello asumimos un riesgo mayor que si hubiésemos abrazado la premisa menos comprometedor de que la talla sólo exhibe “cuernos” indeterminados. De todos modos, esperamos que, como casi siempre ocurre, una dosis adicional de riesgo abra mayores posibilidades de conocimiento y vías más fructíferas para la investigación del pasado.

El simbolismo asociado a la figura del ciervo en el contexto europeo cuenta con precedentes muy remotos. Algunas características de los ciervos machos, como su vigor sexual, combatividad, longevidad y, particularmente, la renovación anual de su cornamenta, han sido asociadas a ideas de

fertilidad, renovación de la vida y rejuvenecimiento, imbricadas en diferentes cultos desde tiempos paleolíticos (Grotte des Trois Frères, Francia) y mesolíticos (sepulturas de Téviec y Hoëdic, Francia). La asociación del ciervo a contextos funerarios como expresión de las ideas de renovación o renacimiento presenta uno de sus hitos más notables en los elaborados estandartes de bronce con representaciones de cérvidos hallados en las tumbas de Alaca Hüyük (Turquía), datadas a finales del III e inicios del II milenio. Las tablillas de los mercaderes asirios que comerciaron años después con las poblaciones anatólicas en época prehitita mencionan los nombres de *Uruwanda* o *Runda* en alusión a una divinidad-ciervo. Más tarde, en la estructura simbólica de la sociedad hitita el ciervo continuará desempeñando un papel destacado.

Todos los casos citados, extraídos de una muestra mucho más amplia, tienen en común la atribución de ciertos significados a un ser natural, el ciervo, que es referenciado metafóricamente (representación figurativa del animal) o metonímicamente (cornamenta auténtica). Sin embargo, la búsqueda en el acervo simbólico de la Europa antigua de un símbolo que combinase atributos de ciervo y antropomorfos nos ha conducido a épocas más recientes, concretamente al dios “celta” *Cernunnos*. No obstante, la posibilidad de establecer esta conexión requiere un examen cuidadoso de las formas de expresión y de los significados atribuidos a esta entidad.

Sabemos muy poco de los credos religiosos de las sociedades europeas prerromanas y la mayoría de lo que conocemos ha de atribuirse a la Edad del Hierro. Aunque todavía es fuente de ambigüedades por su falta de precisión, el concepto “celta” es utilizado con mucha frecuencia para designar un conjunto de entidades políticas muy diversas que habitaron durante este periodo gran parte de la Europa central y occidental (Islas Británicas, Francia, ciertas regiones del norte de Italia y una parte de la península Ibérica). Sin embargo, sus límites no están delimitados con precisión y se admite un alto grado de parentesco con otros grupos, como los germanos y varios pueblos de la Europa oriental. Al parecer, la ideología religiosa de estas sociedades era transmitida fundamentalmente a través de la expresión oral. Los aspectos relacionados con el culto son también poco conocidos, ya que casi siempre eran realizados en lugares al aire libre y requerían de pocas imágenes. A este respecto, la arqueología ha desvelado algunos “lugares sagrados” de época tardía, pero se admite que el escenario más habitual de las ceremonias eran los bosques o los lugares acuáticos, y que las divinidades invocadas se hallaban representadas, a lo sumo, por toscas imágenes realizadas en madera. Los encargados de oficiar las ceremonias serían los druidas, una casta de especialistas vinculados con la aristocracia dominante, que tenían prohibido el uso de la escritura.

La mayoría de las informaciones sobre el panteón “celta” no proceden de los propios “celtas”, sino fundamentalmente de textos redactados por

autores clásicos (Diodoro Sículo, Estrabón, Julio César, Lucano) y de representaciones figurativas, por lo general en piedra y posteriores a la conquista romana. Por ello, hemos de tener presente que nuestras noticias sobre la religión “celta” han pasado por el filtro romano y, en lo que a representaciones artísticas se refiere, también por las peculiaridades locales de las sociedades europeas conquistadas. Nuestras fuentes sobre la ideología “celta” se completan con extrapolaciones a partir de las sagas galesas e irlandesas, puestas por escrito por los primeros monjes que cristianizaron las Islas Británicas durante la Alta Edad Media, y que se supone recogen los ecos de una tradición oral mucho más antigua.

De todo ello se vislumbra un panorama bastante heterogéneo y ambiguo, seguramente plagado de singularidades regionales, en el que todavía se discute si es correcto hablar de panteón al estilo de la religión greco-romana o más bien de un dios único, a lo sumo una tríada, plurifuncional y flexible. Además, y esto es todavía más importante, apenas hay informaciones que podamos situar con anterioridad al siglo IV antes de nuestra era, un aspecto de no poca importancia porque no hay que olvidar que nuestro objeto de estudio responde a manifestaciones anteriores al año 1000.

Hasta el momento, la representación más antigua de lo que ha sido interpretado como una divinidad antropomorfa dotada de una cornamenta de ciervo procede de los grabados rupestres de Val Camonica (Italia) (lámina 22a). Ha sido datada en el siglo IV antes de nuestra era, época en que las fuentes escritas relatan la ocupación celta del norte de Italia, uno de cuyos episodios supuso el saqueo de Roma en el año 390. Esta figura aparece de pie y con las manos levantadas, sosteniendo un collar macizo (“torques”) y una serpiente. Enfrente, se localiza una figura masculina mucho más pequeña en una posición orante. Esta asociación muestra una escena de culto protagonizada por un ser humano y una entidad con atributos sobrenaturales, lo cual ofrece un sugerente paralelo a nuestra interpretación del nexa entre las dos cabezas talladas de la Sala 3c.

La siguiente y tal vez más célebre representación de un ser divino coronado por una cornamenta de cérvido proviene del caldero de Gundestrup (Dinamarca), una obra de orfebrería en plata posiblemente fabricada en Tracia y datada en la segunda mitad del siglo II antes de nuestra era (lámina 22b). Una figura humana representada en una de las escenas distribuidas por toda la pieza aparece sentada y con una gran cornamenta de ciervo sobre la cabeza. Al igual que en Val Camonica, sujeta un torques con la mano derecha y una serpiente con cabeza de carnero en la izquierda. Lleva un segundo torques alrededor del cuello, va ataviada con un vestido ceñido y un calzón corto y junto a ella se distingue una serie de animales, entre los que destacan un ciervo, un toro y varios felinos.

Sin embargo, la representación plástica que ha permitido otorgar un



Lámina 22a. Grabado de Val Camonica, Italia (©1999 by WARA, Centro Camuno di Studi Preistorici, 25044 Capo di Ponte, Italy)



Lámina 22b. Caldero de Gundestrup, Dinamarca (©The National Museum of Denmark)



nombre a estos personajes fue hallada a principios del siglo XVIII bajo el coro de la catedral de Nôtre-Dame, en París. En este lugar y en época del emperador Tiberio (14-37 de nuestra era) una corporación de navegantes consagró un pilar votivo de piedra, en una de cuyas caras aparecía una divinidad barbuda provista de orejas y cuernos de ciervo y con dos torques colgando de éstos. Sobre esta representación figuraba la inscripción teónima *JERNUNNOS*, correspondiente a la palabra "Cernunnos" traducible como "el Cornudo" (lámina 22c). A partir de aquí, ha recibido esta denominación una larga serie de al menos cuarenta y cinco representaciones, la mayoría en grabados o esculturas de piedra distribuidas por la Galia, en las cuales se incorporan de forma variable nuevos atributos (por ejemplo, una bolsa o un cuerno lleno de monedas, la tricefalia

Lámina 22c. *Cernunnos* del "Pilier des Nautes" de Nôtre-Dame de París (©Photo RMN-J. G. Berizzi)

o el sexo femenino y otras divinidades o símbolos alegóricos), aunque se mantiene la cornamenta de ciervo como atributo específico. Las representaciones más célebres son las del altar de Saintes (Charente Maritime), la estela de Reims (Marne), la estatuilla de Savigny (Saône-et-Loire) o el grupo escultórico de Nuits-Saint-Georges (Côte-d'Or).

Paralelamente, ha tenido lugar un prolongado debate para determinar su posición en el panteón celta enumerado por César y Lucano, establecer eventuales asimilaciones con otros dioses y, por supuesto, averiguar cuál fue el significado de su carácter divino. El debate no puede considerarse zanjado, pero consideramos factible extraer una serie de puntos suficientemente convincentes sobre la caracterización del *Cernunnos* de época galo-romana. En primer lugar, la cornamenta de ciervo como atributo específico pone de relieve un simbolismo relacionado con la regeneración de la naturaleza, porque dicha cornamenta se renueva cada año. De esta forma, se metaforiza la dinámica básica de la vida sobre la tierra, incluida por supuesto la existencia humana. Al respecto, conviene recordar que en la mitología griega y romana, el ciervo fue el animal sagrado de Artemisa-Diana, la diosa de los bosques, de las criaturas salvajes y de las parturientas.

En segundo lugar, esta idea de fertilidad posee un fuerte componente ctónico, un elemento subterráneo inferido de la frecuente asociación entre *Cernunnos* y la serpiente. Este símbolo sincrético, que *Cernunnos* comparte con otras figuras divinas (por ejemplo, en el caldero de Gundestrup), aúna la serpiente, un animal típicamente subterráneo y a menudo conectado también con la idea de fertilidad, y el carnero, que expresa vigor e igualmente un componente de fecundidad. Así mismo, el hecho de que las representaciones romano-celtas vinculen a *Cernunnos* con símbolos de riqueza, como la bolsa de monedas o el cuerno de la abundancia, no hace sino confirmar su vinculación con las ideas de provisión, riqueza y prosperidad.

La cuestión básica que resta pendiente es hasta qué punto podemos asumir que esta caracterización del *Cernunnos* histórico podría ser un eco tardío del modelo simbólico que expresa la talla zooantropomorfa de la Cova des Mussol. Bajo nuestro punto de vista, hay suficientes elementos de juicio para autorizar, cuando menos, la equiparación de ambas figuras con un principio común de carácter ctónico asociado a las ideas de fertilidad y regeneración de la vida, así como la existencia de llamativas similitudes entre las expresiones ideológico-religiosas de ambas épocas. Los argumentos en favor de estas tesis son de diversa índole.

### 1. Una solución iconográfica sugerente

Los cuernos de la talla Mussol pueden corresponder morfológicamente a un cérvido joven. Este hecho combina admirablemente dos factores inte-

rrelacionados. Por un lado, una economía en el proceso de trabajo de la madera, ya que es más sencillo tallar dos apéndices puntiagudos con base engrosada propios de un espécimen joven que la elaborada cornamenta de un macho adulto. Por otro lado, y de especial interés para el tema que nos ocupa, unos cuernos que comienzan a hacer su aparición connotan mejor que una cornamenta desarrollada la idea de crecimiento y de generación de vida. Por tanto, consideramos que la talla de Mussol expresa, tal vez de manera incluso más aguda que el *Cernunnos* histórico, los mismos componentes simbólicos asociados a la potencia y la generación de la vida.

### 2. Un componente ctónico compartido

La relación de *Cernunnos* con el mundo subterráneo y la regeneración de la vida que se deriva de él ha sido bien atestiguada en la Antigüedad, hasta el punto de que el culto a esta divinidad llegó a cobrar un cariz funerario, lo mismo que sucedió con Plutón en la tradición clásica. En el caso de la talla menorquina, su localización en uno de los puntos más recónditos de la Cova des Mussol habla por sí sola de su vinculación con el mundo subterráneo.

### 3. Un contexto ceremonial inmerso en la naturaleza

Hemos señalado anteriormente que los cultos celtas e incluso sus precedentes en las sociedades del final de la Edad del Bronce se desarrollaban en lugares naturales, como claros de bosques, pantanos, fuentes, lagos, ríos, las orillas del mar o grutas, en los cuales se dotaba de connotaciones sagradas a algún elemento natural (roca, árbol). Aunque por desgracia muchas de las representaciones de *Cernunnos* carecen de contexto arqueológico, en otras puede asegurarse su conexión con espacios naturales de esta índole. Así, por ejemplo, el grabado de Val Camonica se encuentra al aire libre en una zona escarpada y el famoso caldero de Gundestrup fue hallado en un pantano. En Es Mussol, la intervención humana en el recinto de la Sala 3 fue mínima, limitándose a colocar algunas losas a modo de separación entre las cámaras 3b y 3c. Además, la disposición de los objetos de madera aprovechó una serie de repisas naturales escalonadas en el extremo oriental de la Sala 3c que, de este modo, parecían colocadas sobre un altar o en sus inmediaciones.

Dentro de esta selección de lugares naturales para finalidades ceremoniales, llama la atención la frecuencia con que muchos de ellos están conectados con la presencia de agua. En este sentido, los santuarios más numerosos de la religión galo-romana están relacionados con el culto a las aguas, y, en especial, con fuentes conocidas bajo el nombre genérico de divonas o ninfeas, como Sources-de-la-Seine, Deneuvre, Colombières-sur-Orbe, Apolo Moritasgus y Chamalières, todos ellos en Francia. En estos contextos se han hallado frecuentemente cabezas talladas en madera que se interpretan como exvotos con finalidad curativa o cultural.

No nos parece apropiado interpretar las tallas de Mussol como exvotos, pero resulta evidente la vinculación de esta cavidad con el agua, tanto en relación con el mar como con la intensa circulación hídrica causante de las espectaculares formaciones cársicas que se han generado en su interior.

#### 4. Imaginería en madera

Contamos con bastantes referencias que indican al empleo frecuente de imágenes de madera más o menos elaboradas en los cultos celtas, tanto para representar divinidades como en forma de exvotos. Además, se sabe que la elección del tipo de madera era muy cuidada. De hecho, la frecuencia en el empleo de este material y la celebración de ceremonias en arboledas han planteado la posibilidad de una auténtica dendrolatría, es decir, de un culto a los árboles. Aparte de que generan un material fácilmente trabajable, no hay duda que los árboles proporcionan un modelo especialmente apto para significar los conceptos de fertilidad, regeneración y conexión con el mundo subterráneo que hemos comentado en relación a la caracterización de *Cernunnos*.

#### 5. La cabeza como componente simbólico privilegiado

La característica más evidente de los hallazgos de Es Mussol es que se trata de cabezas, sin que se represente ninguna otra parte del cuerpo. Como señalamos anteriormente, este hecho contrasta con la colección de tallas prehistóricas europeas, ya que éstas muestran imágenes de cuerpo entero. Sin embargo, aun en este caso, la cabeza suele ser la parte del cuerpo mejor trabajada y la que cuenta con una mayor especificación de detalles.

Al parecer, para los celtas las cabezas eran símbolos de divinidad, ya que concebían que la cabeza era la sede del alma, de la esencia, de los sentimientos y de todas las demás facultades (movimiento, palabra y canto). Se señala también que el cráneo era el receptáculo de una fuerza sagrada, de origen divino, que protegía a la persona contra los peligros y que le aseguraba salud, riqueza y victoria. Diodoro Sículo y Estrabón informan de que los celtas conservaban los cráneos de sus enemigos muertos en combate embalsamados en aceite de cedro, y que constituían una de sus pertenencias más apreciadas. Se realizaba esta práctica bajo la creencia de que con ello se privaba al vencido del alma y de la posibilidad de una futura metempsicosis o renacimiento. La constancia arqueológica de dicha práctica ha venido dada por el hallazgo de osarios, como el de Ribemont-sur-Ancre y Moeuvres (Francia), donde se ha exhumado un gran número de esqueletos sin cráneo de hombres jóvenes asociados a armas y a restos de caballos. La frecuencia de esculturas de cabezas (La Roquepertuse) o de receptáculos públicos para la exposición de cabezas cortadas (Entremont) recalca esta dimensión simbólica, a la vez que pone

de manifiesto la cruel ideología del terror practicada por las aristocracias guerreras de la Edad del Hierro.

Así pues, considerando estas sanguinarias manifestaciones como un desarrollo reciente, las tallas de Es Mussol pueden haber expresado una simbología que priorizaba la cabeza de manera más pacífica. Al analizar las prácticas funerarias de la Cova des Càrritx, tuvimos oportunidad de observar una dimensión diferente de la valoración especial concedida a los cráneos, ya que estos se colocaban cuidadosamente en las paredes de la cueva tras separarlos de los cuerpos eskeletonizados. En cualquiera de estos casos, la importancia ritual concedida a la cabeza responde probablemente a un cambio de énfasis en la ideología social hacia principios más individualistas.

Por todo lo expuesto, los espacios ceremoniales de Mussol II revelan que entre el 1200 y el 1000 tuvo lugar una mutación ideológica en las comunidades que habitaban la isla de Menorca. A mediados del II milenio las prácticas rituales de Mussol I mostraban una expresión ceremonial/ofensiva muy centrada en unos principios de simbolismo vinculados con la idea de una potencia subterránea generadora de la vida. En cambio, a finales del milenio, a este simbolismo tónico se añade un nuevo componente conceptual asociado al personalismo de la figura humana. A las nuevas necesidades de transmisión ideológica no le bastan los referentes naturales próximos a la experiencia cotidiana, y los nuevos códigos requieren una producción de imágenes específica. Una de ellas expresa con claridad un sincretismo abstracto, en virtud del cual ciertos seres sobrenaturales de apariencia mitad humana mitad animal habitan (¿surpan?) el espacio subterráneo anteriormente anónimo. Así mismo, el protagonismo religioso se expresa mediante figuras masculinas: ¿estamos ante una afirmación político-ideológica de tipo patriarcal que se impone sobre una tradición en la que se valoraba ideológicamente lo femenino en los términos de una Madre-Tierra tónica? ¿Sería este fenómeno análogo a lo ocurrido en el mundo griego con el desplazamiento de las divinidades prehelénicas telúricas (Gaia o Gè) por parte del panteón olímpico?

El acceso a los nuevos códigos de significación se exclusiviza. Aparecen intermediarios que deben superar arriesgados ritos de iniciación llevados a cabo en lugares ocultos, antes de convertirse previsiblemente en intérpretes sociales autorizados de una nueva divinidad. Las prácticas iniciáticas a los códigos del dios astado se vislumbran todavía en las representaciones más antiguas de esta divinidad, como el grabado de Val Camonica. Tal vez, nos hallamos ante personajes de características análogas a lo que hoy conocemos como chamanes, que se encontrarían en los orígenes de una especialización ritual e ideológica que desembocará varios siglos más tarde en castas como la druidica. Poco más de ellos podemos decir en estos momentos. Determinar si esta especialización fue posible gracias a una situación de explotación eco-

nómica es una cuestión que las evidencias de la Cova des Mussol no pueden responder. El espacio ritual de la cámara 3c fue un lugar de “consumo ideológico” restringido, no de producción económica, de forma que sólo una investigación de las prácticas económicas en los asentamientos podrá acercarnos a la realidad económico-social de fondo.

La nueva situación político-ideológica no debió limitarse a Menorca. A finales del II milenio, la isla participaba de unos principios ideológicos que podemos asumir vigentes en algunas de las zonas donde siglos después se desarrollará lo que hoy denominamos religiosidad “celta”. Con ello, asumimos una proximidad, si no poblacional, sí a nivel de contactos comerciales, entre Mallorca y Menorca y los territorios ribereños del arco noroccidental mediterráneo. Muy posiblemente, tales lazos se iniciaron muchos tiempo atrás y perduraron hasta varios siglos después. La cerámica campaniforme, los sepulcros megalíticos o los sepulcros colectivos subterráneos de inicios del II milenio poseen paralelos más o menos cercanos en el citado ámbito geográfico. La metalurgia balear a partir de mediados del II milenio utiliza estaño, y no sería de extrañar que este mineral arribase desde el atlántico por vía continental hasta las costas del Mediterráneo septentrional, desde donde embarcaría hacia las islas. Con ello, Mallorca y Menorca estuvieron probablemente más vinculadas con el nordeste de la península ibérica y los territorios allende los Pirineos que con las comunidades conectadas por la ruta meridional que unía la fachada atlántica, el mediodía peninsular y ciertos puertos de Cerdeña, potenciada más tarde por el comercio fenicio. En esta situación ¿es casual que la mayor concentración de representaciones de *Cernunnos* en época romana se localice en el este de la Galia, una región fácilmente comunicable por vía fluvial y marítima con las Baleares?

Las sociedades baleáricas no conservaron con firmeza la iconografía del ciervo. La carencia de estos animales en las Baleares hasta época romana propició que los principios de fertilidad y de regeneración de la vida fueran expresados mediante otros significantes zoomorfos, en particular el toro. En cambio, en otras islas mediterráneas cercanas, como Cerdeña, el simbolismo del ciervo perduró junto a un nuevo repertorio animalístico. Así, es de destacar el protagonismo de los cérvidos en objetos metálicos de

significado ritual, como en la proa de la célebre *navicella* de Bultei o en la cúspide de las hojas de espada votivas decoradas de Abini (Nuoro), en una de las cuales resulta especialmente significativa la combinación entre figuras de ciervo y una representación humana astada, tal vez un guerrero, situada en lo más alto de la pieza.

Para finalizar, ¿qué deparó el porvenir al *Cernunnos* de época romana? El arraigo popular de los principios vitales encarnados en el símbolo del ciervo explica su pervivencia más allá del final del Imperio Romano. Durante la Alta Edad Media, poblaciones de tradición celta celebraban ritos de fertilidad en el solsticio de invierno, en los cuales los oficiantes se disfrazaban tras máscaras animales, principalmente vacas y ciervos. La divinidad astada también pervivió en el arte vikingo e irlandés, como indican las representaciones del pilar norte de Clonmacnoise (Irlanda) y una de las hojas del Libro de Bobbio de Turín. También se le identifica en uno de los capiteles de la catedral de Parma y en el Salterio de Stuttgart, un manuscrito con miniaturas donde se muestra a *Cernunnos*, sentado con las piernas cruzadas, provisto de cornamenta y con una serpiente con cabeza de carnero, en la escena del Descenso al Limbo. Este simbolismo ampliamente arraigado será combatido por los hombres de la Iglesia, como Cesáreo de Arlés, San Pirminio y San Hilario, quien, en el siglo VI de nuestra era no dudó en equiparar la tradición del dios astado con el efecto de una tentación diabólica. La demonización de los cultos paganos a cargo del Cristianismo en expansión colocó a lo que quedaba de *Cernunnos* como expresión del Mal. Su morada siguió siendo la misma, el mundo subterráneo, pero de generador cíclico de vida pasó a simbolizar el tormento y la muerte eternos.

Por último, no nos resistiremos a la tentación de vislumbrar un simulacro final de toda esta tradición en las fiestas populares de origen ancestral que se llevan a cabo actualmente en diversas localidades mallorquinas. El *ball des cossiers* constituye una manifestación pública y a la vez una liturgia de usurpación ritual mediante la confrontación *dama-dimoni*. Aunque la caracterización de los personajes y el resultado del combate simbólico se haya adecuado desde la Edad Media a otras modas e intereses, la reminiscencia de esas viejas creencias parecen darse cita allí.

**LA TERCERA FASE** de ocupación de Es Mussol se manifiesta a través de actividades y espacios distintos a los que habían acogido las ceremonias iniciáticas de la segunda fase. En esta ocasión, los restos arqueológicos se han documentado en la superficie de las salas 2, 4a y 5, y en el nivel reciente de la estratigrafía de la Sala 1. Las prácticas sociales que testimonian son distintas en ambos casos, funeraria en la Sala 1 y votiva en las otras salas.

La datación por C14 de un hueso correspondiente a un esqueleto femenino semiarticulado hallado en la Sala 1 ha ofrecido un resultado ligeramente posterior al año 1000, lo cual marca unas distancias mínimas, aunque suficientes, respecto a la cronología del lugar ceremonial de la etapa previa.

Por otro lado, la inclusión en este periodo de materiales metálicos encontrados en las salas 2, 4 y 5 dependió de argumentos tipológicos. Como veremos, los tipos representados en la fase Mussol III poseen estrechas semejanzas con otros bien datados que proceden de navetas de enterramiento y cuya cronología, ubicada entre el 1050 y el 800, coincide plenamente con la fecha obtenida para esta fase.

### El contexto histórico en torno al 1000 antes de nuestra era

En la transición entre el II y el I milenio, se producen notables cambios en Mallorca y Menorca. Comienzan a constituirse los núcleos talayóticos, cuyas particularidades urbanísticas denotan una de las transformaciones más importantes de la prehistoria de estas islas. Sin embargo, estos cambios no fueron tanto consecuencia de una ruptura abrupta como de un paulatino desarrollo de las poblaciones autóctonas. En conjunto, éstas mantendrán elementos previos (tradicción cerámica, ciclopeísmo arquitectónico), pero, simultáneamente, mostrarán cada vez más una marcada diferenciación material entre ambas islas. En el caso de Menorca, el uso de navetas de enterramiento y la perduración de las inhumaciones en cuevas naturales con muro ciclopeo hasta el 800 supuso un rasgo distintivo con respecto a lo acaecido en Mallorca, donde esta dimensión ritual resulta prácticamente

desconocida en los siglos inaugurales del I milenio, perviviendo esporádicamente el enterramiento en cuevas muradas. Mussol III se encuadra en el trasfondo que supuso el inicio de esta diferenciación insular y, por supuesto, el desarrollo diferencial de la sociedad talayótica en ambas islas.

### Los materiales arqueológicos

#### LOS RESTOS HUMANOS

El uso de la Cova des Mussol como lugar de enterramiento aconteció poco después de haber sido el escenario de rituales iniciáticos. El espacio funerario se restringió a la Sala 1. En este lugar, el nivel que separaba Mussol I de Mussol III presentaba claros indicios de combustión de una gran cantidad de leña, realizada previamente al inicio de las inhumaciones. Esta práctica, asociada a estrategias de purificación ritual, está documentada en otros yacimientos sepulcrales menorquines como Mongofre Nou (Maó) y mallorquines, Son Matge (Valldemossa) y Tossals Verds (Escorca).

La mayoría de los restos óseos se concentraban en los sectores más internos de la Sala 1. Su elevado grado de desarticulación, a excepción del esqueleto de una mujer madura inhumada al fondo de la sala, sugiere la práctica de deposiciones sucesivas, con motivo de las cuales se produjo probablemente la desarticulación de parte de los restos ya presentes.

El precario estado que testimonian los huesos, su dispersión y desarticulación, así como su escaso número, impiden llegar a conclusiones demográficas estables. Sin embargo, el detallado análisis llevado a cabo por C. Rihuete de la Universidad Autónoma de Barcelona, reveló la presencia de un mínimo de seis individuos de diferentes edades y sexos: una mujer de 30 a 40 años, el único esqueleto con un notable grado de articulación; otra mujer, en esta ocasión de 25 a 34 años, un posible hombre adulto, mayor de 24 años, un hombre de 40 a 60 años y un niño o niña que falleció entre los seis y los dieciocho meses.

El análisis también ha permitido conocer algunas de las patologías en los individuos inhumados. En síntesis, se ha observado un primer grupo

formado por enfermedades o lesiones, algunas derivadas de procesos de trabajo, como artritis en cadera y hombro, hernia discal y deformaciones en los pies producidas por sobrecargas y caídas. Por otro lado, algunos individuos se vieron afectados por procesos infecciosos en algún momento de su vida. En el caso de la mujer adulta mayor, la causa probable de su muerte tuvo que ver con los efectos de una grave infección centrada en la parte inferior de la cara, cuello y mitad izquierda del tórax.

### LOS OBJETOS FUNERARIOS

El ajuar que acompañaba a los muertos estaba formado únicamente por pequeños objetos de bronce que, por su disposición en recovecos y oquedades de las paredes, refuerzan la idea que ya insinuaban los restos humanos en el sentido de que el depósito funerario sufrió importantes alteraciones, y que buena parte de sus contenidos fueron retirados.

Entre los materiales destacan una pieza que se asemeja a una punta de flecha con pedúnculo y aletas, un cincel que presenta en su único extremo conservado un filo biselado, un pequeño punzón de sección circular y un pasador o cuenta bicónica (lámina 23). Se trata de útiles muy comunes en otras necrópolis de la época.

Aunque la fecha obtenida para Mussol III indica que este tipo de objetos de bronce eran ya producidos hacia la transición entre el II y el I milenio, su vigencia pudo perdurar hasta el siglo VIII o poco más.

### LOS OBJETOS VOTIVOS

Nueve objetos de bronce fueron colocados sobre el piso o en repisas rocosas de las salas 2, 4a y 5. Creemos que la ubicación de este conjunto de objetos en lugares muy profundos de la cueva, algunos de difícil acceso, responde a una clara intencionalidad votiva.

La pieza más destacada es un espejo de bronce de 124 g de peso, encontrado en el sector central de la Sala 4a, en el fondo de un hundimiento del suelo, y pasó inadvertido en los primeros momentos debido a que se hallaba cubierto por una fina capa de excrementos de ave (lámina 24a). Consta de un disco plano casi circular provisto de un vástago alargado y plano rematado en forma de una "T" ligeramente asimétrica y curvada hacia el exterior (lámina 24b).

Tras proceder a la eliminación de las adherencias de óxido que cubrían toda la pieza, pudo comprobarse que su estado de conservación era bueno, a excepción de un pequeño desprendimiento en la parte superior del disco. La limpieza también reveló diferencias muy marcadas entre las caras anversa y reversa (figura 5). La primera posee un acabado muy cuidado, especialmente observable en el pulido de su perímetro. Sin embargo, la caracte-

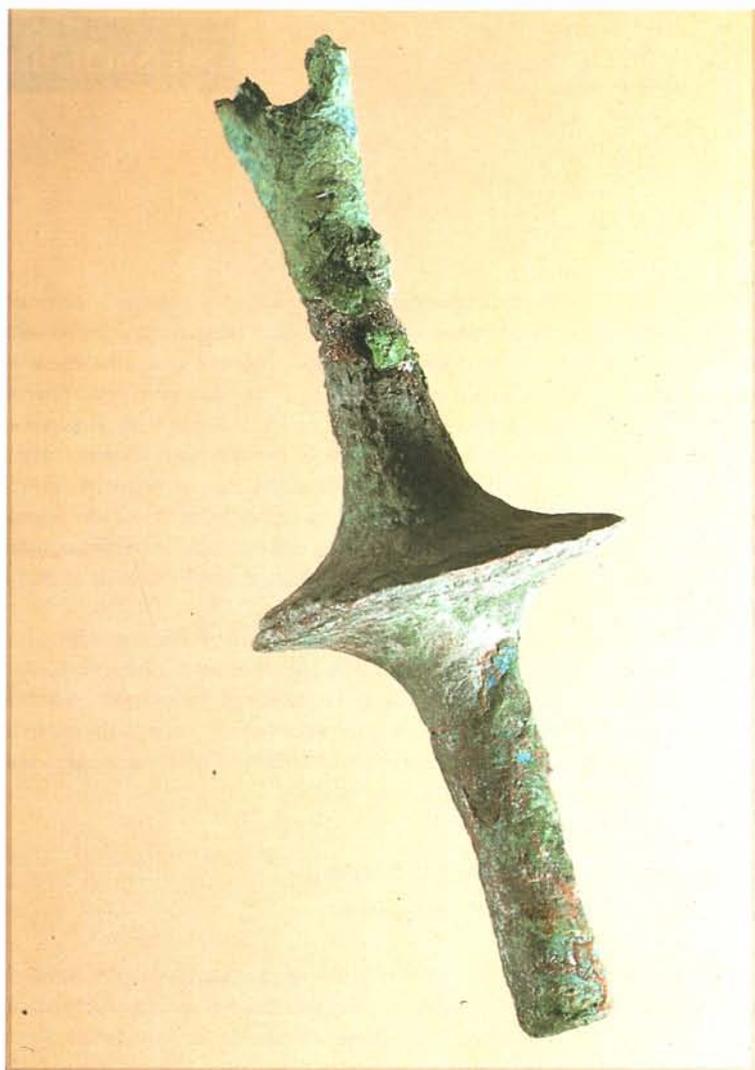


Lámina 23. Cuenta/pasador de bronce (foto P. Witte)

rística más llamativa de esta cara es la presencia de un motivo de espiga continua realizado a base de pequeñas incisiones, que recorre en cenefa todo el contorno del objeto y que, además, traza una cruz en todo el plano anverso. Una observación atenta permite apreciar que el motivo en espiga fue practicado ajustándose a la guía proporcionada por tres líneas incisas

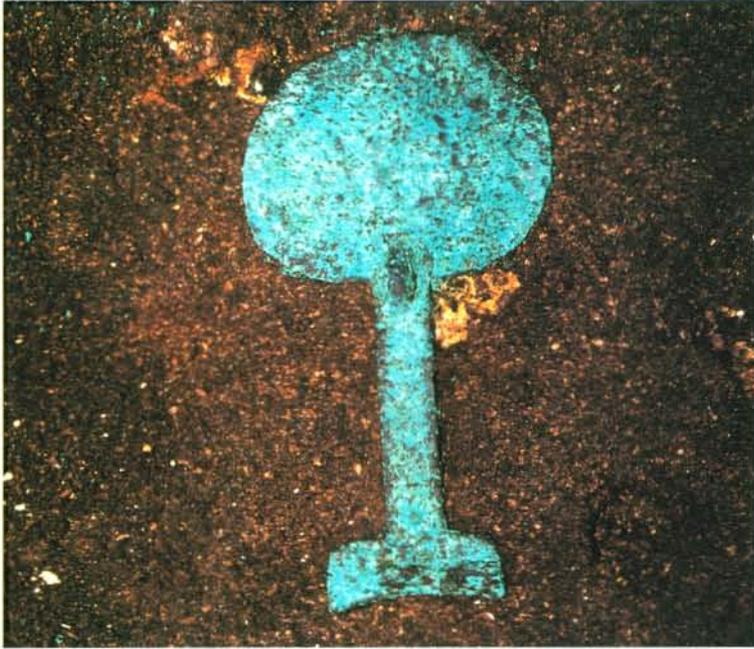


Lámina 24a. Espejo de bronce antes de su levantamiento

paralelas muy finas. La cara reversa, en cambio, presenta una factura mucho menos cuidada y aún conserva imperfecciones del proceso de fabricación. La impresión de que esta cara quedaba oculta a la visión se ve reforzada por la presencia de tres apliques de contorno curvo y superficie irregular, uno en la zona de contacto entre la placa y el vástago, y los otros dos en el extremo del remate. Los tres apliques presentan sendos orificios transversales, que seguramente sirvieron para introducir alfileres o algún tipo de fibra para permitir la sujeción de la pieza metálica a otro elemento que no se ha conservado.

Los espejos de bronce son objetos poco corrientes, ya que sólo se conocen tres ejemplares más en las Baleares hallados en Lloseta, Son Julià (Llucmajor) y en un paraje desconocido del Barranc d'Algendar (Ciutadella) (figura 6). Este último es el que comparte mayores características morfológicas y métricas con el de Es Mussol.

Las peculiaridades de la pieza de Mussol actualizan la discusión acerca de la adecuación del término “espejo” para designar este tipo de objetos



Lámina 24b. Espejo de bronce después de su restauración (foto SONO)

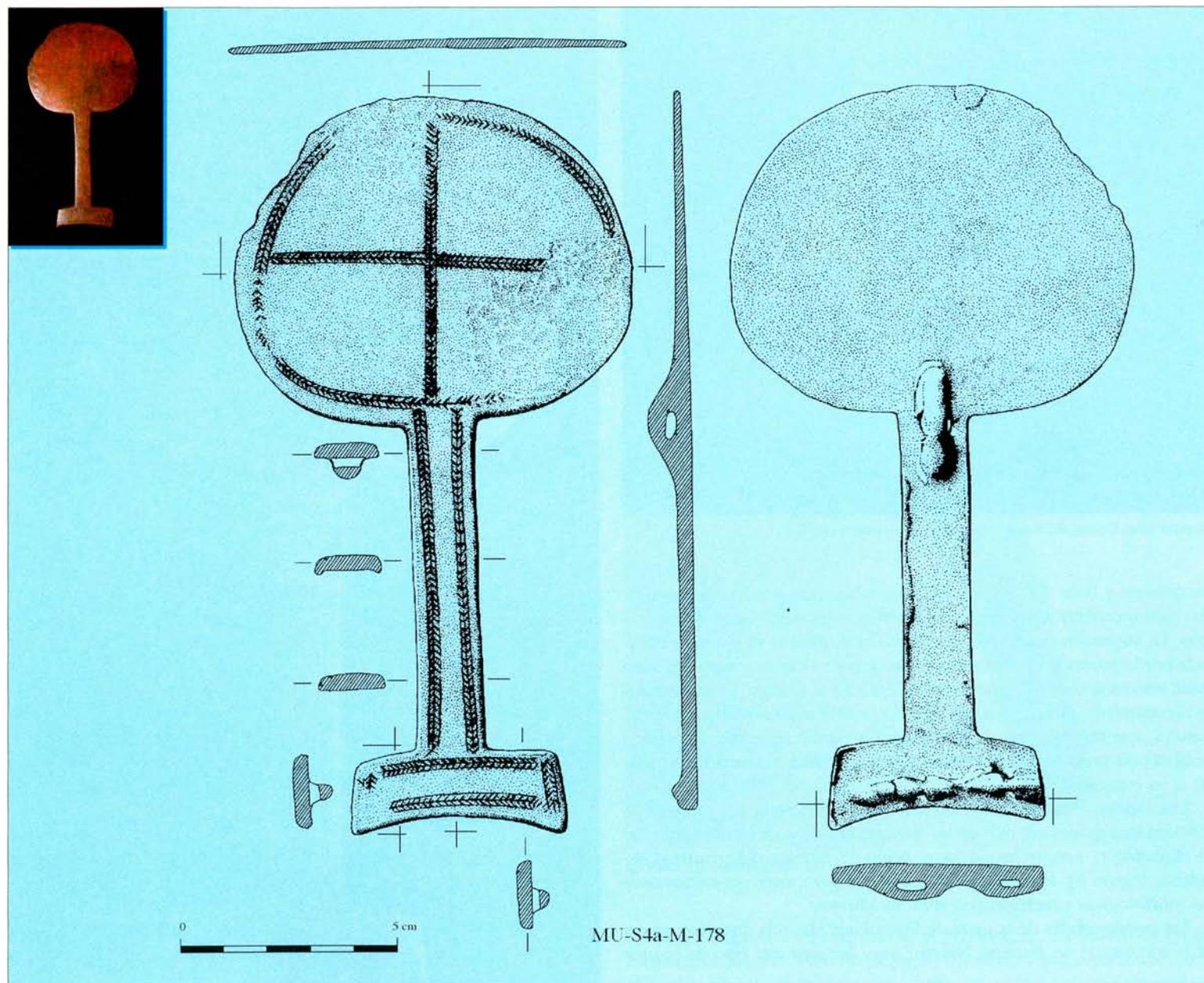


Figura 5. "Espejo" de bronce de la fase Mussol III visto por ambas caras

metálicos. Sin descartar la posibilidad de que la cara vista tuviese la propiedad de reflejar imágenes, pese a las previsibles distorsiones producidas por los motivos decorativos, la presencia en nuestro ejemplar de tres enganches sugiere que estuvo firmemente fijado a otro componente. La solidez de dichos enganches hace pensar en una importante necesidad de sujeción, circunstancia previsible si la pieza se hallaba sometida a vibraciones. Por tal motivo, proponemos que el “espejo” constituía un complemento ornamental sujeto a algún tipo de vestimenta o tocado.

Esta interpretación puede aplicarse como hipótesis a las restantes piezas baleáricas, si bien con las reservas que impone la variedad de tamaños y sistemas de sujeción. El mayor tamaño de los espejos de Son Julià y sobre todo de Lloseta, así como la presencia en estos ejemplares grandes con un medio de sujeción distinto, conseguido mediante el añadido de un aplique perforado, deja la puerta abierta a la posibilidad de que estas piezas desempeñasen otro papel, quizás el de un pectoral.

Las condiciones que han rodeado el descubrimiento de los “espejos” no han proporcionado claves seguras para su datación precisa. Abierta la vía de los paralelismos tipológicos, algunos investigadores como M. Fernández-Miranda y G. Delibes han señalado la singularidad del sistema de enmangue de los ejemplares baleáricos en relación con posibles prototipos del mundo mediterráneo (Grecia, Chipre) y se han mostrado partidarios de datar los espejos a inicios del I milenio, atendiendo a la representación de estas piezas en algunas estelas del sudoeste peninsular de finales de la Edad de Bronce. Por nuestra parte, añadimos la posibilidad de paralelizar los ejemplares baleáricos con los también llamados espejos hallados en la Cerdeña nurágica de inicios del I milenio, como el descubierto en la cueva-santuario de Piro-su-Su Benatzu (Santadi). Este yacimiento posee un especial interés para el presente estudio, ya que se trata de una cueva natural con abundantes formaciones cársticas, en una de cuyas salas interiores se documentó un rico complejo cultural que incluía un hogar, restos de huesos de fauna y una gran cantidad de vasos cerámicos y objetos votivos de bronce, cobre y oro. Entre estos objetos figuraban armas, adornos, figurillas y utensilios domésticos, uno de los cuales es un espejo. Las fechas de C14 de este contexto ritual lo sitúan a lo largo del siglo IX.

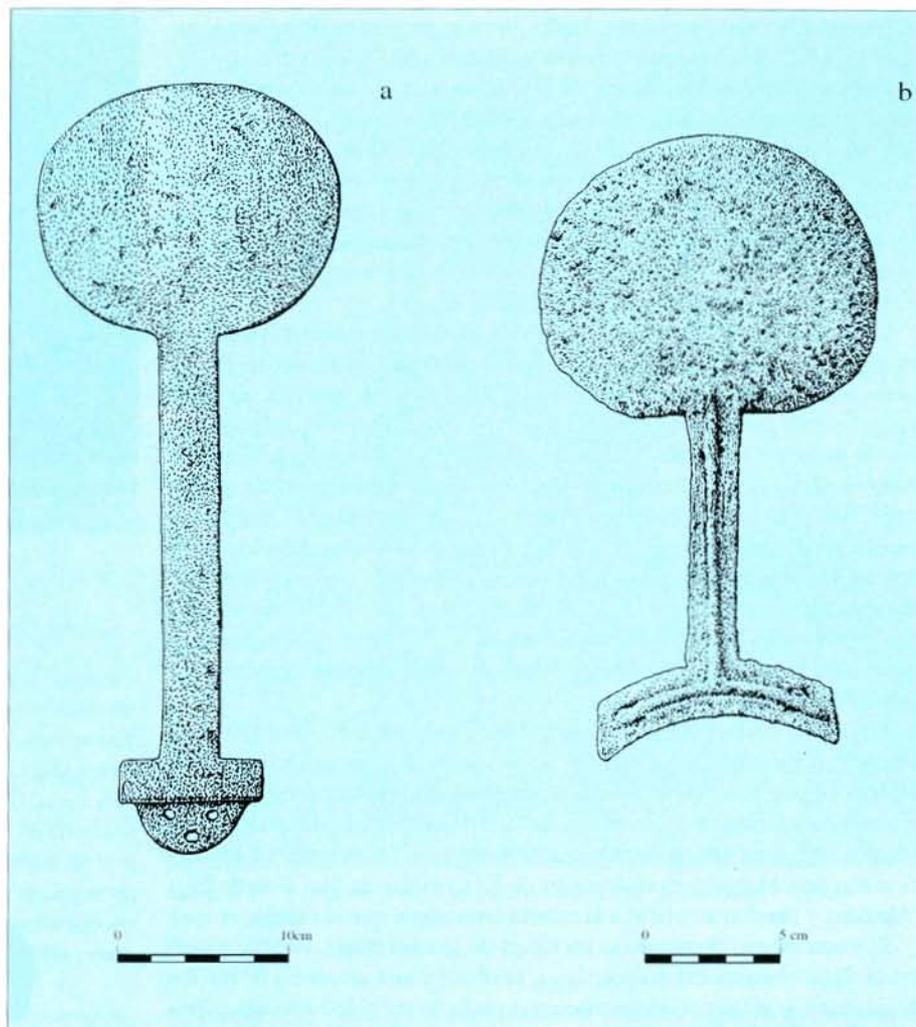


Figura 6. Otros espejos de las Baleares: Lloseta (Mallorca) (a) y Barranc d'Algendar (Menorca) (b) (según Delibes y Fernández-Miranda 1988)

Esta es la época a la que se puede atribuir también el depósito de Lloseta, ya que junto al espejo se descubrió una espada de pomo macizo que podemos aproximar a la cronología de otras armas de este tipo halladas en la Ría de Huelva. Afortunadamente, disponemos de seis dataciones de C14 que aseguran una cronología de mediados del siglo X para el depósito

onubense. Ello avala, en consecuencia, nuestra propuesta de incluir el espejo de la Sala 4a en la tercera fase de ocupación de Es Mussol.

Entre el resto de los objetos de bronce destaca, en primer lugar, una punta triangular con aletas insinuadas, pedúnculo rectangular, punta afilada y filos cortantes (lámina 25a y b). La observación de este objeto mediante una lupa binocular (20-40 aumentos) permitió constatar una serie de características de fabricación y funcionales muy interesantes. La pieza fue obtenida recortando una lámina de bronce con la ayuda de un cincel y las impurezas de los márgenes fueron eliminadas por martilleado. Una vez obtenido el contorno general, se procedió al afilado.

La punta no presenta huellas de haber sido aguzada en ningún momento, por lo que su funcionalidad no debió depender de su capacidad de penetración (lámina 26). El filo izquierdo, en cambio, muestra un perfil muy cortante con numerosas estrías finas y paralelas, producidas por su afilado sobre un artefacto abrasivo. Dado que el objeto resulta más grueso hacia su parte central, el desgaste y sucesivo afilado también sugiere que el artefacto original tenía una forma simétrica que fue perdiendo por el uso preferente de su filo izquierdo. El filo derecho es mucho más irregular, debido a la presencia de pequeñas muescas producidas por golpes ocasionales y a algún resto de producción no eliminado. En cambio, no se aprecian en él huellas de afilado o mantenimiento, por lo que debemos pensar que toda esta parte del artefacto conserva su estado original y no fue utilizada de forma regular y frecuente.

Las observaciones realizadas indican que, en contra de las apariencias, este objeto fue utilizado como cuchillo y no como punta. De hecho, su aspecto asimétrico se debe precisamente al citado desgaste producido por el reafilado continuo de uno de sus lados. Los ejemplares que más se asemejan a esta pieza se han documentado en algunos yacimientos de Mallorca como Son Matge y en el depósito de Es Corralàs de Son Bou de Pina (Algaida) y pueden asociarse a la misma cronología que el espejo.

El tercer objeto destacado es un cincel de sección mixta, circular y cuadrada. Bajo observación microscópica, se observa una secuencia de huellas de desgaste y afilado. Este instrumento pudo haber sido utilizado como punzón y como cincel o espátula, según se utilizara cada uno de sus lados y seguramente actuó sobre madera. No conocemos piezas similares de morfología tan compleja, pero se han documentado instrumentos parecidos, casi siempre bastante fragmentados, en diferentes yacimientos en navetas cuevas artificiales de enterramiento, que aseguran una cronología de inicios del I milenio.

Gracias al hallazgo de una aguja efectuado en la Sala 1 de la Cova des Càrritx, hemos podido adscribir tipológicamente un fragmento de bronce de Es Mussol. Se trata de una cabeza de aguja, igual a la de Es Càrritx, cuya forma se asemeja a la de la empuñadura de una espada de pomo macizo.

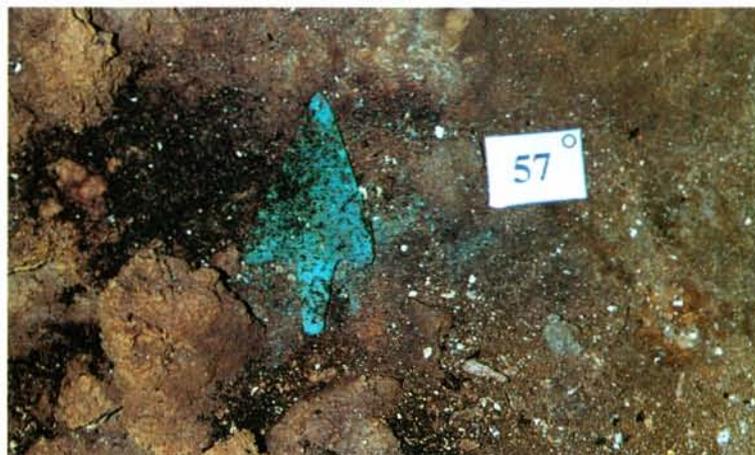


Lámina 25a. Punta/cuchilla de bronce en el momento de su hallazgo

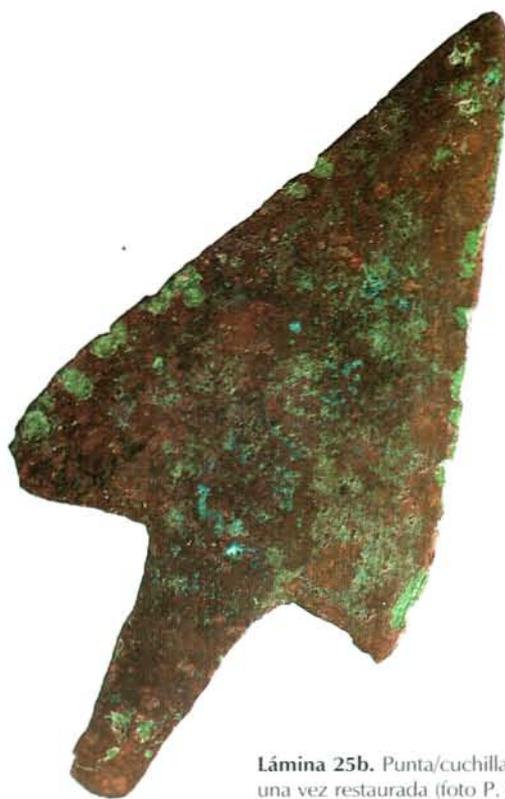


Lámina 25b. Punta/cuchilla de bronce una vez restaurada (foto P. Witte)



Lámina 26. Huellas de uso en la punta de la cuchilla de bronce.

Este dato asegura para estos objetos la misma cronología que venimos anunciando. Además, en Son Matge se documentó otra aguja, aunque de aspecto diferente, y asociada curiosamente a una espada de pomo macizo.

El siguiente fragmento que vamos a comentar corresponde a la punta de una lanza tubular con nervadura central (lámina 27). La base de este objeto es prácticamente plana y su observación microscópica ha revelado estrías y ranuras producidas por un proceso de aserrado. Se trata de una punta cuidadosamente manipulada antes de ser depositada en un lugar de muy difícil acceso en la Sala 5. Es de destacar el elevado contenido en estaño de esta pieza, ya que algo más de la cuarta parte de la materia prima correspondía a este mineral.

Otros extremos puntiagudos correspondientes a puntas de lanza tubulares han sido documentados en cuevas naturales de enterramiento, como Son Matge, Coval d'en Pep Rave, Mongofre Nou y Es Càrritx, así como en algunos hipogeos de Cales Coves y en navetas de enterramiento. Esta recurrencia en contextos funerarios refuerza la interpretación de que se trata de un arma manipulada con fines rituales. La cronología de estas piezas reviste problemas de asociación, al tratarse de objetos fragmentados. El contexto arqueológico en el que suelen aparecer se enmarca entre los siglos X y IX, cronología que coincide con las dataciones de C14 disponibles, como las correspondientes a Mongofre Nou. Este intervalo se ajusta con nuestra propuesta de datación del conjunto de objetos metálicos de la Sala



Lámina 27. Punta de lanza aserrada de poco más de 3 cm de longitud (foto P. Witte)

4, aunque ello no niega la posibilidad de posibles perduraciones hasta el siglo VIII.

Se tomaron muestras de seis objetos metálicos para determinar su composición elemental. Los resultados indican que se trata en todos los casos de bronce con proporciones variables de estaño. El contenido medio en este elemento es bastante elevado, en torno al 18%, aunque hay que hacer notar que se aprecian marcadas diferencias en la composición según los objetos. Los que presentan unos porcentajes más bajos (entre 8 y 16%) son, en todo caso, bronce de buena calidad, aptos para ejecutar satisfactoriamente variadas operaciones mecánicas y que se ajustan a la pauta normal de fabricación de esta época. Los objetos con mayores porcentajes son



Lámina 28. Disco de marfil una vez restaurado (foto SONO)

la punta de lanza y la cuenta bicónica, ambos con valores cercanos al 25%, lo cual supone cantidades inusualmente altas. De hecho, tan sólo el pomo que remata la empuñadura de una espada de Ses Salines, con un 41,88% de estaño, supera a las citadas piezas de Mussol.

En un amplio estudio sobre la metalurgia talayótica, S. Rovira señala que los porcentajes más altos de estaño suelen darse en piezas sujetas a grandes presiones mecánicas, como los escoplos, y que en las piezas con mayor complejidad técnica y suntuarias tienden a tener proporciones menores. Sin embargo, se reconoce que hay excepciones a esta norma como, por ejemplo, el hecho de que los tres análisis del espejo de Lloseta hayan ofrecido porcentajes de estaño de entre el 18,63 y el 19,93%, o que, sin ir más lejos, el pasador bicónico de Mussol supere el 24%. Salta a la vista que esta variabilidad no es fácil de explicar. En el caso del elevado contenido de

este elemento en piezas que no requieren una especial dureza, podría tratarse de un intento de enriquecer el valor de un objeto o de almacenar el estaño disponible en un bien de uso. Sin embargo, la deposición final de algunas de estas piezas en un contexto votivo como el de la Cova des Mussol contradice esta explicación, ya que su presencia aquí indica su salida del ciclo productivo, eliminando la posibilidad de que fuesen refundidas.

Los últimos objetos votivos que vamos a tratar son dos discos de marfil de elefante, que se hallaron en un estado extremadamente fragmentado. Su atribución a Mussol III depende únicamente de su localización en la Sala 4a, cuya representación arqueológica corresponde a materiales datados en esta época. El mejor representado, conserva algo más de dos tercios de su superficie y posee un contorno circular (lámina 28 y figura 7). Presenta unas perforaciones muy regulares y dos escotaduras que servirían

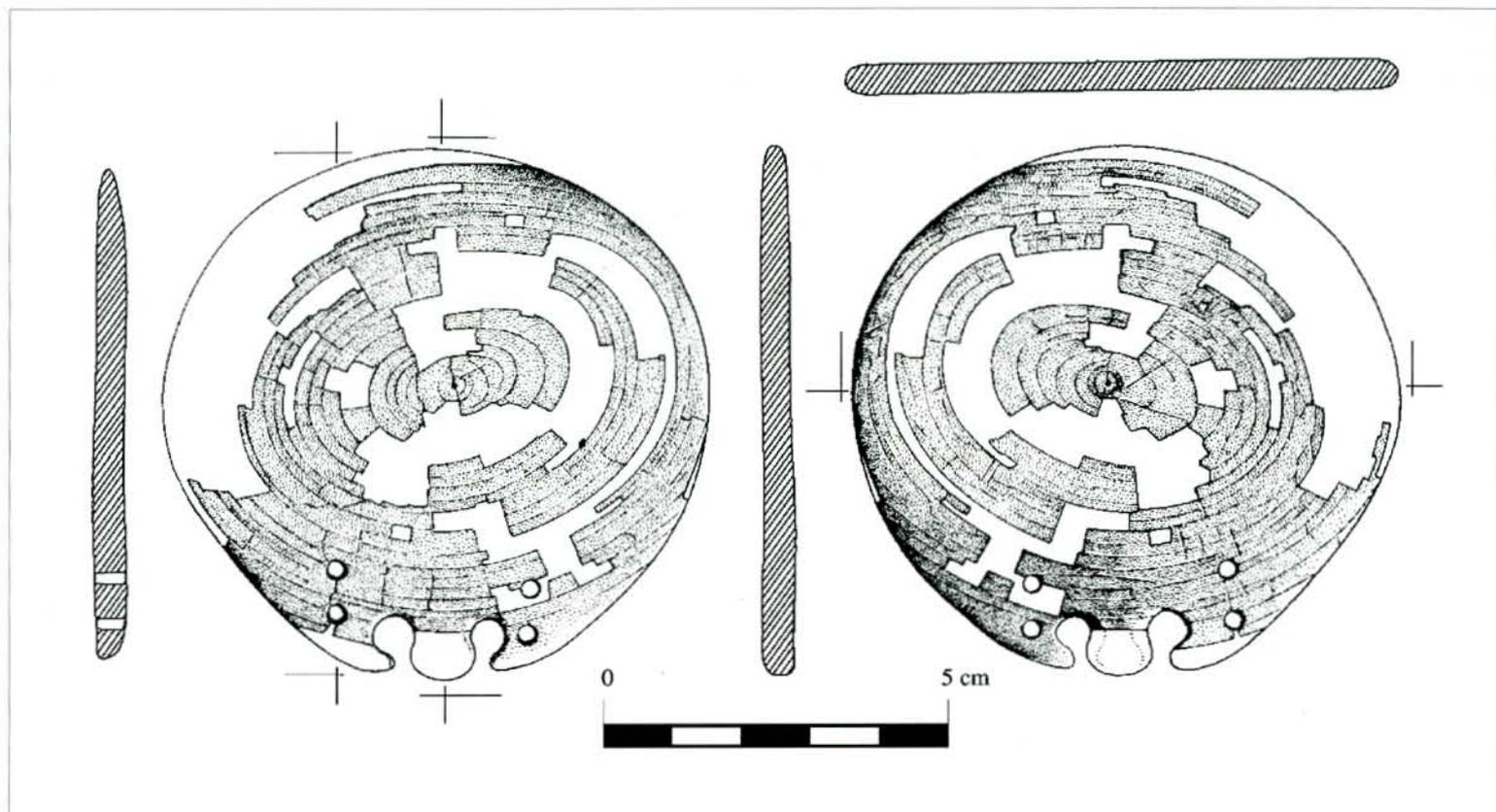


Figura 7. Disco de marfil de la fase Mussol III visto por ambas caras (foto SONO)

para acoplarlo a otro objeto que haría la función de mango. El pésimo estado del segundo impide cualquier consideración formal o métrica.

### El uso social de Es Mussol entre el 1000 y el 800 antes de nuestra era

Las notorias diferencias observadas entre las manifestaciones arqueológicas de la Sala 1 y las de las restantes salas, sugieren que la Cova des Mussol desempeñó una doble función en esta fase. Por un lado fue lugar de enterramiento y, por otro, depósito ritual de ofrendas, principalmente metálicas.

El uso funerario de cuevas naturales situadas en la pared de barrancos o

acantilados es un hecho bien constatado en Menorca entre el 1400 y el 800 (Es Forat de ses Aritges, Cova des Càrritx, Cova Murada, Mongofre Nou y Cales Coves). En la mayoría de los casos, la entrada de las cuevas se acondicionó mediante la construcción de un muro ciclópeo en el que se abre una puerta. La Cova des Mussol no cumplió la condición de disponer de un muro, posiblemente a causa de dos motivos complementarios. El primero, por las dificultades técnicas que supone realizar un trabajo de construcción con aparejo de grandes piedras en una ubicación topográfica de las características de esta cueva. El segundo, porque la entrada a la Sala 1 desde el exterior se realiza a través de un orificio natural abierto en la pared, de forma que esta fachada pudo hacer las veces de las estructuras murarias de otras cuevas.

En el capítulo del ritual funerario, se observan semejanzas y diferencias

respecto al patrón observado en yacimientos contemporáneos cuidadosamente excavados, como la Cova des Càrritx y Es Forat de Ses Aritges. Las similitudes atañen al ritual de enterramiento (inhumación múltiple con representación de todos los grupos de edad y sexo), al hecho de que buena parte de los restos humanos eran desarticulados tras su esqueletonización y, finalmente, a la presencia de algunos objetos metálicos habituales en esta clase de contextos funerarios.

No obstante, también se aprecian diferencias significativas. En primer lugar, llama la atención el escaso número de individuos enterrados, en comparación con el centenar largo o incluso más de otras cuevas, si bien cabe la posibilidad de que el número original de inhumaciones fuese mayor. Con todo, el uso funerario de la Sala 1 de Mussol no debió prolongarse a lo largo de un amplio periodo de tiempo. Esto explicaría también la escasez de los elementos de ajuar, aunque no tanto la ausencia de elementos tan corrientes en otras necrópolis, tales como los pequeños vasos troncocónicos, globulares o carenados.

Todas estas peculiaridades, unidas a la singularidad general derivada de la situación geográfica de la cueva, sugieren que los individuos inhumados en Mussol mantuvieron en vida una cierta distancia social con respecto a los demás miembros que eran enterrados en otros espacios. De esta forma, aún respetando en lo general el rito funerario dominante, las inhumaciones de Mussol manifiestan un alejamiento de las necrópolis predominantes en esta época, situadas en los barrancos o en tierras llanas en el caso de la navetas.

Dicho alejamiento o segregación funeraria no necesariamente trasluce una situación de dependencia económica, al menos si nos atenemos al considerable riesgo y trabajo que supuso trasladar los cadáveres hasta la Sala 1, y también a la presencia de objetos de alto coste en forma de ajuar funerario (artefactos metálicos). Por tanto, nos inclinamos a suponer para estos individuos una consideración política o ideológica diferenciada que les llevó a ser enterrados en un lugar “especial”.

El que la Cova des Mussol conservaba una connotación especial para las poblaciones prehistóricas de Menorca a inicios del I milenio se infiere también de la utilización de las salas 2, 4a y 5 como receptoras de ofrendas. Al igual que sucede en otras cavidades profundas como la Cova des Càrritx, los espacios próximos a la entrada se destinaban a un uso funerario, mientras que otros sectores interiores y de acceso más complicado eran escogidos para depositar objetos, la mayoría metálicos, en forma de ofrenda. Dos objetos de bronce fueron localizados en un punto de difícil acceso en uno de los corredores inferiores de la Sala 2; la punta asimétrica y el cincel se hallaban sobre una repisa natural de la Sala 4a, a la que habría sido necesario encaramarse para depositarlos; el espejo de esta misma sala descansaba en una oquedad natural del suelo; el fragmento de aguja yacía en

un punto todavía más profundo en la Sala 4b, para cuyo acceso se requirió incluso fracturar una cortina estalactítica. Por último, la punta de lanza y una espátula constituían los objetos cuya deposición presentaba más problemas, ya que se encontraban en la Sala 5, la entrada a la cual resulta extremadamente dificultosa y arriesgada.

Los objetos metálicos depositados en las salas interiores de la Cova des Mussol pueden ser clasificados dentro de la categoría de herramientas o útiles. En los casos en que el estado de conservación de las piezas lo ha permitido, se ha constatado que originariamente fueron utilizados como medios de producción u objetos vinculados al cuidado personal; sin embargo, su ubicación concreta descarta que formasen parte de un área de actividad económica tipo taller o de un contexto de vivienda. Todos ellos fueron colocados en lugares recónditos, bastante inaccesibles y ocultos por la oscuridad más absoluta. Tales condiciones autorizan a considerarlos como ofrendas colocadas en puntos donde resultaba difícil volver a recuperarlos, circunstancia que invita a considerarlos bienes preciados inutilizados. Ello abre la discusión sobre si las sociedades prehistóricas menorquinas compartieron una práctica bastante frecuente en sociedades de finales de la Edad del Bronce de Europa central y occidental, consistente en efectuar deposiciones de objetos metálicos en lugares considerados sagrados, como ríos, fuentes, simas o bien en el subsuelo.

Seguramente, no todas estas prácticas respondieron a los mismos motivos. Unas pudieron ser debidas a estrategias económicas de atesoramiento o almacenamiento vinculadas al control de la distribución o el intercambio; otras, simplemente, a la acumulación de útiles desechados o fragmentados con vistas a su refundición en talleres metalúrgicos. Sin embargo, no hay duda de que, al igual que ocurrió en la Cova des Mussol, en otros muchos lugares de Europa, durante esta época, también se realizaron deposiciones rituales de objetos metálicos, como, por ejemplo, en Llyn Fawr y Flag Fen en Gran Bretaña, La Tène en Suiza, Szàrazd-Regöly en Hungría, Duchcov en la República Checa o la misma gruta de Piroso-Su Benatzu, en Cerdeña, que ofrece analogías especialmente interesantes con el contexto geográfico y arqueológico de las salas interiores de la Cova des Mussol. La consecuencia inmediata de ello era la eliminación de una parte de la producción metalúrgica (armas, herramientas, adornos) que todavía conservaba propiedades funcionales.

Las razones económicas y políticas de este tipo de prácticas pueden haber sido diversas, pero en cualquier caso forzaron a la esfera productiva a satisfacer un nivel de demanda artificialmente elevado. No hay que olvidar que los bienes depositados en Es Mussol tuvieron una utilidad práctica previa. Por otro lado, su coste social debió ser elevado, ya que en su fabricación intervinieron procesos de trabajo complejos (metalurgia) y mate-

rias primas de origen lejano (estaño). Este último aspecto también es aplicable al disco de marfil hallado en la Sala 4a. Por tanto, es de esperar que este tipo de prácticas votivas sólo sea viable en sociedades con un alto nivel

tecnológico y productivo, y también con la capacidad de formar parte de redes de intercambio a larga de distancia que les permitiesen adquirir una serie de productos exóticos.

## MUSSOL IV. LAS ÚLTIMAS VISITAS

**GRACIAS AL HALLAZGO** de una serie de objetos cronológicamente significativos sabemos que la Cova des Mussol fue visitada en alguna ocasión con posterioridad a su uso como necrópolis y lugar de ofrendas. Estas visitas, que agrupamos bajo la denominación de Mussol IV, han sido deducidas por entero a partir de unos pocos objetos de cerámica y metal (varios tipos cerámicos y una fibula de hierro), cuya tipología los hace muy frecuentes entre los siglos III y II antes de nuestra era.

### El contexto histórico (siglos III-II antes de nuestra era)

En este periodo, las Baleares se hallan en el tramo final del periodo denominado postalayótico. En estos momentos, la expansión y rivalidad entre las grandes potencias económicas y políticas del Mediterráneo centro-occidental, Cartago y Roma, promoverá un panorama de creciente interdependencia entre las poblaciones de la zona, ya sea por motivos comerciales como por anexión militar. Las poblaciones de las Islas Baleares no constituyeron excepciones a esta dinámica, pero, aun así, mantuvieron tradiciones productivas autóctonas hasta como mínimo la conquista romana.

### Los materiales arqueológicos

La mayoría de los objetos adscritos a esta fase fueron hallados en distintos puntos de la Sala 2. La escasez de restos materiales limita considerablemente las posibilidades de obtener una panorámica detallada de las actividades realizadas en Mussol durante esta fase (figura 8). Pese a ello, sugeriremos algunas hipótesis al respecto una vez examinados los tipos de objetos representados.

La cerámica incluye recipientes fabricados a mano y a torno. Los primeros se encuadran en dos variedades. Por un lado, la de grandes vasijas,

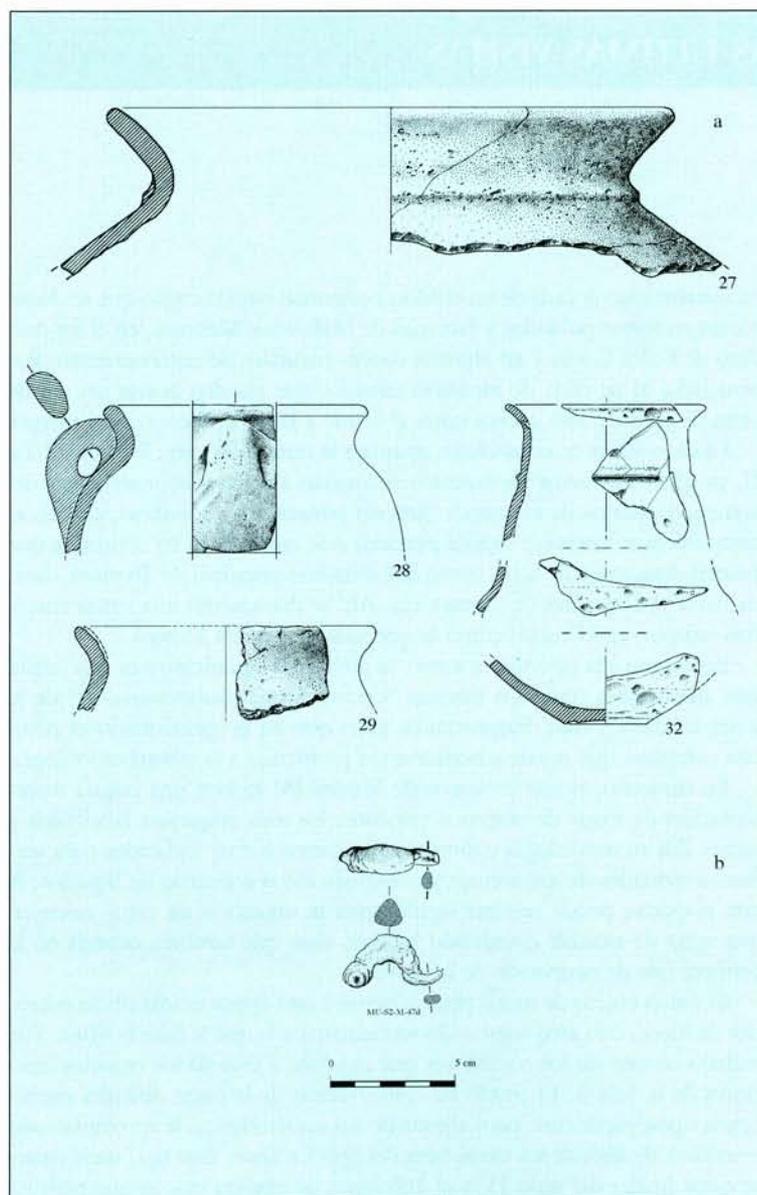
en nuestro caso dotada de un cordón horizontal bajo el cuello que se documenta en varios poblados y factorías de Mallorca y Menorca, en el fondeadero de Cales Coves y en algunas cuevas naturales de enterramiento. Por otro lado, al de ollas de mediano tamaño, que pueden portar un asa de cinta de considerable grosor entre el borde y la parte superior del cuerpo.

La cronología de estas vasijas apunta a la transición entre los siglos III y II, ya que en diversos yacimientos se asocian a cerámicas procedentes del comercio exterior de esa época (ánforas púnicas y grecoitalicas, cerámicas campanienses, cerámica ibérica pintada) o se encuentran en contextos que poseen dataciones de C14, como la habitación principal de Trepucó, datada hacia el 180 antes de nuestra era. Allí se documentó una vasija entera con refuerzo en el cuello como la que hallamos en Es Mussol.

En cuanto a la cerámica a torno, la pieza más significativa es una jarrita gris ampuritana (también llamada “cerámica gris monocroma” o “de la costa catalana”) muy fragmentada, pero que ha proporcionado el perfil casi completo que puede adscribirse sin problemas a la misma cronología.

En conjunto, el lote cerámico de Mussol IV incluye una exigua representación de vasos de distintos tamaños, los más pequeños fabricados a torno. Por su morfología y dimensiones, parecen muy indicados para realizar actividades de almacenaje y manipulación o consumo de líquidos. A este respecto, puede resultar significativa la ubicación de estos vasos en una zona de notable circulación hídrica, algo que también ocurría en la primera fase de ocupación de la cueva.

El único objeto de metal perteneciente a esta época es una fibula o broche de hierro con arco engrosado semicircular a la que le falta la aguja. Fue hallado en uno de los corredores que conduce a uno de los espacios inferiores de la Sala 2. El estado de conservación de la pieza dificulta encuadrarla tipológicamente, pero alguna de sus características la aproximan con reservas a algunos de los ejemplares del tipo La Tène. Este tipo suele datarse entre finales del siglo IV y el 100 antes de nuestra era, lo que permite incluir la de Es Mussol en el horizonte temporal que establecemos para la fase IV.



**Figura 8.** Cerámica a mano y a torno y fibula (imperdible) de hierro de la fase Mussol IV

## El uso social de Es Mussol entre los siglos III-II antes de nuestra era

A la vista de los restos arqueológicos de esta fase, las actividades humanas se restringieron a la Sala 2. El escaso número de los mismos hace suponer una o varias visitas esporádicas de muy corta duración. Los restos cerámicos permiten inferir actividades relacionadas con el almacenaje y manipulación o consumo de agua. Por su parte, el hallazgo aislado de la fibula de hierro puede deberse simplemente a un descuido u olvido accidentales, al tratarse de un complemento de vestuario de pequeño tamaño que pudo caer por uno de los resquicios que dejaron los grandes bloques caídos que forman el piso de la Sala 2.

A la pregunta de si la frecuentación de la cueva entre mediados del siglo III e inicios del II existía una motivación ritual o estrictamente subsistencial, nos inclinamos por la segunda de estas posibilidades. En este caso, la cueva habría jugado el papel de punto de suministro de agua relacionado con determinados itinerarios marítimos, en un momento histórico de crisis y gran inestabilidad en todo el Mediterráneo occidental como consecuencia de la actividad bélica entre Cartago y Roma y la subsiguiente expansión de la potencia itálica.

## CONCLUSIONES

**NUESTRO VIAJE** por Es Mussol, casi podríamos denominarlo aventura, ha concluido. Somos conscientes de que el extraordinario impacto que causarán algunos de los hallazgos efectuados inaugurará un fructífero debate sobre aspectos ideológico-religiosos antes impensables en la prehistoria balear.

Este yacimiento ha proporcionado las primeras tallas del Mediterráneo occidental y la más antigua imagen zooantropomorfa de Europa hecha en madera. Constituyen, por un lado, un maltrecho, aunque sugerente, autorretrato de las creencias, miedos, obligaciones y esperanzas de unas comunidades que se resisten a ser olvidadas y, por otro, un aviso para que no perdamos la memoria social.

La cueva fue utilizada en diferentes épocas y con diversos objetivos, pero casi siempre con una misma finalidad que se enmarca, salvo quizás en la última fase, en la esfera ideológica. La naturaleza y los cambios observados en los restos arqueológicos nos han obligado a caminar por el sendero poco trillado de las ideologías.

Las soluciones materiales que las poblaciones prehistóricas menorquinas fueron capaces de crear para fijar sus creencias sobre la vida y la muerte variaron a través del tiempo. En torno al 1550, las evidencias materiales de Mussol I muestran un ritual basado en ofrendas de porciones de animales domésticos, trasladadas allí con diferente propósito al de ser consumidas. Estos restos, curiosamente relacionados con la dualidad animal joven-animal maduro reiterada en las especies representadas (ovicápridos, bóvidos y suidos), exigía una notable inversión de trabajo y riesgo, y sugieren el respeto a un principio ctónico, asociado al mundo subterráneo y disociado de las prácticas funerarias.

Tras algunos siglos de hiato, entre el 1200 y el 1000 asistimos a una mutación ideológica. Mussol II ha mostrado que del animismo característico que sustenta la creencia en potencias generadoras de vida se ha pasado a otros componentes conceptuales. La presencia de objetos simbólicos asociados a nuevas exigencias comunicativas nos informa de un mayor protagonismo de la figura humana. Estos símbolos, ubicados en un lugar recóndito y primordial, adquieren una expresión masculina que en un caso se complementa con atributos naturales para generar una ima-

gen mitad humana mitad animal. Ello expresa un sincretismo abstracto que posiblemente usurpó el espacio subterráneo que antes era del dominio de la Madre-Tierra anónima y universal. En su momento, sugeríamos que representaba una afirmación político-ideológica de tipo patriarcal que se imponía sobre una tradición en la que se valoraba ideológicamente lo femenino en los términos de una Madre-Tierra ctónica. No sabemos si fue exactamente así pero, en cualquier caso, parece que la liturgia que allí tuvo lugar se ajusta a las características de los ritos iniciáticos protagonizados por un reducido grupo de personajes que, a modo de chamanes, se erigen en responsables de la mediación entre lo real y lo esotérico.

En torno al 1000, Mussol III está dedicado a una doble funcionalidad, sepulcral y votiva. Se entierran una pocas personas y, al mismo tiempo o poco después, se realizan ofrendas, por lo general utensilios metálicos, en lugares ocultos o de difícil acceso. Ignoramos si los códigos ideológicos que estas prácticas respetaban mantuvieron características comunes con los de la fase anterior, pues no podemos asegurar que el “santuario” continuara con su función. Sin embargo, parece atinado pensar que el carácter votivo y sepulcral de Mussol III poco tiene que ver con el ritual que caracteriza a Mussol II, a no ser que pensemos que las ofrendas metálicas también correspondieron a ritos de paso obligados para los oferentes.

Mucho tiempo después, la cueva fue frecuentada por última vez. Entre los siglos III y II antes de nuestra era se produjeron visitas esporádicas y de corta duración. Los restos arqueológicos expresan prácticas de almacenaje, manipulación y consumo de agua, lo que, unido a la pérdida accidental de algún objeto por parte de los visitantes, permite inferir un carácter estratégico de parada y suministro para estas estancias. Poco o ningún recuerdo quedaba de las diversas funciones que Es Mussol había asumido tiempo atrás. En estos momentos, los enterramientos se habían desplazado a otros lugares y los ritos y sus liturgias se habían trasladado a los poblados. El control y el orden de las ideas estaba ya en manos más poderosas y reales que las que produjeron una sociedad al amparo del respeto a la vida o del deseo de explicarla.

## BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

- CALVO, M, y SALVA, B.  
(1977), *El bronce final a les Balears*. Quaderns Arca, 14. Palma.
- COLES, B.  
(1990), "Anthropomorphic Wooden Figures from Britain and Ireland", *Proceedings of the Prehistoric Society*, 56, pp. 315-333.
- COLL CONESA, J.  
(1997), "Aspectes de la religió i la societat talaiòtiques de Mallorca. Els ritus funeraris", *Meloussa*, 4, pp. 87-99.
- DELIBES, G. y FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.  
(1988), *Armas y utensilios de bronce en la Prehistoria de las Islas Baleares*. Studia Archaeologica, 78, Universidad de Valladolid, Valladolid.
- ELIADE, M.  
(1986), *Iniciaciones místicas*. Taurus, Madrid.
- GASULL, P, LULL, V. y SANAHUJA, M<sup>a</sup> E.  
(1984), *Son Fornés I: La Fase Talayótica. Ensayo de reconstrucción socio-económica de una comunidad prehistórica de la isla de Mallorca*. British Archaeological Reports, International Series, 209, Oxford.
- GORNÉS, S. y GUAL, J. M<sup>a</sup>  
(1997), "La cultura Talaiòtica", en *Enciclopèdia de Menorca*, t. IX, Obra Cultural de Menorca, Maó, pp. 145 y ss.
- GUERRERO, V. M.  
(1997), *Cazadores y pastores en la Mallorca Prehistórica*. El Tall, Palma.
- HARRIS, M.  
(1987), *Introducción a la antropología general*. Alianza, Madrid.
- LOPEZ MONTEAGUDO, G.  
(1994), "La religión céltica, gala y galo-romana", en AA.VV., *Historia de las religiones de la Europa antigua*. Cátedra, Madrid, pp. 421-488.
- LOPEZ PONS, A.  
(1997), "El poblament inicial i els grups culturals pretalaiòtics", en *Enciclopèdia de Menorca*, t. IX, Obra Cultural de Menorca, Maó, pp. 85-144.

- LULL, V., MICO, R., RIHUETE, C. y RISCH, R.  
(1999), *Ideología y Sociedad en la prehistoria de Menorca*. Maò.
- VENY, C.  
(1968), *Las Cuevas sepulcrales del Bronce Antiguo de Mallorca*. Bibliotheca Prachistorica Hispana, IX, Madrid.
- WALDREN, W. H.  
(1982), *Balearic Prehistoric Ecology and Culture: The Excavation and Study of Certain Caves, Rock Shelters and Settlements*. British Archaeological Reports, International Series, 149. Oxford.
- WALDREN, W. H.  
(1998), *The Beaker Culture of the Balearic Islands. An inventory of evidence from caves, rock shelters, settlements and ritual sites*. British Archaeological Reports, International Series, 709-Western Mediterranean Series, 1. Oxford.

**Título de la obra:**

“La Cova des Mussol, un lugar de culto en la Menorca prehistórica”

**Edición:**

Consell Insular de Menorca,  
«Sa Nostra» Obra Social y Cultural

**Diseño gráfico:**

Fotograbados Igual - Barcelona

**Impresión:**

Gramagraf - Barcelona

© Vicente Lull, Rafael Micó, Cristina Rihuete Herrada y Robert Risch

ISBN: 84-86752-78-7

Depósito Legal: B-23175-99



CONSELL INSULAR DE MENORCA

"SA  
NOS  
TRA"

Obra Social  
i Cultural



AJUNTAMENT DE CIUTADELLA



GOVERN BALEAR



Universitat Autònoma de Barcelona